

El Palacio Del Amor

Jack Vance

(serie de Los Príncipes Demonio)

Del *Manual Popular de los Planetas*, 348 ed., 1525:

«Sarkovy: único planeta de Phi Ophiuchi. Constantes planetarias: diámetro, 15.000 kilómetros; día sideral, 37,2 horas; masa, 1,40, gravedad, 0,98...

»Sarkovy es húmedo y nuboso; por ser el eje perpendicular al plano orbital no experimenta cambios de estaciones.

»La superficie carece de contrastes fisiográficos. El paisaje se caracteriza por las estepas: Estepa de Hopman, Estepa de Gorobundur, la Gran Estepa Negra y otras... Los sarkoy extraen y destilan de su abundante flora los venenos que les han hecho famosos.

»La población es esencialmente nómada, aunque algunas tribus, conocidas como los Merodeadores Nocturnos, viven en los bosques (para una información más detallada sobre las espantosas costumbres de los sarkoy, consúltese la *Enciclopedia de Sociología y Los hábitos sexuales de los sarkoy*, de B. A. Edgar).

»Al frente del panteón sarkoy está Godogma, que porta una flor y un mayal y camina sobre ruedas. En todas las estepas de Sarkovy se pueden encontrar altas estacas coronadas por ruedas erigidas en honor a Godogma, el Señor del Destino.»

Crónica aparecida en el *Rigellian Journal*, Avente, Alphanor:

«Paing, Godoland, Sarkovy, a 12 de julio:

»Así como Claris Adam fue ejecutada por seducir a William Wales; así como el Abbatram de Parrifile fue liquidado por oler demasiado fuerte; así como el diácono Fitzbali de Shaker City fue inmolado por exceso de celo; hoy nos informan desde Sarkovy que el Maestro Envenenador Kakarsis Asm debe -cooperar con la cofradía- por vender veneno.

»Las circunstancias, por supuesto, no son tan simples. El cliente de Asm, un asesino nada vulgar, era Viole Falushe, uno de los Príncipes Demonio. El delito no

consistió en "comerciar con un notorio criminal" o en "traicionar los secretos de la cofradía", sino concretamente en vender veneno con descuento".

»Kakarsis Asm debe morir.

»¿Cómo? ¿No lo adivinan?»

Cuanto más viajaba Alusz Iphigenia en compañía de Kirth Gersen, menos segura estaba de comprender su personalidad. Sus costumbres, intrigaban; su comportamiento era una constante fuente de recelos. Su modestia, su curiosa tendencia a quedarse en la sombra... ¿se debían a la timidez o a un cinismo inmoderado? Su extremada corrección... ¿era algo más que un siniestro camuflaje? Pensamientos similares rondaban por su mente con tanta frecuencia que de nada servía rechazarlos con determinación.

En una ocasión -la fecha fue el 22 de julio de 1526 - se sentaron en la Esplanada de Avente, frente a la Gran Rotonda; Gersen trató de explicar las obvias contradicciones de su carácter.

-En realidad, no hay ningún misterio. He sido entrenado para una misión muy concreta. Es todo cuanto sé. Cumpló la misión para justificar el entrenamiento, para llenar de significado mi vida. Es así de sencillo.

Alusz Iphigenia conocía en líneas generales el pasado de Gersen. Los cinco Príncipes Demonio se habían unido para perpetrar el histórico ataque a Monte Agradable, matando o esclavizando a cinco mil hombres y mujeres. Rolf Gersen y su nieto se contaban entre los escasos supervivientes. Alusz Iphigenia comprendía que experiencias de ese tipo podían alterar la vida de cualquiera; ella misma había conocido la tragedia y el horror.

-Pero no he cambiado -dijo a Gersen con la mayor firmeza-. No guardo odio ni rencor.

-Mi abuelo sí lo hizo -expresó Gersen con cierta ironía-. En mi opinión, el odio es abstracto.

-¿Eres, por lo tanto, un mecanismo? ¡Carece de sentido ser el instrumento de un odio ajeno!

-Eso no es de; todo cierto. Mi abuelo me adiestró, y se lo agradezco. Sin sus consejos ya estaría muerto.

- ¡Debe de haber sido un hombre terrible para deformar así la mente de un niño!

-Fue un hombre muy abnegado. Me quiso y asumió que yo compartiera su abnegación. Lo hice y lo hago.

-¿Y qué hay del futuro? ¿Sólo es venganza lo que esperas de la vida?

-¿Venganza? Creo que no. Sólo tengo una vida y sé lo que deseo conseguir.

-¿Nunca has pensado en lograr los mismos objetivos mediante una agencia de la ley? ¿No sería mejor?

-No hay ninguna agencia de la ley. Sólo la PCI, que no es del todo eficaz.

-¿Y por qué no llevar las pruebas a la gente del Grupo y de los otros mundos importantes? ¿No sería mejor que ir matando gente con tus propias manos? Tienes el valor necesario y dinero suficiente.

Gersen no encontró argumentos racionales en contra.

-No es mi estilo. Trabajo mejor en solitario.

-¡Podrías aprender!

-Si me enredara en palabrerías y arengas no lograría aclararme.

Todo sería en vano.

Alusz Iphigenia se puso en pie, paseó hasta la balaustrada y se acodó para contemplar el Océano Taumatúrgico. Gersen estudió su delicado y bien dibujado perfil, su postura altiva, como si nunca antes hubiera reparado en esos detalles. Se acercaba el momento en que debería separarse de ella; lo único natural, fresco y sencillo de su vida se perdería en el instante de la despedida. La brisa agitó los cabellos de la muchacha; tenía la vista clavada en las aguas azules, en los reflejos y dibujos que producía la luz de Rígel. Gersen suspiró, cogió un periódico y hojeó distraídamente la primera plana.

COSMÓLOGO ASESINADO

Un hircano mayor ataca un campamento

Gersen leyó el texto:

Trovenei, Frigia, 21 de julio: Johan Strub, defensor de la teoría de la captura estelar, que atribuye a los Mundos del Grupo un paren-

tesco primitivo con Blue Companion, fue atacado ayer por un hircano mayor, muriendo casi en el acto. El doctor Strub y otros miembros de su familia estaban explorando las Montañas Midas de la Frigia alta, y cruzaron inadvertidamente los dominios de una bestia real. Antes de que sus

acompañantes pudieran matar al ogro de dos metros y medio, el doctor Strub sufrió heridas fatales.

El doctor Strub adquirió notoriedad por sus esfuerzos para probar que Blue Companion y los veintiséis mundos del Grupo fueron al principio un sistema independiente sujeto a la influencia de Rígel. Esta circunstancia explicaría la disparidad de edades entre los mundos del Grupo y Rígel, una estrella más joven en comparación...

Gersen levantó la vista. Alusz Iphigenia no se había movido. Continuó leyendo:

LA REVISTA COSMOPOLIS A PUNTO DE SER VENDIDA

La antigua y famosa publicación se enfrenta a la extinción.

Los directores queman sus últimos cartuchos para salvarla.

Londres, Inglaterra, La Tierra, 25 de junio: La antigua firma Radian Publishing Company solicitó hoy un préstamo extraordinario para paliar el déficit crónico anual que sufre *Cosmópolis*, la revista de 792 años de edad dedicada a la vida y los asuntos del universo

civilizado. Sherman Zugweil, presidente de la Junta Directiva de Radian, admitió que la crisis era inminente, pero se mostró confiado en afrontarla y seguir manteniendo en circulación la valerosa y antigua publicación durante otros ochocientos años más...

Alusz Iphigenia había variado de postura. Inclinada sobre la balaustrada, con el mentón apoyado en las manos, estudiaba el horizonte. Una súbita ternura invadió a Gersen al contemplar los suaves contornos. Ahora era un hombre rico, podrían vivir una vida maravillosamente cómoda y placentera... Gersen soñó despierto un minuto, luego se encogió de hombros y volvió su atención al periódico.

MAESTRO ENVENENADOR DE SARKOVY CONDENADO

A MUERTE. LAS LEYES DE LA COFRADÍA VIOLADAS

Paing, Godoland, Sarkovy, 12 de julio: Así como Claris Adam fue ejecutada...

Alusz Iphigenia miró por encima del hombro. Gersen leía el periódico completamente abstraído. Se dio la vuelta encolerizada. Pues sí que tenía sangre fría. Mientras ella se debatía en un mar de dudas, Gersen leía el periódico: ¡un acto de conspicua insensibilidad!

Gersen levantó los ojos y sonrió. Su humor había experimentado una transformación. Había vuelto a la vida. La furia de Alusz Iphigenia se atenuó. Jamás llegaría a comprender a Gersen. Tanto si era más sutil que ella como muchísimo más primario, nunca sabría a qué atenerse. Gersen se levantó.

-Nos vamos de viaje. Atravesaremos el espacio en dirección a Ophiuchus. ¿Estás dispuesta?

-¿Dispuesta? ¿Quieres decir ahora? -Sí, ahora. ¿Porqué no?

-Porque... Sí, estoy dispuesta. Dentro de dos horas. -Llamaré al espaciopuerto.

2

La Corporación de Astronaves Distis fabricaba diecinueve modelos distintos, desde una versión de la 9-B al espléndido *Distis Imperatrix*, de casco negro y dorado. Con los fondos obtenidos de su legendaria estafa a Intercambio. Gersen compró un *Pharaon*, una espaciosa nave equipada con artilugios tales como un control atmosférico automático, que iba alterando gradualmente, en el curso del viaje, la presión del aire y la composición para equilibrarlas con las de destino.

Rígel y el Grupo quedaron atrás. Delante se extendía una oscuridad tachonada de estrellas. Alusz Iphigenia examinaba la *Agenda Estelar* con el ceño fruncido.

-Ophiuchus no es una estrella, sino un sector. ¿Adónde vamos?

-El sol es Phi Ophiuchi.... el planeta es Sarkovy.

-¿Sarkovy? -Alusz Iphigenia alzó la vista al instante-. ¿No es el lugar de donde proceden los venenos?

-Los sarkoy son envenenadores, no cabe la menor duda -asintió Gersen.

Alusz Iphigenia miró por la escotilla delantera, indecisa. La impaciencia de Gersen por abandonar Alphanor la había asombrado. Había atribuido a una súbita determinación la alteración de sus costumbres; ahora ya no estaba tan segura. Abrió el *Manual de los Planetas* y leyó el artículo sobre Sarkovy. Gersen, de pie junto al botiquín, preparaba una vacuna contra los posibles sueros, virus y bacilos nocivos de Sarkovy.

-¿Por qué vamos a ese planeta? -preguntó Alusz Iphigenia- Parece un sitio muy desagradable.

-Quiero hablar con alguien -dijo Gersen con voz tranquila. Le alargó una copa-. Bebe esto; te ahorrarás urticaria e infecciones.

En Sarkovy no existían las formalidades. Gersen tomó tierra en el espaciopuerto de Paing, lo más cerca posible de la terminal, una estructura de madera barnizada. Un empleado les inscribió como visitantes, y en seguida fueron asediados por una docena de individuos vestidos con trajes marrón oscuro con el cuello y los puños de piel de cerdo. Cada uno se proclamaba el más avezado guía y conocedor de la región.

-¿Qué desean. señor, señora? ¿Una visita al pueblo? Soy un cacique.. .

-Si es el deporte del *harbite* lo que buscan, sé de tres excelente bestias en furiosas condiciones.

-Venenos por un trago o una libra. Garantizo potencia y precisión ¡Confíen en mí para sus venenos!

Gersen examinó las caras una a una. Algunos de los hombres llevaban una cruz de Malta tatuada en la mejilla; uno de ellos exhibía dos

-¿Su nombre? -le preguntó Gersen.

-Soy Edelrod. Conozco la ciencia de Sarkovy, su fama... historia extraordinarias. Haré que su visita se convierta en un deleite, un período de edificación...

-Veo que es usted un envenenador de categoría inferior.

- Es cierto. - Edelrod pareció un poco alicaído -. ¿Ha visitado nuestro mundo en ocasiones anteriores?

-Durante un breve período.

-¿Viene para ampliar sus colecciones? Tenga por seguro, señor, que le guiaré hasta las más fascinantes gangas, auténticas novedades.

- ¿Conoce al Maestro Kakarsis Asm? -preguntó Gersen en voz baja.

-Sí. Está condenado a cooperación.

-Entonces, ¿aún no ha muerto?

-Mañana por la noche.

-Bien. Alquilaré sus servicios, siempre que la tarifa no sea exorbitante.

-Le cederé mis conocimientos., mi amistad, mi protección: todo por cincuenta UCL al día.

-De acuerdo. Nuestro primer deseo es que nos conduzca hasta la posada.

-Al instante.

Edeirod llamó a un desvencijado carricoche. Subieron y traquetearon hasta la Posada del Veneno, un edificio de tres pisos con paredes de madera y un tejado rematado por doce conos recubiertos de cristal verde. El gran vestíbulo desplegaba una grandeza de ruda magnificencia. Cubrían el suelo alfombras tejidas a mano en colores negro, blanco y escarlata; a lo largo de la pared se alineaban pilastras esculpidas en forma de figuras humanas de talle esbelto y rostros enjutos; de las vigas del techo colgaban plantas de hojas verdes y flores purpúreas. Ventanas de diez metros de altura se abrían sobre la Estepa de Gorobundur; al oeste se veía un pantano verdinegro, y al este un bosque sombrío. El comedor era una inmensa sala provista de mesas, sillas y aparadores de maciza madera negra. Alusz Iphigenia respiró aliviada cuando comprobó que los cocineros eran extranjeros, y que ofrecían seis variedades de cocina. Sin embargo, desconfiaba de la comida.

-No me extrañaría que estuviera sazonada con alguna horrible droga.

-No malgastarían un buen veneno con nosotros -la tranquilizó Gersen- Esto es pan al estilo nómada, las cositas negras son bayas de junco, y aquello una especie de estofado o gulash. -Lo probó- He conocido cosas peores.

Alusz Iphigenia consumió con aspecto abatido las bayas de junco, que tenían un sabor a humedad muy característico.

-¿Cuánto tiempo piensas pasar aquí? -preguntó.

-Un par de días, según como vayan las cosas.

-Ya sé que tus negocios son problema tuyo, pero siento cierta curiosidad...

-No existe ningún misterio. Quiero sonsacar una información a un hombre que va a morir pronto.

-Ya entiendo -respondió Alusz Iphigenia, aunque estaba claro su poco interés por los planes de Gersen.

Permaneció en el vestíbulo mientras Gersen interrogaba a Edelrod.

-Me gustaría hablar con Kakarsis Asm. ¿Sería posible concertar una cita?

-Un asunto delicado. -Edelrod se estiró su larga nariz-. Debe cooperar con la cofradía, lo que significa que, por motivos obvios, se le vigilará estrechamente. Claro que puedo intentarlo. ¿Representan los gastos un factor crítico?

-Por supuesto. Espero no ingresar más de cincuenta UCL en la tesorería de la cofradía; otras cincuenta para el Gran Maestro y tal vez veinte o treinta para usted.

Edelrod se pellizcó los labios. Era un hombre rollizo, de edad incierta y una abundante mata de lacio pelo negro.

-Su generosidad no es demasiado espléndida. La gente de Sarkovy aprecia por encima de todo la liberalidad sin límites.

-Si no he entendido mal, le ha sorprendido el dinero que tengo la intención de gastar. Las cantidades que mencioné son las máximas, de modo que si no logra solventar los trámites con estas tarifas, tendré que buscar otra persona.

-Haré todo lo que pueda -contestó Edelrod abatido- Espere en el vestíbulo, por favor, haré algunas llamadas.

Gersen tomó asiento junto a Alusz Iphigenia, que no le formuló ninguna pregunta... Edelrod regresó al cabo de poco rato con una expresión jubilosa.

- He puesto el asunto en marcha. Los costes serán mucho menores de lo que suponía.

Golpeteó sus dedos lleno de alegría.

-Me lo he pensado mejor -repuso Gersen- Ya no me interesa hablar con el Maestro Asm.

-Pero si está hecho... -se agitó Edelrod- ¡Me he dirigido al Gran Maestro!

-Quizá en otra ocasión.

-Olvidando todo lucro personal -Edeirod compuso una amarga mueca- podría llegar a un acuerdo por una suma ridícula... digamos doscientos UCL, o algo así.

-La información no posee gran valor. Mañana iré a Kadaing, do de mi viejo amigo el Maestro Envenenador Coudirou allanará mis dificultades.

Los ojos de Edelrod casi se le salieron de las órbitas.

-¡Caramba, esto lo cambia todo! ¿Por qué no me dijo que conocía Coudirou? Estoy seguro de que el Gran Maestro aceptará una sustanciosa rebaja en la cifra primitiva.

-Ya conoce mi límite.

-Muy bien -suspiró Edelrod-. Es posible que la entrevista puede realizarse a última hora de la tarde. Entretanto, ¿cuáles son sus deseos? ¿Le gustaría dar un paseo por la campiña? El tiempo es agradable, los bosques, Injuriosos, exuberantes, cargados de flores. Hay un camino muy bien señalado.

Alusz Iphigenia, silenciosa y callada hasta aquel momento, se puso en pie. Edelrod les condujo a un sendero que cruzaba un río de agua salada y se adentraba en el bosque.

La vegetación se componía de la típica mezcla de Sarkovy: árboles arbustos, cicadáceas, silicuas, hierbas de cien variedades. Las altas hojas eran en su mayor parte negras y pardas, a veces con manchas rojas. Las más bajas eran púrpuras, verdes y azul pálido. Edelrod animó el paseo con una discusión sobre las plantas que encontraban a su paso. Llamó su atención sobre un pequeño hongo gris.

-Ahí está el origen del doblus, un selecto y excelente veneno sólo fatal cuando es ingerido dos veces en una semana. Se alinea a este respecto con el mervan, que se infiltra en la piel y produce su acción letal sólo por exposición directa al sol. He conocido personas que por temor al mervan permanecieron en sus tiendas durante días y días.

Llegaron a un pequeño claro. Edelrod miró cautelosamente en todas direcciones.

-No es que tenga enemigos declarados., pero algunas personas han muerto aquí en los últimos tiempos... Hoy todo parece estar en orden. Fíjense en este árbol que crece ahí al lado. -Señaló con el dedo un delgado pimpollo de corteza blanca y hojas amarillas redondas-. Algunos lo llaman el árbol de la buena suerte, otros el inútil. Es completamente inofensivo. Se pueden comer todas sus partes: hojas, tronco, médula, raíces, sin obtener otra cosa que una digestión más lenta de lo habitual. Hace poco, uno de nuestros envenenadores montó en cólera ante tanta insipidez. Acometió un intenso estudio del árbol de la buena suerte y, al cabo de cierto tiempo, extrajo una sustancia de potencia inusual. Para que surta efecto debe disolverse en medicina y esparcirse en el aire como una niebla o una bruma. Así penetra en los cuerpos, causando primero ceguera, después entumecimiento Y, por fin, parálisis total. ¡Piense en ello! ¡Antes inocuo, ahora un veneno útil y efectivo! ¿No es un tributo al esfuerzo y el ingenio humanos?

-Una hazaña impresionante -comentó Gersen.

Alusz Iphigenia permaneció en silencio.

-A menudo nos preguntan -prosiguió Edelrod- por qué persistimos en extraer nuestros venenos de las fuentes naturales. ¿Por qué no encerrarnos en nuestros laboratorios y sintetizarlos? La respuesta es que los venenos naturales, por su íntima asociación primitiva con los tejidos vivos, son más efectivos.

-Me inclinaría más a sospechar la presencia de impurezas catalizadas en los venenos naturales que en asociaciones metafísicas.

-¡No se burle nunca del papel que juega el intelecto! -Edelrod levantó un dedo acusador- Por ejemplo... déjeme ver... habrá alguno por aquí cerca... Sí. Miré allí... ese pequeño reptil.

Una criatura parecida a un pequeño lagarto se acurrucaba bajo una hoja blanca y azul.

-Es un meng. De sus órganos se extrae una sustancia que puede pasar como ulgar o como furux. ¡La misma sustancia, se lo aseguro! Pero cuando se vende como ulgar y se utiliza como tal, los síntomas son espasmos, automutilaciones de lengua y locura transitoria. Cuando se vende y usa como furux, sin embargo, los cartílagos de los huesos se disuelven y el esqueleto se derrumba como un castillo de naipes. ¿Qué me dice? ¿No pertenecen estos fenómenos a la metafísica más elevada?

-Muy interesante, desde luego... Hum... ¿Qué sucede cuando la sustancia es vendida y utilizada como, pongamos por caso, agua?

-Un experimento fascinante. -Edelrod se tiró de la nariz- Me pregunto... Pero el enunciado conlleva una falacia. ¿Quién compraría y administraría una ampolla de agua?

-Admito que formulé una sugerencia errónea.

-De ninguna manera, de ninguna manera. Se desprenden notables variaciones de esa locura aparente. La flor gris, por ejemplo. ¿Quién iba a sospechar los efectos derivados de su perfume, hasta que el Gran Maestro Strubal transtornó todos los esquemas y la dejó a oscuras durante un mes hasta que se convirtió en *tox meratis*? Una ráfaga de olor basta para matar; el veneno sólo requiere un poco de tiempo.

Ahísz Iphigenia se paro a recoger un guijarro redondo de cuarzo.

-¿Qué horrible sustancia extraería de esta piedra?

-Ninguna. -Edelrod desvió la vista algo desconcertado- Al menos que yo sepa, aunque utilizamos piedras de este tipo para moler semillas de fofis y convertirlas en harina. No tema, su guijarro no es tan inútil como parece.

-Increíble -musitó Alusz Iphigenia arrojando la piedra lejos-, es increíble que haya gente dedicada a tales actividades.

-Estamos al servicio de un fin práctico: todo el mundo necesita veneno alguna vez. Somos expertos en la materia y consideramos un deber Profundizar en ella. -Examinó a Alusz Iphigenia con curiosidad-. ¿No lo ha probado nunca?

-No.

-En el hotel encontrará un folleto titulado *Introducción al arte (le preparar Y usar venenos*, me parece que incluye una muestra de alquiles alcaloides básicos. Si le interesa profundizar en...

-Gracias. No poseo tales inclinaciones.

Edelrod hizo un gesto de cortesía, como admitiendo que cada uno ha de sobrellevar su propia carga en la vida.

Siguieron el paseo. Poco después el bosque se estrechó y el sendero desembocó en la estepa. Al borde de la ciudad se hallaba situada una estructura de madera recubierta de hierro, rematada por ocho conos, protegida por diez puertas también de hierro orientadas hacia la estepa. Cientos de pequeños puestos ambulantes y tiendas se extendían sobre un área de arcilla endurecida.

-El caravanseray -explicó Edelrod-. Ahí está la sede de la Asamblea, de la que emanan los fallos legislativos. -Señaló con el dedo una plataforma en el extremo del caravanseray; cuatro liombres enjaulados observaban desconsoladamente la plaza-. El de la derecha es Kakarsis Asm.

-¿Podré hablar con él ahora? -inquirió Gersen.

-- Iré a preguntar. Aguarden. por favor, en este tenderete, donde mi abuela les preparará un excelente té.

Alusz Iphigenia miró con recelo los accesorios de] tenderete. Una tetera de metal hervía furiosamente sobre un hornillo; varias tazas de metal estaban dispuestas para verter en ellas la infusión. En las estanterías se amontonaban cientos de vasijas de vidrio que contenían hierbas, raíces y sustancias imposibles de identificar.

-Todo limpio e higiénico --declaró Edeirod con satisfacción-. Descansen y repónganse. Volveré con buenas noticias.

Alusz Iphigenia se sentó en un banco sin decir palabra. Después de consultar con la abuela de Edelrod, Gersen se procuró unos Potes del estimulante té de verbena. Observaron una caravana que rodaba sobre la estepa en dirección a la empalizada: abría la marcha una carreta de ocho ruedas que transportaba el altar, la cabina del jefe y cisternas metálicas de agua. A continuación venían otras doce

carretas -unas grandes, otras pequeñas- con los motores rugiendo, silbando y golpeteando. Todos los carros contaban con extravagantes superestructuras que sostenían tiendas de campaña -auténticas viviendas en sí mismas- rodeadas (le paquetes y víveres. Algunos hombres iban en moto y otros se acomodaban en los carros, conducidos por mujeres viejas y esclavos de la tribu. Los niños corrían detrás de los vehículos, montaban en bicicletas o se balanceaban peligrosamente en lo alto de las estructuras.

La caravana se detuvo: las mujeres y los niños dispusieron trípodes. con calderos encima, y empezaron a preparar la comida, mientras los esclavos sacaban toda clase de artículos de los carros: pieles, maderas preciosas, haces de hierbas, fragmentos de ágata y ópalo. pájaros enjaulados, cubos llenos de gomas sin refinar y de venenos, y dos harikaps cautivos. las criaturas semiinteligentes que eran parte fundamental del deporte sarkoy conocido como *harbite*. Entretanto los hombres de la tribu formaron un grupo suspicaz que se dedicó a beber té y a remolonear entre las tiendas del bazar con la absoluta convicción de que iban a ser timados.

Edelrod vino corriendo desde el caravanseray.

-Ahí viene -gruñó Gersen- con seis razones mas para aumentar el costo de sus servicios.

Edelrod solicitó a su abuela una infusión de ajol hirviente. Tomó asiento y bebió en silencio.

-¿Bien? -preguntó Gersen.

-Mis gestiones han fracasado -suspiró Edelrod al tiempo que meneaba la cabeza-. El Jefe de la Guardia se niega categóricamente a permitir la entrevista.

- Da lo mismo. Sólo deseaba transmitirle la condolencia de Viole Falushe. Tampoco creo que le fuera de mucha utilidad. ¿Dónde va a cooperar?

-En la Posada del Veneno, a la que se desplazará la Asamblea desde Paing.

-Quizá tenga la oportunidad de decirle algunas palabras allí, o al menos de hacerle un gesto solidario. Bueno, vayamos a dar una vuelta por el bazar.

Deprimido y taciturno, Edelrod se avino a guiarles. Sólo recobró su animación habitual en el Barrio del Veneno, indicándoles toda clase de gangas y de preparados poco usuales. Sostuvo en las manos una bola de cera gris.

-Observen este material mortífero. Lo manipulo sin temor: ¡estoy inmunizado! Pero si lo frotan con algún objeto que pertenezca a uno de sus enemigos (un peine, su rascaorejas) produce un efecto sumamente letal. Otra aplicación consiste en

distribuir una fina película sobre sus documentos de identidad. Si un funcionario engreído trata de intimidarle, queda contaminado y paga su insolencia.

-¿Cómo consiguen los sarkoy llegar a la edad adulta? -preguntó Alusz Iphigenia después de contener el aliento.

-Dos palabras -replicó Edelrod manteniendo dos dedos en alto como si fuera a impartir una clase magistral-: precaución, inmunidad. Yo soy inmune a treinta venenos. Llevo encima indicadores y alarmas para prevenir el cluto, la meratis, el tóxico negro y el volo. Observo las más puntillosas precauciones en comer, oler, vestir según qué prendas y acostarme con mujeres desconocidas, ja, ja. Éste último es uno de los trucos favoritos, de ahí que los libertinos impulsivos caigan con facilidad en la trampa. Siguiendo con lo que decía, soy precavido en estas situaciones y en arrastrarme bajo un soto, a pesar de que no tengo miedo de la meratis. La precaución deviene una segunda naturaleza. Si sospecho que me he creado un enemigo o estoy a punto de hacerlo, cultivo su amistad y lo enveneno para disminuir el riesgo.

-Usted llegará a viejo -sentenció Gersen.

Edelrod hizo un movimiento circular con ambas manos, cada una en una dirección diferente, para simbolizar una parada de la rueda de Godogma.

-Eso espero. Y aquí -señaló un bulbo lleno de un polvillo blanco-, cluto. Util, versátil, eficaz. Si necesita veneno, ya puede comprarlo.

-Tengo cluto -dijo Gersen-, aunque me parece que está algo pasado.

-Tírelo o se sentirá decepcionado -afirmó Edelrod-. No Provocará otra cosa que llagas supurantes y gangrena. -Se volvió hacia el vendedor-. ¿Está fresca su mercancía?

-Fresca de verdad, fresca como el rocío de la mañana.

Después de regatear acaloradamente, Gersen compró un frasquito de cluto. Alusz Iphígenia permaneció al margen de la transacción, la cabeza ladeada en un ángulo que indicaba enérgica desaprobación.

-Ahora volvamos al hotel -dijo Gersen.

-Se me ocurre una cosa -insinuó Edelrod-. Tal vez si les ofreciera a los guardias un barril de; mejor té, que vendría a costar unos veinte o treinta UCL, consintieran en dejarle entrar.

-Estoy convencido. Hágales ese regalo.

-Me reembolsará su importe, por supuesto...

-¿Qué? Si ya le he obsequiado con ciento veinte UCL.

-¡Usted no se da cuenta de las dificultades! -se impacientó Edelrod-. Está bien, como quiera. La amistad que le profeso me impele al sacrificio. ¿Dónde está el dinero?

-Aquí tiene cincuenta. Le daré el resto después de la entrevista.

- ¿ Y la señora? ¿Dónde esperará?

-En el bazar no, desde luego. Los nómadas podrían pensar que es parte de la mercancía.

-No sería la primera vez que ocurriera algo semejante -rió Edelrod-. ¡Pero no se preocupe! Se halla bajo la tutela del Submaestro Iddel Edelrod. Está tan a salvo como la estatua de un perro muerto que pese doscientas toneladas.

Gersen insistió en alquilar un transporte y enviar a Alusz Iphigenia de regreso a la Posada del Veneno. Luego Edelrod condujo a Gersen al interior del caravanseray. Atravesaron una serie de muros y subieron al tejado. Seis guardianes estaban sentados sobre unos altos taburetes. junto a un caldero humeante. Se taparon el rostro con sus cuellos de piel y miraron con indiferencia a Edelrod; después se concentraron en el té y murmuraron entre ellos alguna observación satírica, pues no tardaron en lanzar roncas carcajadas.

Gersen se acercó a la jaula de Kakarsis Asm, otrora el Maestro Envenenador y hoy condenado a la cooperación. La talla de Asm era superior a la media de Sarkovy. Tenía el pecho y el estómago abultados, la cabeza larga, estrecha en la frente, ancha de pómulos y la boca voluminosa. Una espesa mata de pelo negro caía sobre su frente; un melancólico bigote negro recubría el labio superior. De acuerdo con su condición de criminal no llevaba zapatos, y sus pies, tatuados con ruedas como exigía la tradición, estaban moteados de rosa y azulados a causa del frío.

Edelrod se dirigió a Asm con voz perentoria:

-Perro miserable, aquí hay un noble venido del mundo exterior que desea inspeccionarte. Comportate con respeto.

Asm levantó la mano como si se dispusiera a arrojar veneno; Edelrod retrocedió de un brinco y blasfemó. Asm rió.

-Manténte alejado -le dijo Gersen- Quiero hablar con ese hombre en privado.

Edelrod accedió de mala gana. Asm se sentó en un taburete y examinó a Gersen con ojos duros como pedernales.

-He pagado para hablar con usted -empezó Gersen-. De hecho, vengo de Alphanor con este propósito.

Asm no contestó -

-¿Actuó usted como intermediario de Viole Falushe?

Un leve resplandor brilló en la profundidad de los ojos impenetrables.

-¿Viene de parte de Viole Falushe?

-No.

El resplandor murió.

-Da la impresión de que, por haberle involucrado en un delito, él también debería estar aquí, condenado a la cooperación.

-Un pensamiento agradable.

-No alcanzó a comprender la esencia del crimen. ¿Ha sido enjaulado y condenado por hacer negocios con un notorio asesino?

-¿Cómo iba a saber que era Viole Falushe? -Asm rugió y escupió en una esquina de la jaula- Le conocí hace mucho tiempo bajo otro nombre. Ha cambiado; está irreconocible.

-Entonces, ¿por qué lo han condenado a cooperación?

-El decreto era muy claro. El Maestro Cofrade había preparado una lista de precios especiales para Viole Falushe. Ignorante por completo, le vendí dos dosis de patziglop y una de volo; muy poco, en efecto, Pero no puede haber perdón. El Maestro Cofrade me odia desde hace tiempo, y nunca se ha atrevido a probar mis venenos. -Escupió otra vez y miró de reojo a Gersen-. ¿Qué gano hablando con usted?

-Me encargaré de que muera por alfa o por beta, pero no por cooperación.

-¿Con el Maestro Cofrade Petrus delante? Le costará mucho. Desea experimentar su nuevo brebaje.

-Podría convencer al Maestro Cofrade Petrus; con dinero, o con otros medios.

-No albergo grandes esperanzas -Asm se encogió de hombros-, Pero no pierdo nada hablando. ¿Qué le interesa saber?

-Según creo, Viole Falushe ha dejado el planeta, ¿no?

-Hace tiempo.

- ¿Dónde y cuándo le conoció por primera vez?

-Hace mucho tiempo. ¿Cuántos años? ¿Veinte? ¿Treinta? Mucho tiempo. En aquel entonces era un mercader de esclavos, aunque muy joven. Apenas un muchacho. De hecho, era el mercader de esclavos más joven que he conocido nunca. Llegó en un viejo navío desvencijado lleno de chicas temerosas de su cólera. ¡Se alegraron de que yo las comprara! ¿Se imagina? -Asm meneó la cabeza, todavía asombrado por aquel recuerdo-. ¡Un hombre terrible! La fuerza de sus pasiones le hacía temblar. Hoy es diferente. Su pasión sigue siendo terrible, pero el paso de los años le ha madurado lo suficiente para dominarlas. Es un hombre diferente.

-¿Cuál era su nombre cuando le conoció?

-No lo recuerdo. Quizá nunca lo supe. Vendió dos chicas a cambio de dinero y veneno. Lloraron de alivio cuando abandonaron la nave. Las otras lloraron por su mala suerte. ¡Qué sollozos! Se llamaban Inga y Dundine. ¡No paraban de hablar! Conocían bien a ese chico, no se cansaban de insultarle.

-¿Qué se hizo de ellas? ¿Aún viven?

-Lo ignoro -Asm se puso en pie de un brinco, caminó arriba y abajo y volvió a sentarse-. Me ordenaron que fuera hacia el sur, a Sogmere. Allí las vendí. Obtuve un buen precio: sólo las había utilizado (los años).

- ¿Quién las compró?

-Gascoyne el Mayorista, de la Estrella de Murchison. No puedo decirle nada más, es todo cuanto sé.

-¿Cuál era el lugar de origen de las chicas?

-La Tierra.

- ¿Podría describirme a Viole Falushe. .. tal como es ahora?

-Es alto y bien parecido. Cabello negro. Carece de rasgos distintivos. Le conocí cuando su locura estaba en pleno apogeo, hasta el punto de desfigurar sus

facciones. Ahora es educado y prudente. Habla con suavidad. Sonríe. Creo que no le reconocería aunque, como yo, lo hubiera encontrado en su juventud.

Gersen aún formuló más preguntas. Asm no añadió más datos de interés. Gersen se dispuso a marchar. Asm, fingiendo indiferencia, preguntó:

-¿Hablará con el Maestro Cofrade Petrus para interceder por mí?

- sí.

-Tenga cuidado. -Asm hablaba como si le costara un gran esfuerzo-. Es un hombre de carácter fuerte y malvado. Si le presiona demasiado, le envenenará.

-Gracias. Intentaré ayudarle. -Gersen hizo una seña a Edelrod, que había sido testigo de la entrevista con mal disimulada curiosidad -Condúzcame al Maestro Cofrade Petrus.

Edelrod guió a Gersen a través del laberinto del caravanseray hasta un alojamiento de seda amarilla. Un hombre delgado recostado sobre un almohadón, con las mejillas surcadas por complicados tatuajes, examinaba una serie de pequeños jarros.

-Un caballero proveniente del espacio exterior desea hablar con el Maestro Cofrade -anunció Edeirod.

El hombre delgado se levantó, caminó hasta Gersen , olió sus manos, palpó sus vestidos, inspeccionó su lengua y sus dientes.

-Un momento. -Desapareció tras unos cortinajes de seda. Volvió al cabo de pocos segundos y llamó a Gersen-. Tenga la bondad de seguirme.

introdujo a Gersen en una habitación sin ventanas de techo alto, tan alto que no se veía. Cuatro lámparas esféricas que colgaban a poca altura esparcían una luz oleosa y amarillenta. Sobre la mesa hervía el omnipresente caldero de metal. El calor y el olor hacían la atmósfera pesada: mosto, tela, cuero, sudor, el perfume aromático de las hierbas. El Maestro Cofrade Petrus había estado durmiendo. Ahora se había enderezado sobre su almohadón, despierto por completo, disponía hierbas en un pote y preparaba una infusión. Era un viejo de brillantes ojos negros y piel pálida. Dio la bienvenida a Gersen con un breve movimiento de cabeza.

-Es usted un anciano -dijo Gersen.

-Tengo ciento noventa y cuatro años terrestres.

-¿Hasta cuándo espera vivir?

-Unos seis años más, o algo así. Hay mucha gente que desea envenenarme.

-En el tejado hay cuatro criminales que esperan la hora de la ejecución. ¿Están dispuestos todos a cooperar?

- -Todos. Tengo una docena de venenos nuevos para probar, y también se encuentran en la misma situación otros Maestros de la cofradía.

-Le he dado mi palabra a Asm de que morirá por alfa o por beta.

- Tal vez posea usted el don de obrar milagros. Por mi parte, me Considero un escéptico. La arrogancia de Asm ha pesado durante mucho tiempo como una losa sobre la región. Ahora debe cooperar con el Comité de Normas de la cofradía.

Gersen entregó 425 UCL a cambio de que Asm muriera por alfa.

Edelrod, algo malhumorado, se reunió con Gersen en el vestíbulo. Cruzaron las calles de Paing, flanqueadas por barracas de madera elevadas sobre pilares. Cada fachada representaba un rostro triste, melancólico o asombrado. Después de caminar durante un buen rato llegaron a la Posada del Veneno.

Alusz Iphigenia estaba en su habitación. Gersen decidió que no valía la pena molestarla. Se bañó en una tinaja de madera y bajó al vestíbulo para contemplar la estepa. El crepúsculo difuminaba el paisaje, las estacas rematadas por alas se recortaban borrosamente como siluetas negras Y complejas.

Gersen pidió una taza de té y, sin nada mejor que hacer, reflexionó sobre su vida... En términos generales era un hombre afortunado, mucho más rico de lo que podía abarcar la mente. Pero ¿y el futuro? En el caso hipotético de que, por un capricho del destino, alcanzara su propósito y destruyera a los cinco Príncipes Demonio, ¿qué sucedería entonces? ¿Sería incapaz de integrarse en el discurrir normal de la existencia? ¿O se habría deformado hasta tal punto que seguiría a la caza de hombres indignos de vivir? Gersen rió por lo bajo. No era probable que sobreviviera para afrontar el problema. Entretanto, ¿qué había averiguado de labios de Asm? Sólo que veinte o treinta años antes un jovencito enloquecido había vendido dos muchachas a Asm, Inga y Dundine, que más tarde hizo lo propio y las entregó a Gascoyne el Mayorista de la Estrella de Murchison. Menos que nada... Excepto que Inga y Dundine conocían bien a su raptor y «no cesaban de insultarle».

Alusz Iphigenia apareció. Ignoró a Gersen y fue a contemplar la estepa en tinieblas, en la que brillaban una o dos luces en la lejanía. Un resplandor púrpura alumbró en el cielo, luego se encendió un rectángulo de luces blancas y un paquebote de la línea Robarth-Hercules se posó en tierra. Alusz Iphigenia siguió abstraída unos momentos y luego fue a sentarse al lado de Gersen con el semblante inexpresivo. Rechazó su invitación a tomar té.

-¿Cuánto tiempo debemos permanecer aquí?

-Sólo hasta mañana por la noche.

-¿Por qué no podemos irnos ahora? Ya te has entrevistado con tu amigo y comprado el veneno que querías.

Edelrod atravesó la puerta del hotel como en respuesta a su pregunta y compuso una reverencia ridícula. Lucía una túnica larga de paño verde y un gorro alto de piel.

-¡Salud e inmunidad! ¿Aguardan a los envenenamientos? Están anunciados en la rotonda del hotel para ejemplo de los congregados.

-¿Esta noche? Creí que se llevarían a cabo mañana por la noche.

- La fecha ha sido adelantada porque la ruda de Godogma ha dado un giro. Esta noche los acusados van a cooperar.

-Allí estaremos -dijo Gersen.

Alusz Iphigenia se puso rápidamente en pie y abandonó el vestíbulo.

Gersen la encontró en su habitación.

-Je has enfadado conmigo?

-No estoy enfadada. Estoy perpleja. No puedo comprender tu morbosa fascinación por esta gente horrible... La muerte. ..

-No es fácil comprenderlo. La gente se rige por un sistema diferente al nuestro. Me interesa. Estoy vivo gracias a mi habilidad para evitar la muerte. Siempre se puede aprender algo más para ayudarte a sobrevivir.

-¿Y para qué necesitas ese conocimiento? Posees una inmensa fortuna, diez mil millones de UCL en metálico.. .

-Ya no.

-¿Ya no? ¿Los has perdido?

-No, en metálico. He fundado una sociedad anónima de la que controlo la totalidad de las acciones. Eso supone una renta diaria de un millón de UCL, más o menos. Una gran fortuna, desde luego -

-Con ese dinero no necesitas complicarte la vida. Alquila asesinos para llevar a cabo tu trabajo. Alquila a ese desagradable Edelrod. ¡Mataría a su madre por dinero!

-Cualquier asesino que alquilara podría ser alquilado a su vez para asesinarme. Pero hay otro aspecto. No me interesan ni la fama ni la publicidad. Para ser eficaz debo pasar desapercibido, como si no existiera. Temo que el Instituto ya ha reparado en mí, y eso puede acarrear problemas.

. -Estás obsesionado. ¡Eres un monomaniaco! ¡Esta dependencia de la muerte y de la eficacia te tiene dominado por completo!

Gersen omitió señalar que esta dependencia le había salvado la vida en varias ocasiones.

-Tienes otras capacidades -prosiguió Alusz Iphigenia-, eres sensible, incluso frívolo, pero nunca te sientes satisfecho con nada. Estás muerto espiritualmente. ¡Sólo piensas en el poder, en la muerte, en venenos, planes atroces y venganza!

A Gersen le sorprendió su vehemencia. Las acusaciones eran tan exageradas que no podían ocasionarle malestar alguno. De todas formas, si creía realmente en ellas... debía de considerarle un monstruo.

-No es verdad lo que dices -replicó tratando de apaciguar sus ánimos-. Quizá algún día te des cuenta, quizá algún día...

La voz de Gersen se apagó ante el violento movimiento de cabeza que sacudió los cabellos dorados de Alusz Iphigenia. Además, lo que iba a decir, si se paraba a pensarlo, parecía más bien improbable, incluso absurdo: se refería a un hogar, una familia, la paz...

-¿Qué piensas hacer conmigo? -preguntó con frialdad Alusz Iphigenia.

-No tengo derecho a dirigir tu vida ni a molestarte. Sólo hay una vida; disfrútala cuanto puedas.

Alusz Iphigenia se puso en pie, tranquila e imperturbable. Gersen tomó tristemente el camino de su alcoba. La pelea, en cierto sentido, era positiva. Quizá la había traído a Sarkovy para mostrarle la dirección que su vida debía seguir, dándole así la oportunidad de abandonarle.

La princesa, para sorpresa de Gersen, apareció a la hora de cenar, algo pálida y seria.

El comedor estaba abarrotado. Por todas partes se veían los cuellos Y sombreros de piel negra que usaban los notables de Sarkovy. Había un número poco

frecuente de mujeres, ataviadas con sus peculiares trajes púrpura, pardos y negros, y cargadas de collares, brazaletes y diademas de turquesa y jade. Un grupo de turistas llegados en la nave que había aterrizado a primera hora de la tarde ocupaba un ángulo de la sala; «una buena excusa -penso Gersen - para adelantar las ejecuciones». A juzgar por su indumentaria procedían de algún planeta del Grupo, probablemente Alphanor (así lo indicaban sus tintes grises y beige). Edelrod se materializó junto al codo de Gersen.

-¡Ajá, lord Gersen! Es un placer verle por aquí. ¿Puedo unirme a usted y a su adorable dama? Es posible que se me requiera para preparar las pociones. -Se sentó a la mesa dando por sentado el asentimiento de Gersen-. Hoy tenemos un banquete de seis platos, al estilo de Sarkovy. Les recomiendo que lo prueben todo. Ya que han venido a nuestro maravilloso planeta, disfrútenlo hasta la saciedad. Me alegra estar con ustedes. Todo va bien esta noche, ¿no es cierto?

-Por completo, gracias.

Edelrod había dicho la verdad... era la gran noche de la cocina sarkoy. Sirvieron el primer plato: caldo de hierbas de pantano, de color verde pálido, bastante amargo, acompañado con tallos de junco fritos, ensalada de raíces de apio, arándanos y trozos de corteza negra picante. Mientras comían, unos portadores sacaron cuatro postes a la terraza, y los clavaron en unos huecos a propósito.

Vino el segundo plato: cocido de carne blancuzca con salsa de coral, muy sazónada, junto con unos platitos de jalea de llantén y jaoico cristalizado, una fruta local.

Alusz Iphigenia comía sin apetito; Gersen tampoco sentía mucha hambre.

El tercer plato consistía en bocaditos de pasta perfumada dispuestos sobre tajadas de melón frío, con un acompañamiento que parecían ser pequeños moluscos en aceite picante. Poco antes de] cuarto plato, los criminales fueron conducidos a la terraza, donde permanecieron de pie parpadeando ante las luces. Iban desnudos, salvo por unos pesados cuellos abombados, unos voluminosos guantes y un exiguo taparrabos. Los ataron q los postes con unas cadenas de dos metros de largo.

-¿Estos son los criminales? -preguntó Alusz Iphigenia con fingida indiferencia-. ¿Cuáles son sus crímenes?

Edelrod levantó los ojos por encima de la fila de cuencos que habían depositado frente a él, llenos de insectos triturados y cereales, conservas en escabeche, una materia incierta de] color de las ciruelas y albóndigas de carne frita.

-Asm es el que traicionó a la cofradía. A su lado hay un nómada que cometió un delito sexual.

-¿Es posible que sucedan en Sarkovy cosas semejantes? -preguntó con incredulidad Alusz Iphigenia.

-El tercero arrojó leche agria sobre su abuela -prosiguió Edelrod tras dirigir una mirada de reproche a la princesa-. El cuarto deshonoró un fetiche.

Alusz Iphigenia compuso una expresión de estupor. Esperó que Gersen hiciera algún comentario para saber si Edelrod hablaba o no en serio.

-Las ofensas parecen arbitrarias -elijo Gersen-, pero algunos de nuestros tabúes despiertan extrañeza en la gente de Sarkovy.

-Ha dado en el clavo -manifestó Edelrod- Cada planeta tiene

sus propias leyes. Me asombra la falta de sensibilidad que exhiben algunas personas procedentes de otros mundos. La avaricia es un defecto común. En Sarkovy lo que pertenece a una persona pertenece a todos.

-El dinero? Se reparte sin pensarlo dos veces. ¡Hacer gala de generosidad es una virtud muy estimada!

Miró a Gersen. e se limitó a sonreír.

Alusz Iphigenia rehusó probar el cuarto plato. El quinto era una especie de pastel cocido al horno adornado con tres ciempiés hervidos, y acompañado de una guarnición que incluía verdura azul cortada a rodajas y una pasta de color negro brillante que desprendía un olor acre y

aromático. Alusz Iphigenia se levantó como impulsada por un resorte y abandonó el comedor.

-¿No se encuentra bien? -preguntó Edelrod solícitamente.

-Me temo que no.

-Qué pena. -Edelrod atacó su ración con gran apetito- La cena aún no ha terminado.

Cuatro submaestros y un Maestro Envenenador llegaron a la terraza para dirigir los preparativos e intercambiar comentarios.

Todo parecía a punto para los envenenamientos. Los submaestros

colocaron un taburete frente a cada criminal, con los venenos vertidos en unos platillos blancos.

-El primer reo -gritó el Maestro Envenenador- es el llamado Kakarsis Asm. En compensación por haber llevado a cabo actos perjudiciales para la cofradía, ha accedido a probar una variación del agente activo conocido como «alfa». Cuando se ingiere oralmente, alfa provoca una parálisis casi instantánea del principal ganglio espinal. Esta noche experimentaremos alfa en un nuevo solvente, quizá el más velozmente letal descubierto hasta ahora por el hombre. Criminal Asm, coopera, por favor.

Kakarsis Asna volvió los ojos a izquierda y derecha. El submaestro

dio un paso al frente; Kakarsis Asm abrió la boca y tragó la dosis. Uno o dos segundos más tarde estaba muerto.

-¡Sorprendente! -exclamó Edelrod-. Algo nuevo cada semana.

A medida que se desarrollaban las ejecuciones, el Maestro Envenenador suministraba los detalles. El acusado de haber cometido una ofensa sexual intentó arrojar el veneno a la cara del submaestro y recibió una reprimenda; sin más incidentes, los envenenamientos se sucedieron con gran rapidez. El sexto plato, una ensalada muy elaborada, precedió a los tés, infusiones y dulces. El banquete concluyó.

Gersen se dirigió con parsimonia a su habitación. Alusz Iphigenia

había hecho las maletas. Gersen permaneció de pie en el umbral de la Puerta, sobrecogido por el centelleo de pánico que cruzó los ojos de la Princesa, temerosa de estar frente a una presencia mucho más siniestra.

-La nave de los turistas regresa a Alphanor -dijo Alusz Iphigenia-. He comprado un pasaje. Debemos separarnos.

-Tienes dinero en tu cuenta bancaria -dijo Gersen después de unos momentos de silencio-. Me encargaré de que se te ingrese cuanto necesites... Si se produce una emergencia, o si consideras los fondos insuficientes, avisa al director del banco y lo solucionará.

Alusz Iphigenia no dijo nada. Gersen comenzó a alejarse.

-Cualquier cosa que necesites...

-Lo recordaré -interrumpió la princesa con un gesto perentorio. -Entonces... adiós.

-Adiós.

Gersen fue a su habitación y se estiró en la cama, las manos detrás de la cabeza. Así terminaba una maravillosa fase de su vida. Nunca más, penso, involucraría a una mujer en las sombrías perspectivas de su vida. Especialmente a una tan generosa y honesta...

El paquebote despegó a primera hora de la mañana con Alusz Iphigenia a bordo. Gersen se encaminó al espaciopuerto, firmó el registro de salida, pagó el impuesto correspondiente, entregó una gratificación a Edelrod y abandonó Sarkovy.

3

Del *Manual de los Planetas*, 348 edición, 1525:

«Aloysius: Sexto planeta de Vega. Constantes planetarias: diámetro, 11.200 kilómetros; día sideral, 19,8 horas; masa, 0,86. Aloysius, junto con sus planetas gemelos Bonifacius y Cuthbert, fue el primer mundo colonizado exhaustivamente por la Tierra. Por esta causa, Aloysius mantiene características de notable antigüedad; la principal consiste en que los primeros pobladores, pertenecientes a la secta de los Conservacionistas, se negaron a construir edificios que no estuvieran en armonía con el paisaje.

»Los Conservacionistas han desaparecido, pero su influencia permanece. En ningún sitio pueden observarse las pretenciosas torres de cristal de Alphanor, el hormigón de Oliphane, la incontrolada confusión que reina en el sistema de Markab.

»El eje de Aloysius está inclinado en un ángulo de 31.7 grados respecto al plano de la órbita; por ese motivo los cambios de estación experimentan fluctuaciones muy severas, algo atemperadas por la densa atmósfera. Hay nueve continentes. Dorgan es el más grande, y New Wexford la principal ciudad. Gracias a una moderada política de impuestos y al pragmatismo de sus leyes, New Wexford se ha convertido en un importante centro financiero, con una influencia que sobrepasa en mucho el ámbito de su población.

»La flora y la fauna autóctonas no presentan peculiaridades notables. Debido a los intensos esfuerzos de sus primitivos colonizadores, árboles y arbustos terrestres crecen por doquier, siendo las coníferas las mejor adaptadas al entorno ecológico.»

Las formalidades de entrada en Aloysius eran tan rigurosas como laxas las de Sarkovy. A una distancia de millón y medio de kilómetros, la «primera capa protectora», Gersen anunció su intención de tomar tierra, se identificó, dio referencias, explicó las razones de su visita y recibió el permiso de acercarse a la «segunda capa protectora», situada a unos setecientos cincuenta mil kilómetros.

Aquí aguardó mientras se estudiaba su solicitud y se comprobaban sus referencias. Luego se le ordenó descender hacia la «tercera capa protectora», a ciento cincuenta mil kilómetros sobre el planeta, donde, tras una breve espera, se le notificó el lugar de aterrizaje. Las formalidades eran fastidiosas, pero valía la pena observarlas. Si Gersen se hubiera negado a detenerse en la primera capa protectora, las armas antiaéreas habrían apuntado a su nave. De no detenerse en la segunda capa protectora, un cañón Thribolt habría disparado una salva de discos autoadhesivos contra el vehículo. En caso de desdeñar esta advertencia, él y su nave habrían sido destruidos.*

Gersen cumplimentó todos los trámites, recibió la autorización aterrizó en el espacioport central de Dorgan.

New Wexford, una ciudad de callejuelas tortuosas, colinas empinadas y viejos edificios de aspecto casi medieval, distaba unos 35 kilómetros. Los bancos y demás centros financieros ocupaban el centro de la ciudad. Hoteles, tiendas y agencias se desparramaban sobre las colinas circundantes, y algunas de las más hermosas mansiones privadas de todo el Oikumene se hallaban dispersas por la campiña.

Gersen tomó alojamiento en el enorme Hotel Congreve, compró algunos periódicos y comió plácidamente. La vida de la ciudad fluía ante sus ojos: hombres de negocios vestidos a la usanza antigua; aristócratas de Bonifacius que sólo pensaban en volver a su hogar; de vez en cuando un ciudadano de Cuthbert, identificable gracias a sus excéntricos atavíos y a su cabeza depilada. Los terráqueos exhibían con aplomo sus trajes oscuros y un aire indefinible de altivez... cualidad que los habitantes de los mundos exteriores consideraban tan intolerable como el propio término geocéntrico «mundos exteriores».

Gersen se relajó; la atmósfera de New Wexford era tranquilizadora. En todas partes se podían encontrar muestras de solidez, bienestar, ley

* Un cañón Thribolt dispara un proyectil hacia su blanco propulsado por inducción Jarnell. Una cabeza sensora se desprende a cincuenta metros por delante de] proyectil e incide en la sección más vulnerable M fisionador, en tenue contacto col] el espacio ininterrumpido. Al encontrar su objetivo, la cabeza sensora anula el fisionador y activa su carga, al igual que los discos de papel adhesivo o cualquier tipo de explosivos. De hecho, el cañón Thribolt es un arma instantánea que actúa a gran distancia; su efectividad sólo se ve limitada por la precisión de las técnicas de lanzamiento y puntería, pues una vez en vuelo el proyectil no puede cambiar de dirección.

En todos los mundos de tecnología desarrollada se están estudiando intensamente los métodos de guiar los proyectiles Thribolt mediante sensores automáticos, lo que ha contribuido a perfeccionar el arma primitiva. El sistema más prometedor consiste en fijar la distancia M objetivo Con Un radar convencional y dirigir el proyectil mediante un fisionador durante un breve período, a fin de situarlo

cerca M objetivo y lanzarlo sobre él. Se requieren cronómetros muy delicados y seguros, así como una gran prudencia por parte de los operadores, ya que una vez lanzado el proyectil nada puede impedir que colisione con un objetivo inesperado que se eruce en su trayectoria. Los sistemas secundario Y terciario no despiertan gran confianza. Y se utilizan sólo en circunstancias especiales.

y orden. Le gustaban las calles empinadas, así como los edificios de hierro y piedra que, después de mil años, ya no merecían el epíteto de «tímida extravagancia», un calificativo de los habitantes de Cuthbert.

Gersen había visitado previamente New Wexford. Dos semanas de discretas investigaciones habían señalado a un tal Jehan Addels, de la Corporación de Inversiones Transespaciales, como un economista de extraordinario talento. Gersen había llamado a Addels desde un videófono público, ocultando su rostro. Adelels era un hombre de aspecto juvenil, delgado, expresión burlona y una calva prematura que no se había preocupado de cubrir con pelo regenerado.

-Soy Addels.

. -Usted no me conoce, mi nombre carece de interés. Tengo entendido que trabaja para la Transespacial, ¿no?

-Correcto.

-¿Cuánto le pagan?

-Sesenta mil más un porcentaje de los beneficios -replicó Addels con toda tranquilidad, a pesar de que estaba hablando con un extraño que no mostraba su rostro- ¿Porqué?

- Une gustaría contratarle para un trabajo similar por cien mil, más

un aumento mensual de mil y una gratificación cada cinco años de, digamos, un millón de UCL.

-Una oferta aterradora -respondió Addels con sequedad ¿Quién es usted?

-Prefiero conservar el anonimato. Si insiste, concertaremos una cita y le explicaré todo cuanto quiera. Lo único que necesita saber, en pocas palabras, es que no soy un criminal y que el dinero con el que va a operar no ha sido adquirido vulnerando las leyes de New Wexford.

-Hum. ¿A cuánto asciende la suma en cuestión? ¿Quién la avala?

-Diez mil millones de UCL en metálico.

- ¡Dios ... ! -jadeó Jehan Addels-. ¿Dónde ... ? -Una sombra de irritación cruzó su cara y dejó sin terminar la frase. A Jehan Addels no le gustaba perder la compostura-. Es una cantidad exorbitante de dinero. No puedo creer que haya sido amasada por los métodos convencionales.

-No he dicho esto. El dinero proviene de Más Allá, donde las convenciones no existen.

- Ni tampoco las leyes -sonrió fríamente Addels-. Ni los jueces. Ni los criminales. En cualquier caso, el origen de su riqueza no me concierne. ¿Qué es lo que desea con exactitud?

-Quiero que el dinero se invierta en empresas seguras, pero no deseo llamar la atención. No quiero rumores ni publicidad. Quiero que el dinero se invierta sin que nadie se entere.

-Difícil - Addels reflexionó un momento-, pero no imposible...,

si la operación se planifica de la forma adecuada.

-Lo dejo a su discreción. Controlará toda la operación de acuerdo

Con mis instrucciones. Por supuesto, puede contratar un equipo, con la condición de que no se le suministro la menor información.

- Un pequeño problema. No conozco a nadie.

-,Está de acuerdo con mis condiciones?

-Sí. siempre que no se trate de un engaño. Mi salario Y las inversiones que realice aprovechando la suya me convertirán en un hombre muy rico, pero no me lo creeré hasta que vea el dinero. Supongo que no será falso...

-Compruébelo con su detector de fraudes.

-Diez mil millones de UCL -musitó Addeis-. Una suma enorme. capaz de tentar al hombre más honrado. ¿Cómo sabe que no le estafaré?

-Tengo entendido que usted no sólo es cauteloso sino de una moral intachable. Nada le inducirá a engañarme. Es mi única garantía.

-¿Dónde está el dinero?

-Le será entregado cuando quiera. O venga al hotel Congreve y lléveselo.

-La situación no es tan sencilla. ¿Qué pasaría si yo muriera esta noche? ¿Cómo recobraría su dinero? Si usted muriera. ¿cómo me informaría del hecho" ¿Cómo dispondría de una suma tan considerable, en el caso de que exista?

- Venga a la suite habitación sesenta y cinco del hotel Congreve. Le entregaré el dinero y nos ocuparemos de todas las contingencias posibles.

Jehan Addels se presentó en la suite de Gersen media hora más tarde. Examinó el dinero, que ocupaba dos maletas grandes, comprobó algunos de los billetes con el detector de fraudes y meneó su cabeza con asombro.

-Una responsabilidad terrible. Le extendería un recibo, pero considero que sería una formalidad absurda.

-Coja el dinero -dijo Gersen-. Mañana incluya en SU testamento una disposición por la cual, en caso de muerte, el dinero pasa a mis manos. Si yo muero, o no me comunico con usted en el plazo de un año. utilice las rentas para obras de caridad. En cualquier caso, tengo la intención de volver a New Wexforel dentro de uno o dos meses. Me comunicaré con usted sólo por videófono. y usaré el nombre de Henry Lucas,

- Muy bien. Me parece que así prevenimos cualquier contingencia.

-Recuerde: ¡absoluta discreción! Ni siquiera su familia debe conocer los detalles de su nuevo empleo.

- Como desee.

Al día siguiente, Gersen abandonó Aloysius con destino a Alphanor.

Ahora. tres meses después, estaba de regreso en New Wexford y se hospedaba de nuevo en el hotel Congreve.

Fue a un videófono público, cubrió la pantalla y, tecleo el número de Jehan Addels. La Pantalla enfocó un conjunto de hojas verdes y rosales.

-Compañía de Inversiones Braemar -dijo una voz femenina.

-El señor Henry Lucas desea hablar con el señor Addels.

-Gracias.

La cara de Addels inundó la pantalla.

-Addels.

-Soy Henry Lucas.

-Me siento feliz -Adelels se retrepó en su asiento-, e incluso aliviado... de oírle.

-¿Está la línea intervenida?

-En absoluto -aseguró Addels después de conectar su aparato antiescuchas.

-¿Cómo van los negocios?

-Bastante bien.

Addels describió sus gestiones. Había distribuido el dinero en diez

cuentas numeradas de otros tantos bancos -cinco en New Wexford, cinco en la Tierra - y procedido a invertirlo con enorme delicadeza para

no hacer temblar los nervios a flor de piel del mundo financiero.

-No alcancé a comprender la magnitud del trabajo cuando lo acepté -dijo Addels- . ¡Es asombroso! No crea que me estoy quejando. No

podría pedir un trabajo más interesante y estimulante. Invertir diez mil millones de UCL sin despertar la atención es como tirarse al agua sin

mojarse. He reunido un equipo sólo para que se ocupe de investigación y administración. Sospecho que, para una mayor eficacia, me veré obligado a fundar uno o varios bancos.

-Haga lo que le parezca mejor. Entretanto, tengo un trabajo especial para usted.

-¿Qué clase de trabajo? -preguntó Addels alarmado.

-He leído hace poco que la Radian Publishing Company, que publica Cosmópolis, padece dificultades financieras. Quiero que se haga con el control.

-No me costará demasiado esfuerzo; pero deseo informarle de que no es una inversión interesante. Radian está al borde de la bancarrota. Ha estado perdiendo dinero durante años; por eso es una presa fácil.

-En este caso la adquiriremos como una especulación y trataremos

de enderezarla. Tengo motivos particulares para desear el control de Cosmópolis.

Addels reprimió cualquier intento de actuar contra la voluntad de Gersen.

-Sólo quería que no se llamara a engaño. Mañana adquiriré el paquete de acciones de la Radian.

La Estrella de Murchison, Sagitta 2103 en la *Agenda Estelar*, aparece bajo vega en el plano galáctico. a treinta años luz más allá de la Estaca. Pertenecía a un grupo de cinco soles de varios colores: dos enanos rojos, un enano blancoazulado, una peculiar e inclasificable estrella verdeazulada de mediano tamaño y un G6 amarillo naranja que era la Estrella de Murchison. Murchison. el único planeta, era algo más pequeño que la Tierra. con un único pero enorme continente que rodeaba el mundo. Un viento abrasador levantaba dunas a todo lo largo de la zona ecuatorial; terrenos montañosos trepaban gradualmente hacia los mares polares. En las montañas vivían los aborígenes, criaturas negras de carácter impredecible: criminales salvajes, apáticos, histéricos o cooperativos. según la ocasión. En la última modalidad servían para un propósito útil, pues suministraban tintes y fibras para tapices, la principal exportación de Murchison. Las fábricas de tapices se concentraban en los arrabales de Sabra, y daban empleo a miles de mujeres. facilitadas por doce empresas de tráfico de esclavos; al frente de todas se hallaba Gascoyne el Mayorista. Éste proporcionaba a sus clientes un servicio eficiente por un precio razonable, gracias a un riguroso control del material. No intentaba competir con firmas especializadas, sino que negociaba casi . siempre con los ramos industrial y agrícola. Su principal negocio en Sabra era Selecciones Industriales F-2: mujeres poco atractivas o algo niaduras. pero en posesión de buena salud y agilidad, cooperativas, diligentes y amables; tales eran los términos de la Garantía de los Diez Puntos de Gascoyne.

Sabra, a orillas del mar polar del norte, era una ciudad gris y caótica, que albergaba una población heterogénea cuyo principal objetivo era ganar el dinero suficiente para largarse a otra parte. La llanura costera del sur estaba sembrada de cientos de extraños volcanes coronados por un círculo de vegetación enfermiza. Lo único sobresaliente de Sabra era Orban Circus, un área abierta en el corazón de la ciudad y concentrada en torno a uno de estos volcanes. El Gran Hotel Murchison ocupaba la cresta del cráter. Los establecimientos más importantes del planeta se ubicaban alrededor de Orban Circus: el Hotel del Negocio de Wilhelm. el Mercado de Tapices: el almacén de Gascoyne el Mayorista; la Academia Técnica de Odenotir; la Taberna de Cady; el Hotel del Mono Azul; la Compañía de Importaciones Hércules; el almacén y la sala de exposición de la Cooperativa de Fabricantes de Tejidos; la Casa de Artículos y Trofeos Deportivos; la Compañía de Abastecimientos del Distrito; Astronaves de Segunda Mano Gambel.

Sabra era una ciudad lo bastante grande y rica como para necesitar protección contra asaltantes y filibusteros. aunque, como Brinktown en otro cuadrante de la galaxid. rendía un inoportante servicio a la gente que vivía más allá de la Estaca.

Los miembros de la Milicia Ciudadana se mantenían constantemente junto a las baterías Thribolt, y las naves procedentes del espacio despertaban grandes sospechas.

Gersen maniobró con lentitud, habló por radio con el espaciopuerto y entró en la órbita de aterrizaje. Agentes de la brigada local «Anticomadrejas», engañados por el *Pharaon*, interrogaron a Gersen nada más descender. Los «comadrejas» sólo se desplazaban en modelos 9-B, los únicos modelos que la PCI enviaba a Más Allá. Gersen, por una vez, fue sincero. Declaró que había venido a Sabra para localizar a una mujer trasladada a la ciudad veinte o treinta años antes por Gascoyne el Mayorista. Los «Anticomadrejas», al contemplar los puntos y las curvas del detector de mentiras, rieron ante su exceso de quijotismo y le dejaron en libertad.

Era media mañana. Gersen se registró en el Gran Hotel Murchison, en lo alto del cráter Orban, lleno a rebosar de compradores de tapices, agentes comerciales del Oikurriene y deportistas que iban a la caza de los aborígenes de las montañas Bower. Gersen se bañó y adoptó un vestido local: pantalones de felpa escarlata y chaqueta negra. Bajó al comedor y pidió una muestra de productos marítimos típicos: ensalada de algas marinas y un plato de moluscos locales. Directamente bajo el hotel se hallaban el almacén y las oficinas de Gascoyne el Mayorista: un edificio alto de tres plantas con un patio central. Un enorme letrero rosa y azul sobre la fachada rezaba:

EL MERCADO DE GASCOYNE

Selectos esclavos para todo

Un par de bellas mujeres y un hombre fornido estaban pintados debajo. Sobre el letrero se podía leer: «La Garantía de los Diez Puntos de Gascoyne es justamente célebre».

Gersen terminó de comer, bajó a la plaza y se dirigió al Mercado de Gascoyne. Tuvo la suerte de toparse con Gascoyne en persona, que le acompañó a su despacho. Gascoyne era un hombre apuesto y bien proporcionado de edad indeterminada, con el pelo oscuro y rizado, un gallardo bigote negro y cejas expresivas. El despacho era sencillo e informal. El suelo desnudo, un viejo escritorio de madera y una pantalla de datos mostraban evidencias de un uso continuado. En un muro colgaba una placa con la famosa garantía de los Diez Puntos de Gascoyne grabada en pan de oro y festoneada de escarlata. Gersen explicó el propósito de su visita.

-Hará unos veinticinco años aproximadamente, usted visitó Sarkovy. Y compró dos mujeres a un tal Kakarsis Asm. Sus nombres eran Inga Y Dundine; me interesa localizar a esas mujeres. Tal vez sería tan amable de buscar la información en sus archivos.

-Será un placer. Recuerdo las circunstancias vagamente, pero...

-Manipuló los controles del banco de datos, que se iluminó con relámpagos de luz azul y una fugaz cara sonriente que se desvaneció al instante. Gascoyne sacudió la cabeza-. Para el caso, igual me serviría una piedra. Debí repararlo... Bueno, vamos a ver. Sígame, por favor.

-Condujo a Gersen hasta una habitación trasera abarrotada de libros mayores-. Sarkovy. Voy muy pocas veces. ¡Un mundo pestilente, la cuna de una raza perversa! -Buscó en sus libros antiguos.-Éste debe de ser el viaje. ¡Hace tanto tiempo! Treinta años. Vamos a ver. Hay que ver como estos viejos legajos despiertan los recuerdos. Los buenos días perdidos... una frase nada banal... Dígame los nombres otra vez.

-Inga y Dundine. No sé sus apellidos.

-No importa. Aquí están. -Copió unos números en una hoja de papel, buscó en otro libro y consultó los números-. Ambas fueron vendidas aquí, en Murchison. Inga fue a la Fábrica de Qualag. ¿Sabe dónde está? Es la tercera en la orilla derecha del río. Dundine fue a la Fábrica

Júniper, enfrente de Qualag. Espero que estas mujeres no fueran hermanas o amigas... Como cualquier otro, mi negocio tiene aspectos desagradables. Tanto en Qualag como en Júniper las mujeres llevan una vida muy productiva, pero no se las mima, por supuesto. ¿Y quién lo pasa bien en esta vida?

Enarcó las cejas y dedicó un gesto despreciativo a su austero despacho.

Gersen asintió. como dando por entendido que compartía sus sentimientos. Le dio las gracias y se marchó.

La Fábrica de Qualag se componía de media docena de edificios, cada uno con cuatro plantas, alrededor de un recinto. Gersen entró en el vestíbulo de la oficina principal, adornada con tapices sencillos. Un pálido empleado de pelo rubio le preguntó qué deseaba.

- Gascoyne me ha dicho que hace treinta años Qualag compró una mujer llamada Inga, factura número diez, uve, seiscientos veintitrés. ¿Puede decirme si aún está empleada aquí?

El oficinista arrastró los pies hasta los archivos, y, después habló unas palabras por el intercomunicador. Gersen esperó. Una mujer alta, de plácida expresión y fuertes brazos y piernas penetró en la oficina.

-El caballero aquí presente -dijo el empleado con petulancia -desea informarse sobre Inga, B, dos, A, G. noventa y cinco. Hay una tarjeta amarilla con dos elips blancos, pero no puedo encontrar la referencia.

-Está mirando bajo el Dormitorio F. Las B, dos se hallan en el A. -La mujer localizó la referencia correcta-. Inga. B, dos, A, G, noventa y cinco. Muerta. La recuerdo muy bien. Una terrestre muy altiva. Se quejaba constantemente de todo. Vino a la sección de teñidos mientras yo era consejera de diversiones. La recuerdo bien. Trabajaba con azules y verdes, y eso la enloqueció; acabó arrojándose a una tina de naranja polvorienta. Hace mucho tiempo. Caramba, cómo pasa el tiempo...

Al salir de Qualag. Gersen cruzó el río por un puente y se encaminó a la Fábrica Júpiter, que era algo más grande que la de Qualag. La oficina era similar. aunque con un ambiente de mayor actividad.

Gersen preguntó acerca de Dundine. El empleado se mostró receloso y no quiso consultar los archivos.

-No se nos permite proporcionar tal información -dijo mirando a Gersen desdeñosamente desde la altura de su mostrador.

-Quiero discutir el asunto con el administrador -solicitó Gersen.

-El señor Plusse es el dueño de la fábrica. Tome asiento mientras le anuncio.

Gersen fue a examinar un tapiz de tres metros de ancho por dos de alto, que representaba un campo lleno de flores sobre el que revoloteaban centenares de pájaros.

-El señor Plusse le recibirá, señor.

El señor Plusse era un hombre de corta estatura y maleducado, con un moño blanco y ojos legañosos. Estaba claro que no tenía la menor intención de hacerle favores a nadie.

-Lo siento. señor. Debemos cuidar de nuestra producción. Bastantes problemas nos causan las mujeres. Hacemos por ellas cuanto podemos; les damos buena comida y diversiones, las bañamos una vez a la semana. Y, sin embargo, es imposible tenerlas satisfechas.

-¿Puedo preguntar si aún trabaja con ustedes?

-Eso carece de relevancia; no le permitiríamos molestarla.

-Si se encuentra aquí, si es la mujer que ando buscando, le gratificaré por las molestias.

- Hum. Un momentito. -El señor Plusse habló por el intercomunicador: ¿No hay una Dundine en la sección de mimbres? ¿Cuál es su coeficiente? Hum... Ya veo. - Miró a Gersen con un destello de astucia. Una empleada muy valiosa. No se la puede entretener. Si insiste en hablar con ella, tendrá que comprarla. El precio son tres mil UCL.

Gersen entregó el dinero sin una palabra. El señor Plusse se humedeció su pequeña boca rosada.

-Traiga a Dundine a la oficina con la mayor discreción.

Pasaron diez minutos, que el señor Plusse aprovechó para hacer anotaciones en una tabla. La puerta se abrió; el empleado de antes entró con una mujer gruesa que llevaba una blusa blanca. Sus facciones eran grandes, el cabello corto., de color pardo, rizado y atado con un lazo. Se retorció las manos, mirando alternativamente a Plusse y a Gersen.

- Abandona nuestra empresa -dijo el señor Plusse en tono seco-. Este caballero la ha comprado.

Dundine miró a Gersen con expresión aterrorizada.

- ¿Qué piensa hacer conmigo, señor? Me siento a gusto aquí, cumplo mi trabajo; no quiero ir a las granjas de las afueras. Ya soy muy vieja para las tareas pesadas.

-No se preocupe, Dundine. Le he pagado al señor Plusse; ahora es una mujer libre. Puede regresar a casa, si quiere.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

-No me lo creo.

-Es verdad.

El rostro de Dundine se debatía entre el asombro, el miedo y la duda.

-Pero... ¿por qué ha hecho esto?

-Quiero hacerle algunas preguntas,

Dundine le dio la espalda y ocultó la cabeza entre las manos.

-¿Quiere llevarse algo consigo? -preguntó Gersen al cabo de u'] momento.

-No. Nada. Si tuviera dinero me llevaría ese pequeño tapiz que hay en la pared, el de las danzarinas. Me encargué de poner el mimbre en ese tapiz. y me gusta mucho.

- ¿Cuál es el precio? -preguntó Gersen al señor Plusse.

-La llamamos «Estilo Diecinueve» y cuesta setecientos cincuenta UCL.

Gersen compró el tapiz y lo descolgó.

-Vamos, Dundine. Sera mejor que nos vayamos.

- ¡Pero debo despedirme de mis amigas ... !

-Imposible -dijo el señor Plusse-. ¿Quiere molestar a las otras mujeres?

-No he recogido mis primas. Me quedan tres medios períodos de diversión. Me gustaría dárselos a Almerina.

- Como ya sabe, es imposible. No consentimos el intercambio o venta de primas. Puede utilizarlos ahora, antes de marcharse.

- ¿Tenemos tiempo? -consultó Dundine con Gersen- . Me parece una vergüenza desperdiciarlos... aunque supongo que ya no importa...

Caminaron por la carretera que bordeaba el río hasta el centro de la ciudad. Dundine miraba con timidez a Gersen.

-No puedo imaginar lo que espera obtener de mí. Estoy segura de que no le he visto en mi vida.

---Meinteresa todo cuanto pueda decirme acerca de Viole Falushe.

-¿Viole Falushe? No le conozco. No sé nada sobre él. -Dundine se detuvo bruscamente y sus rodillas temblaron-. ¿Me devolverá a la fábrica?

-No --dijo Gersen en tono hueco-. No lo haré. -La escudriño con semblante disgustado-. ¿Es usted la Dundine que fue raptada junto con Inga?

-Oh. sí. Pobre Inga. Nunca más supe de ella desde que llegamos a Qualag. Dicen que Qualag es muy aburrida.

La mente de Gersen trabajaba febrilmente.

-Jue raptada y conducida a Sarkovy?

-Sí. ¡Qué horrible viaje! ¡Recorrimos las estepas en viejas carretas traqueteantes!

-Pero el hombre que las raptó y las llevó a Sarkovy... era Viole Falushe, según mis noticias.

-¡Eh! -La boca de Dundine se estremeció como si hubiera probado algo desagradable-. Su nombre no era Viole Falushe.

Entonces Gersen recordó que Kakarsis Asm le había dicho lo mismo. El hombre que le había vendido a Inga y a Dundine no utilizaba el nombre de Viole Falushe.

--- No, no --dijo Dundine con voz apagada, perdida en lejanos recuerdos-. No era Viole Falushe. Era aquel desagradable Vogel Filschner.

Dundine fue relatando su historia de regreso al Oikumene, entre vacilaciones e imprecaciones, anécdotas y retazos fidedignos. Gersen consiguió extraer de todo lo dicho un relato aproximado.

Excitada por su recién adquirida libertad, Dundine habló con entusiasmo. ¡Por supuesto que conocía a Vogel Filschner! Le conocía muy bien. ¿Así que había cambiado su nombre por el de Viole Falushe? ¡para no avergonzar más a su madre! Aunque, de todos modos, la señora Filschner nunca había gozado de buena reputación, y nadie conocía al padre de Vogel Filschner. Había ido a la misma escuela de Dundine, dos clases por delante -

- ¿Dónde fue? -preguntó Gersen.

- ¡En Ambeules! -exclamó Dundine, sorprendida de que Gersen no conociera los hechos tan bien como ella.

A pesar de que Gersen conocía Rotterdam, Hamburgo y París, nunca había visitado Ambeules, un suburbio de Rolingstiaven, en la costa oeste de Europa.

De acuerdo con los datos aportados por Dundine, Vogel Filschner siempre había sido un muchacho extraño e introvertido.

-Muy sensible -aseguró Dundine- Siempre a punto de montar en cólera o de derramar lágrimas. ¡Nunca sabías lo que Vogel sería capaz de hacer! -Permaneció en silencio durante unos momentos, sacudiendo la cabeza ante los recuerdos que la asaltaban-. Cuando cumplió dieciséis años (yo apenas tenía catorce), una chica nueva entró en la escuela. Era muy hermosa... se llamaba Jheral Tinzy... ¡y Vogel Filschner se enamoró de ella!

Pero Vogel Filschner era sucio y desagradable. Jheral Tinzy, una chica sensible, le encontró repulsivo.

-¿Y quién podía culparla? -musitó Dundine- Vogel era un chico extraño. Aún le puedo ver ahora, más alto que los de su misma edad, muy delgado, pero con el estómago y el culo redondeados. Caminaba con la cabeza ladeada, y lo observaba todo con sus ojos oscuros y ardientes. Miraban, vigilaban, jamás olvidaban ni un detalle... así eran los ojos de Vogel Filschner. En honor a la verdad, debo decir que Jheral Tinzy le trató con crueldad; siempre se reía y se burlaba de él. Creo que arrastró al pobre Vogel a la desesperación. Entonces se lió con... ¡no recuerdo su nombre! Escribió poesías, extrañas y atrevidas. Decían que era ateo, a pesar de que tenía protectores en las clases superiores. ¡Qué días tan lejanos, tan trágicos y tan dulces a la vez! Ah, si pudiera vivirlos otra vez cambiaría muchas cosas.

»Incluso ahora recuerdo el olor del mar. Ambeules, el distrito antiguo, da al Gaas, y es la parte más encantadora y hermosa de la ciudad. Las flores eran increíbles. Pensar que no he visto llores durante treinta años. excepto las que he tejido... -y Dundine se puso a examinar el tapiz que había colgado en una mampara de la habitación.

»Era el más morbosos y sensible de los chicos jóvenes, -En seguida volvió al tema de Vogel Filschner-. Cada vez le entusiasmaba más 1,1 poesía. La verdad es que Jheral Tinzy le humilló hasta lo indecible. Sea como sea, Vogel llevó a cabo su venganza. Formaban el coro veintinueve chicas. Cantábamos cada viernes. Vogel había aprendido a manejar una astronave... un desafío que todos los chicos aceptaban, Así que Vogel robó uno de los pequeños Localizadores, y cuando salimos del ensayo para tomar el autobús era él quien conducía el vehículo. Nos llevó a la astronave y nos convenció para que subiéramos a bordo. Pero ésa fue la única noche en que Jheral Tinzy no vino al ensayo. Vogel no lo advirtió hasta que la última chica hubo salido del autobús; se quedó de piedra. Pero ya era demasiado tarde. no tenía otro remedio que huir. -Dundine suspiró-. Veintiocho chicas, puras y frescas como florecillas. ¡Cómo nos trató! Sabíamos que era extraño. pero no feroz como un animal salvaje. No, nunca. ¿Cómo podíamos imaginar cosas semejantes? Por razones sólo conocidas por él nunca nos llevó a la cama. Inga decía que estaba malhumorado porque no había conseguido capturar a Jheral. Godelia Parwitz y Rosamond... no me acuerdo de su apellido... trataron de golpearle con un instrumento de metal., a pesar de que matarle habría significado nuestra sentencia de muerte, pues ninguna sabía manejar una astronave. Las castigó de tal forma que lloraron y suplicaron. Inga y yo le dijimos que era un monstruo de perversión para obrar así. Lo único que hizo Vogel Filschner fue reír. "¿Así que soy un monstruo de perversión? ¡Yo os enseñaré lo que es un monstruo de perversión!" Entonces nos llevó a Sarkovy y nos vendió al señor Asm.

»Pero antes se detuvo en otro mundo y vendió a las diez chicas menos atractivas. Inga, yo y otras seis, las que más le odiábamos, fuimos vendidas en Sarkovy. De

las otras, las más bellas, no sé nada. Gracias a Kalzibah, alguien ha venido para ayudarme.

Dundine quería volver a la Tierra. Gersen la obsequió en New Wexford con ropas nuevas, un billete para la Tierra y una renta suficiente para vivir con comodidad hasta el fin de sus días. En el espaciopuerto se produjo una escena embarazosa cuando la mujer se abrazó a sus rodillas y le besó las manos.

- ¡Pensé que moriría y que mis cenizas serían dispersadas en un lejano planeta! ¿Cómo he podido ser tan afortunada? Entre tantos millones de criaturas' ¿por qué Kalzibah me ha elegido a mí?

La misma pregunta, planteada en diferentes términos, preocupaba a Gersen. Habría podido comprar Qualag, Júpiter Y las demás fábricas de Sabra, y devolver a sus hogares a todas las mujeres cautivas... ¿Y qué? Había una gran demanda de tapices manufacturados en Sabra. Se instalarían nuevas fábricas y se importarían nuevos esclavos. Un año después todo seguiría igual.

Aunque... Gersen exhaló un suspiro. La maldad infestaba el universo. Gersen no podía terminar con ella. Entretanto, Dundine se secaba los ojos con la intención de volver a arrodillarse ante Gersen.

-Quiero pedirle una cosa -dijo Gersen con impaciencia.

- ¡Lo que quiera, lo que quiera!

-¿Volverá a Rolingshaven?

-Allí está mi hogar.

-No debe revelar cómo escapó de Sabra. ¡No se lo diga a nadie! Invente cualquier cosa. No mencione que la interrogué acerca de Vogel Filschner.

-¡Confíe en mí! ¡No hablaré aunque todos los monstruos del infierno me estiren de la lengua!

-Entonces, adiós.

Gersen se marchó a toda prisa, antes de que Dundine volviera a demostrarle su gratitud.

Desde un videófono público llamó a la Compañía de Inversiones Bramar.

-Henry Lucas desea hablar con el señor Addels.

-Un momento, señor Lucas.

Addels apareció en la pantalla.

- ¿Señor Lucas?

Gersen permitió que su imagen fuera visible.

-¿Todo va bien?

-Tanto como cabía esperar. Mis únicos problemas provienen del inmenso caudal de dinero. Su dinero. -Addels esbozó una sonrisa. Pero poco a poco me voy organizando. Por cierto, la Radian Publishing Company ya es nuestra. A causa de las circunstancias que le mencioné anteriormente, la compra no ha supuesto un gran desembolso.

-¿Alguien ha hecho indagaciones? ¿Alguna pregunta, algún rumor?

-Ninguna, que yo sepa. Zane Publishing Company compró Radian; Irwin & Jeddah son los dueños de Zane, y a su vez pertenecen a una cuenta corriente del banco de Pontefract. La cuenta corriente está a nombre de Inversiones Bramar. ¿Quién es Inversiones Bramar? Por lo visto, soy yo.

- ¡Bien hecho! Un trabajo magnífico.

-No me cansaré de repetirle que invertir en Radian me parece un error, al menos si partimos de la base de su rendimiento anterior.

-¿Por qué han perdido dinero? Todo el mundo lee *Cosmópolis*. Lo veo en todas partes.

-Quizá sea así. De todos modos, la tirada ha disminuido. En realidad, han dejado de lado al lector habitual. La dirección ha intentado complacer a todo el mundo, incluidos los patrocinadores: la revista ha perdido su encanto.

-Se me ocurre un remedio para esta situación. Contrate a un nuevo director, un hombre que posea imaginación e inteligencia. Hágale revitalizar la revista sin hacer concesiones a los patrocinadores ni a la tirada, sin reparar en gastos. Cuando la revista haya conseguido recuperar su prestigio, patrocinadores y ventas volverán a toda prisa.

-Trataré de hacer lo que me dice -dijo Addels con sequedad-. No estoy acostumbrado a manejar millones como si fueran miles.

-Yo tampoco. El dinero no significa nada para mí... aparte de su enorme utilidad. Otra cosa: advierta al redactor jefe de *Cosmópolis* (*me parece que se halla en Londres*) que un hombre llamado Henry Lucas irá a trabajar al equipo de redactores. Dígame que es un empleado de la Zane Publishing, por ejemplo.

Entrará en nómina como escritor especializado, que trabajará cuándo y dónde elija sin que nadie le coarte.

-Muy bien, señor. Haré lo que me pide.

4

De *Introducción a la Vieja Tierra*. de Ferencz Szantho:

«*Erdenfreude*. Misteriosa e íntima emoción que dilata los vasos sanguíneos, electriza los nervios subcutáneos y provoca vahídos de temor y excitación como los que asaltan a una adolescente en su primer baile. La *Erdenfreude* es uno de los síntomas típicos que atacan a los hombres de] espacio exterior cuando se aproximan a la Tierra. Sólo son inmunes los indiferentes y los insensibles. Se han producido casos de palpitaciones casi fatales.

: »Su origen ha despertado enconadas polémicas. Los neurólogos describen el cuadro como un ajuste anticipado del organismo a la absoluta realidad del conjunto sensitivo: reconocimiento de los colores, percepción sónica, fuerza de coriolis y equilibrio gravitacional. Para los psicólogos, por el contrario, la *Erdenfreude* es el flujo de un millar de memorias raciales que pugnan por hacerse conscientes. Los geneticistas hablan del RNA; los metafísicos se refieren al alma; los parapsicólogos plantean la poco plausible observación de que las casas encantadas sólo existen en la Tierra. »

«La historia es un absurdo».

HENRY FORD

Gersen, que vivió nueve años en la Tierra, no dejó de sentir una indefinible excitación mientras colgaba sobre el gigantesco globo, a la espera de que Seguridad Espacial le concediera permiso para aterrizar. Cuando al fin le comunicaron las instrucciones precisas, Gersen descendió hacia el espaciopuerto de Tarn, en la Europa Occidental. Pasó los controles sanitarios (los más rigurosos del Oikumene), apretó los botones adecuados en la consola del Control de Inmigración y por último recibió la autorización para moverse con libertad.

Se trasladó a Londres en tren y se hospedó en el hotel Royal Oak, a una manzana del Strand. Era primavera; los rayos del sol se filtraban a través del cielo encapotado. El Viejo Londres, impregnado de los efluvios de] pasado, resplandecía como una perla gris.

Gersen vestía al estilo de Alphanor, más ajustado en el corte y rico en colorido que el de Londres. Gersen se dirigió a una sastrería de caballeros del Strand, eligió una tela, se quedó en ropa interior y permitió que un cerebro electrónico le tomara las medidas. Al cabo de cinco minutos recibió su nueva vestimenta: pantalones negros, chaqueta marrón oscuro y beige, camisa blanca y corbata negra. Confundido en la multitud, Gersen salió al Strand.

El ocaso apuntaba en el cielo. «Cada planeta tiene su propio ocaso», pensó Gersen. El ocaso de Alphanor, por ejemplo, era azul eléctrico y poco a poco se difuminaba en el más profundo de los ultramarinos. El ocaso de Sarkovy exhibía un gris sombrío con reflejos leonados. El ocaso de Sabra era del color del oro sucio y rodeaba a los otros planetas del racimo con un halo de colores. El ocaso de la Tierra era como debía ser, suave, grisáceo, relajante, con un principio y un fin... Gersen cenó en un restaurante que tenía una antigüedad de unos setecientos años. Las viejas vigas de roble, oscurecidas por el humo y la cera, se veían tan sólidas como siempre; hacía poco que habían lavado y repintado las paredes de yeso, un proceso que se repetía cada cien años aproximadamente. Había visitado Londres un par de veces en compañía de su abuelo, aunque pasaban la mayor parte del tiempo en Amsterdam. Nunca había cenado con este lujo, nunca se le había permitido un instante de ocio o diversión. Gersen sacudió la cabeza con tristeza al recordar los ejercicios que su abuelo le había impuesto. Un milagro que hubiera sobrevivido a la disciplina.

Gersen compró un ejemplar de Cosmópolis y volvió al hotel. Fue al bar, se instaló en una mesa y pidió una jarra de cerveza Worthington, elaborada en Burton-on-Trent como venía sucediendo desde dos mil años atrás. Abrió Cosmópolis. No era difícil imaginar por qué la revista languidecía. Había tres artículos largos: «¿Están perdiendo virilidad los terráqueos?», «Patricia Poitrine: el nuevo encanto de la jet-set» y «La Guía de un sacerdote para la renovación espiritual». Gersen ojeó las páginas y apartó la revista. Terminó su bebida y subió a la habitación.

Por la mañana visitó las oficinas de Cosmópolis y solicitó una entrevista con el director de personal. Se trataba de la señora Neutra, una mujer de aspecto quebradizo y cabello negro que exhibía una gran cantidad de joyas grotescas. No mostró la menor inclinación a hablar con Gersen.

-Lo siento, lo siento, lo siento. No puedo perder el tiempo con nada o con nadie en este momento. Estoy en un apuro. Todo el mundo está en un apuro. Se ha producido una reorganización. Todos los puestos de trabajo peligran.

-Tal vez debería hablar con, el redactor jefe -sugirió Gersen -Zane Publishing envió una carta que ya tendría que haber llegado.

-¿Quién o qué es Zane Publishing? -preguntó con irritación la directora de personal.

-El nuevo propietario -

- Oh. - La mujer desparramó los papel es sobre el escritorio- .Tal vez sea esto Leyó un a hoja-. Oh, usted es Henry Lucas.

-Sí.

-Hum... Ya, ya... Contratado como escritor especializado. Justo lo que no necesitamos ahora. Demonios, llene la solicitud y pida hora para

pasar los tests psiquiátricos. Si sobrevive, cosa que dudo, preséntese dentro de una semana para su cursillo de orientación.

-No tengo tiempo que perder en estas formalidades. Creo que los nuevos propietarios tampoco las observan con demasiada simpatía.

-Lo siento, señor Lucas. Nuestro programa es inflexible.

-¿Qué dice la carta?

-Dice que incluyamos al señor Henry Lucas en la nómina como escritor especializado.

-Pues hágalo.

- Oh, demonios. Si así es cómo van a ir las cosas, ¿para qué quieren un director de personal? ¿Para qué tests psiquiátricos y cursillos de orientación? ¿Por qué no dejar que los conserjes tomen las decisiones?

La mujer cogió una hoja y escribió en rápidos trazos con una vistosa pluma de ave.

-Aquí está. Llévesela al director gerente, que le señalará sus funciones.

El director gerente era un hombre obeso que mantenía apretados los labios en una mueca de preocupación.

-Sí, señor Lucas, la señora Neutra acaba de llamarme. Según tengo entendido, viene recomendado por el nuevo propietario.

-Nos conocemos desde hace mucho tiempo, pero lo que necesito en este momento es algún tipo de credencial que, en caso necesario, demuestre que soy un empleado de Cosmópolis.

El director gerente habló por el interfono.

-Cuando salga, pase por el departamento Dos A y le entregarán su tarjeta. -Se reclinó perezosamente en su silla-. Será usted una especie de reportero ambulante, sin que nadie le pida cuentas. Un empleo estupendo, si me permite expresarle mi opinión. ¿Sobre qué piensa escribir?

- Un poco de todo; lo que salga.

El rostro del director gerente mostró una gran consternación.

-¡No se puede escribir un artículo para Cosmópolis así como así! Programamos con meses de antelación los temas. Utilizamos las encuestas sobre la opinión pública para averiguar los intereses básicos de la gente.

-¿Cómo pueden saber lo que les interesa si no lo han leído? Los nuevos propietarios piensan prescindir de las encuestas.

-¿Y cómo sabremos lo que conviene escribir? -preguntó con tristeza el director gerente.

-Tengo algunas ideas. Por ejemplo, el Instituto nos podría proporcionar material. ¿Cuáles son sus objetivos? ¿Quiénes son los hombres que han alcanzado los grados ciento uno, ciento dos y ciento tres? ¿Qué información ocultan? ¿Qué hay acerca de Tyron Russ y su máquina antigravitatoria? El Instituto ofrece un conocimiento global. Podríamos dedicar una serie completa al Instituto.

-¿No cree usted que es un poco... digamos, denso? ¿Realmente le interesa a la gente este tipo de noticias?

-Al menos debería interesarle.

-Es muy fácil decirlo, pero no es la forma de dirigir una revista. La gente, en realidad, no desea comprender nada; quieren pensar que han aprendido cosas sin necesidad de profundizar. En nuestros artículos «duros» intentamos introducir claves e indicios, con el fin de que puedan hablar de algo en las fiestas. Pero sigamos... ¿qué más ideas tiene?

- He estado pensando en Viole Falushe y el Palacio de] Amor. ¿Qué sucede exactamente en ese lugar? ¿Cuál es el auténtico rostro de Viole Falushe? ¿Qué nombre utiliza cuando sale de Más Allá? ¿Quiénes son sus invitados en el Palacio de] Amor? ¿Cómo se divierten? ¿Desean regresar?

-Un tópico interesante -admitió el director-. Algo llamativo, quizá. Preferimos apartarnos de] sensacionalismo y de, digamos, las facetas desagradables de la realidad. Yo también me he preguntado a menudo sobre el Palacio del Amor. ¿Por qué existe? Por los motivos habituales, supongo. Pero nadie lo sabe con certeza. ¿Qué más?

-Con esto es suficiente por ahora -Gersen se puso en pie-. Voy a trabajar en esta historia.

-Parece que goza de libertad de acción -dijo el director gerente encogiéndose de hombros.

Gersen tomó sin más dilación el ferrocarril subterráneo bajo el Canal en dirección a Rolingshaven, y llegó a la gran Estación de Zona Pocos minutos antes de mediodía. Cruzó el vestíbulo de baldosas blancas. pasó junto a las cintas deslizantes y los ascensores bautizados con los nombres de Viena, París, Zargrado, Berlín, Budapest, Kiev, Neapolis y otras ciudades antiguas. Se detuvo en un quiosco a comprar un mapa, fue a un café y se sentó a tomar una jarra de cerveza y un plato de salchichas.

Gersen había vivido mucho tiempo en Amsterdam y paseado a veces por la Estación de Zona, pero apenas conocía Rolingshaven. Estudió el plano mientras comía.

Rolingshaven era una ciudad muy extensa. dividida en cuatro municipios por dos ríos, el Gaas y el Sluicht., y el gran Canal del Evres. Al norte se encontraba Zummer, un distrito algo apagado de torres de apartamentos y cuidadas alamedas levantado por algún consistorio bienpensante del lejano pasado. En la cumbre del Heybau, un promontorio inclinado sobre el mar, estaba el famoso Conservatorio de Handelhal, el maravilloso Zoo Galáctico y el Kindergarten; Zummer no ofrecía más aspectos de interés.

Al sur de Sluicht empezaba la Ciudad Vieja -una gran confusión de pequeños comercios, pensiones, hoteles, restaurantes, cervecerías, quioscos de libros, oficinas apiñadas y casitas torcidas de piedra y madera- , cuyo origen se remontaba a la Edad Media. Un distrito tan caótico

y pintoresco como Zummer era severo y apagado. También aquí tenía su sede la Universidad, dominando con su impotente presencia el mercado de pescado que se extendía a lo largo de las orillas del canal de Eyres.

Al otro lado del canal se hallaba Ambeules: un distrito de nueve colinas cubiertas de casas y una periferia ocupada por muelles, almacenes. astilleros y marismas de las que se extraían las famosas ostras Flamande. El gran estuario del Gaas separaba Ambeules de Dourrai, un distrito de colinas bajas, también cubiertas de casas, en el que se levantaban grandes industrias y plantas de fabricación que invadían la orilla hasta muy al sur.

Ésta era la ciudad en la que había vivido Viole Falushe (o, más exactamente, Vogel Filschner) y cometido su primer gran crimen. El lugar concreto era Ambeules, y en él decidió Gersen establecer su cuartel general.

- Al terminar la cerveza y las salchichas subió en ascensor hasta el tercer nivel y empalmó con un tren que le condujo, bajo el canal de Evres, a la estación de Ambeules. Ya en la superficie examinó los alrededores brumosos y se acercó a una anciana que se encargaba de un puesto de periódicos.

-¿Hay algún hotel bueno por aquí cerca?

-Suba la Hoebtingasse hasta el hotel Rembrandt; no tiene nada que envidiar a los de Ambeules. Si prefiere un sitio más elegante, vaya al hotel Príncipe Franz Ludwig, en la Ciudad Vieja, el mejor de Europa. Los precios están a la altura de sus servicios.

Gersen eligió el hotel Rembrandt, una agradable construcción pasada de moda con paneles de madera negra en las habitaciones. Alquiló una habitación de techos altos que daba sobre el río Gaas.

El sol aún estaba alto sobre el horizonte. Gersen tomó un taxi y fue a la alcaldía, pagó una pequeña suma y tuvo acceso a la Guía de la Ciudad. Retrocedió la cinta hasta 1495. Buscó la F, luego pasó a Fi y, por fin, apareció el apellido Fi1schner. Había tres Fi1schner en la lista. Gersen anotó las direcciones. También encontró dos Tinzy, y tomó nota de sus señas. Volvió al presente Y encontró dos Fi1schner y cuatro Tinzy. Uno de cada grupo conservaba la misma dirección anterior.

Gersen visitó a continuación las oficinas del *Helion* de Ambeules, exhibió su carnet del Cosmópolis y accedió a los archivos. Buscó en el índice el nombre Vogel Fi1schner, encontró un código cifrado y lo tecleó.

El relato, aunque más condensado, no difería en mucho del de Dundine. Describía a Vogel Fi1schner como «un chico proclive a la meditación y a deambular solo por las noches». Su madre, Hedwig Fi1schner, que trabajaba en un salón de belleza, había declarado su asombro ante la conducta incalificable de su hijo, al que se refería como «un buen chi. co, aunque algo idealista y melancólico».

Vogel Filschner no tenía amigos íntimos. En el laboratorio de biología había formado equipo con Roman Haenigsen, el campeón de ajedrez del colegio. Un día, a la hora de comer, jugaron una partida. Roman no demostró la menor sorpresa al conocer el crimen de Vogel: «Era un tipo que odiaba perder. Cuando le vencí, se puso furioso y tiró las piezas de un manotazo. He de reconocer que me divertí jugar con él. No me gusta la gente que se toma el juego con frivolidad».

Vogel Fi1schner no era un chico frívolo, pensó Gersen.

Apareció una fotografía: las chicas secuestradas en un retrato de grupo que las identificaba como «Sociedad Coral Philidor Bohus». Gersen identificó a Dundine en la primera fila, una chica rolliza que sonreía a la cámara. Entre las chicas

estaría Jheral Tinzy, que Gersen localizó en la cuarta fila, pero una chica de la tercera le tapaba la cara, que tenía girada a un lado en el momento de la instantánea, de modo que sus rasgos eran inidentificables.

No había ninguna fotografía de Vogel Filschner.

La cinta finalizó. Algo es algo, se dijo Gersen. Ambeules ignoraba que el auténtico nombre de Viole Falushe era Vogel Filschner. Gersen tecleó el nombre de Viole Falushe para verificarlo, pero una sola referencia despertó su interés: «Viole Falushe ha declarado en varias ocasiones que su lugar de origen era la Tierra. Algunos rumores afirman que Viole Falushe ha sido visto varias veces en Ambeules. Por qué querría alborotar nuestro tranquilo distrito es una pregunta que carece de respuesta, y todos los indicios apuntan a que tales rumores son un burdo engaño».

Gersen abandonó las dependencias del periódico y bajó a la calle, ¿La gendarmería? Gersen desechó este pensamiento. No era probable que le dijeran más de lo que ya sabía. No era probable que lo hicieran aunque pudieran. Y, por otra parte, Gersen tampoco deseaba provocar la curiosidad de las autoridades.

Gersen comprobó en el plano las direcciones que había apuntado y la del Liceo Philidor Bohus. El Liceo estaba bastante cerca, al final de Lothar Parish. Gersen hizo una seña a un taxi de tres ruedas que le condujo a una de las nueve colinas atravesando un distrito de casitas individuales. El diseño de algunas era anticuado: ladrillo vidriado rojo oscuro y techo alto y picudo cubierto de vidrio de criolita. Otras exhibían el nuevo estilo «tronco hueco»: estrechos cilindros de hormigón enterrados en el suelo a dos tercios de su altura. Había casas de piedra arenisca artificial comprimidas como un conjunto de tierra moldeada; casas de paneles rosa y blanco rematadas por caprichosas cúpulas de metal; casas de papel laminado con techos transparentes electrificados para repeler el polvo. Los bulbos uniformes de cristal o de cristal metalizado tan populares entre los mundos del Grupo no habían ganado adeptos en la

población de la Europa occidental, que los comparaba con calabazas y faroles de papel, y calificaba a sus inquilinos como «futuros no-humanos». El taxi frenó ante el Liceo Philidor Bohus, un espantoso cubo de piedra negra sintética flanqueado por un par de cubos más pequeños.

El director del Liceo era el doctor Willem Ledinger, un hombre de modales suaves y cuerpo voluminoso, con la piel teñida de color caramelo y un bucle de pelo liso amarillento que rodeaba su cabeza de una forma muy original. Gersen se maravilló de la audacia que representaba presentarse de tal guisa ante un millar de adolescentes. Ledinger era afable y confiado. Aceptó sin pestañear la explicación de que Gersen trabajaba para Cosmópolis en un reportaje sobre el comportamiento de la juventud.

-Creo que el tema no da para mucho. Nuestros jóvenes son, si me permite la expresión, muy vulgares. Tenemos muchos estudiantes brillantes y un buen montón de zoquetes...

Gersen desvió la conversación hacia los estudiantes del pasado y sus carreras; no les costó mucho mencionar como de pasada el nombre de Vogel Filschner.

-Ah, sí -musitó el doctor Ledinger acariciándose el pelo-. Vogel Filschner. Hace años que no oigo mencionar su nombre. Es anterior a mi época, por supuesto; entonces yo era profesor auxiliar en la Academia Técnica Hulba, al otro lado de la ciudad. Aun así, nos enteramos -4-1 escándalo. ¡Qué tragedia! ¡Pensar que un chico tan joven pueda cometer semejantes atrocidades!

-¿Nunca volvió a Ambeules?

-Hubiera sido estúpido de su parte. Tanto como dar señales de ida.

Guardan algún retrato de Vogel Filschner en sus archivos? Me gustaría escribir un artículo especial sobre este crimen tan peculiar.

El doctor Ledinger admitió a regañadientes que existían fotografías de Vogel Filschner.

-Pero ¿por qué hurgar en asuntos tan desagradables? Es como ir a profanar tumbas.

-Bien, un artículo de estas características podría identificar al culpable y hacerle caer en manos de la justicia.

-¿Justicia? -El doctor Ledinger frunció los labios en una mueca de incredulidad-. ¿Después de treinta años? Era un histérico. Su crimen carece de importancia a estas alturas; ya estará arrepentido y habrá alcanzado la paz. ¿Qué se ganaría con entregarlo a lo que usted llama justicia?

-Disuadir a otros. -A Gersen le sorprendía la vehemencia del doctor Ledinger-. Tal vez exista un Vogel Filschner en potencia entre sus estudiantes actuales.

El doctor Ledinger sonrió casi con tristeza.

-No lo dudo. Algunos de estos jóvenes pícaros... bien, no me gusta propagar infundios. Y tampoco pienso darle las fotografías. Encuentro su idea muy Poco atinada

-¿Conservan algún anuario del año del crimen? ¿O mejor. del año anterior?

El doctor Ledinger miró a Gersen por un momento, con mucha menos simpatía que antes. Luego sacó un volumen de una estantería. Contempló a Gersen en silencio mientras éste pasaba las páginas hasta llegar a la fotografía de la Sociedad Coral Femenina que ya había visto.

-Esta es Jheral Tinzy -señaló con el dedo Gersen-, la chica que rechazó a Vogel y le empujó al crimen.

-Piense en ello. Veintiocho chicas arrastradas a Más Allá. Veintiocho vidas destrozadas. Me pregunto qué fue de ellas. Algunas aún vivirán, pobres desgraciadas.

- ¿Qué fue de Jheral Tinzy? Ella no formaba parte del grupo, como recordará.

La sospecha se pintó en el semblante del doctor Ledinger.

-Parece saber mucho sobre el caso. ¿Ha sido totalmente sincero conmigo?

-No del todo -sonrió Gersen-. Estoy muy interesado en Vogel Filschner, pero no quiero que nadie se entere. Sería mucho mejor conseguir la información con absoluta discreción.

-¿,Es un oficial de la policía? ¿O de la PCI?

-Estas son mis únicas credenciales - Gersen exhibió su tarjeta.

-Hum. ¿Piensa publicar Cosmópolis un artículo sobre Vogel Filschner? Me parece un desperdicio de tinta y de papel. No cabe duda de que Cosmópolis ha perdido prestigio.

- ¿Qué me dice de Jheral Tinzy? ¿Conservan la fotografía en sus archivos?

-Por supuesto. -El doctor Ledinger posó las manos sobre su escritorio, dando por terminada la entrevista-. Pero no podemos abrir nuestros archivos confidenciales al primero que llega. Lo siento.

Gersen se levantó.

-Gracias, de todos modos.

-No he hecho nada por ayudarle -respondió secamente el doctor Ledinger.

Vogel Filschner había vivido con su madre en una casa pequeña y estrecha situada en el límite este de Ambeules, junto a un sombrío distrito de almacenes y terminales de transporte. Gersen subió los pomposos peldaños de hierro, tocó el timbre y se colocó frente a la mirilla.

-¿Sí? -dijo una voz de mujer.

-Intento localizar a la señora Hedwig Filschner, que vivió aquí hace muchos años - explicó Gersen con su tono mas seguro.

-No conozco a nadie de este nombre. Pregunte a Ewane Clodig, el propietario. Yo sólo soy una inquilina.

Ewane Clodig, que Gersen encontró en las oficinas de Propiedades Clodig, consultó sus archivos.

-El nombre me es familiar... No lo encuentro en mi lista... Aquí está. Se mudó, déjeme ver, hace treinta años.

-¿Tiene su dirección actual?

-No, señor. Sería mucho pedir. Ni siquiera la posterior a su traslado... ¡Ahora me acuerdo! ¿No es la madre de Vogel Filschner, el chico que vendía esclavas?

- Correcto .

-Bien, déjeme que le diga algo. Cuando se supo la noticia, hizo las maletas y desapareció sin dejar rastro.

El antiguo hogar de Jheral Tinzy era un alto edificio octogonal del estilo llamado Paladiano Cuarto, a mitad de la subida a Baileul Hill. La dirección correspondía a la que Gersen había encontrado en el listín; la familia no había cambiado de domicilio.

Una atractiva mujer todavía joven abrió la puerta. Vestía una bonita blusa campesina y un pañuelo anudado alrededor de la cabeza. Gersen se hizo una idea de la mujer antes de que empezara a hablar. Ella le devolvió la mirada con el mismo aire de desafío.

-¿Es usted Jheral Tinzy? -probó Gersen.

-¿Jheral? -La mujer enarco las cejas-. No... por supuesto que no. Qué pregunta tan extraña. ¿Quién es usted?

Gersen mostró su tarjeta, que la mujer le devolvió después de leerla.

-¿Qué le hace pensar que soy Jheral Tinzy?

-Vivió aquí hace tiempo. Debe de tener su misma edad.

-Soy su prima. -La mujer inspeccionó a Gersen con mayor detenimiento que antes-. ¿Por qué le interesa Jheral?

-¿Puedo pasar? Se lo explicaré.

La mujer titubeó. Estuvo a punto de impedirle la entrada, pero luego, tras echar una furtiva mirada sobre el hombro, se apartó. Gersen accedió a un vestíbulo de baldosas inmaculadamente blancas. Una de las paredes laterales estaba cubierta de objetos, siguiendo la tradición de los hogares de clase media europeos. Destacaban en especial un panel fabricado con madera, hueso y conchas (artesanía Lenka de Nowhere, uno de los planetas del Grupo), un conjunto de pastillas perfumadas de Pamfile, un rectángulo de obsidiana pulida y perforada, y una de las llamadas «tablas suplicatorias»* de Lupus 2311.

Gersen se detuvo para examinar un pequeño tapiz de exquisito diseño.

* Los nativos no humanos de Península 4A, Lupus 23II, dedican la mayor parte de sus vidas a fabricar estas tablas, que tienen, por lo visto, un significado religioso. Dos veces al año, en los solsticios, 224 tablas minuciosamente iguales se colocan sobre una lancha ceremonial que es abandonada en el océano. La Compañía de Rescates Lupus mantiene una nave en órbita alrededor de Península 4A. Tan pronto como la balsa se pierde de vista, la recuperan, cogen las tablas y las exportan para Ser vendidas como objetos de arte.

-Una pieza hermosísima. ¿Sabe de dónde viene?

-Es espléndido -asintió la mujer-. Creo que llegó de los mundos exteriores.

-Yo diría que fue tejido en Sabra.

Una voz áspera sonó desde el piso superior.

-¿Emma? ¿Quién está ahí?

-Ya se ha despertado -murmuró la mujer, y añadió en voz alta-: Un caballero de Cosmópolis, tía.

- ¡No queremos periodistas! ¡Te lo he dicho muchas veces!

-Muy bien, tía. Se lo diré. -Emma le indicó a Gersen por señas que entrara en un saloncito. Luego movió la cabeza hacia la fuente de la voz-. La madre de Jheral. No se encuentra bien.

-Qué pena. Por cierto, ¿dónde se encuentra Jheral?

-¿Por qué lo quiere saber?

-Para ser sincero, intento localizar a un tal Vogel Filschner.

Emma rió en silencio y sin alegría.

-Se ha equivocado de lugar. ¡Vaya broma!

- ¿Le conoció?

-Iba a una clase inferior a la mía.

-¿No le volvió a ver después del secuestro?

-Oh, no. Nunca. Aunque... sus preguntas me producen una sensación de extrañeza. -Emma dudó y sonrió con cierto aire de turbación -. Como una nube cuando oculta el sol. A veces me sorprende mirando a mi alrededor con la convicción de haber visto a Vogel Filschner... lo que no sucede nunca.

-¿Qué le ocurrió a Jheral?

Emma tomó asiento y buceó en sus recuerdos.

-Se produjo un gran escándalo. Fue la peor ofensa que recibió jamás esta comunidad. Se acusó a Jheral de haberla provocado; hubo escenas muy desagradables. Algunas madres insultaron y abofetearon a Jheral; había desairado a Vogel empujándole hacia el crimen, por lo tanto, compartía su culpa... Debo admitir que Jheral era una coqueta sin corazón. Adorable, desde luego. Podía conquistar a los chicos con una sola mirada de reojo... como ésta. -Hizo la demostración-. Como un golfo. Coqueteaba con Vogel por puro sadismo, porque no soportaba verle. ¡Ay, el detestable Vogel! Jheral volvía cada día del colegio con nuevos datos sobre las excentricidades de Vogel. Contaba cómo se ponía a comer con la mayor tranquilidad del mundo después de diseccionar una rana y secarse las manos con una toalla de papel. Describía su mal olor, como si nunca se cambiara de ropa, y lo mucho que alardeaba de poseer grandes dotes para la poesía con el propósito de impresionarla. ¡Es verdad! Jheral enloquecía a Vogel con sus burlas... y veintiocho chicas pagaron la culpa.

-¿Y después?

-Hubo una gran indignación. Todo el mundo se puso en contra de Jheral; quizá deseaban hacerlo desde un principio. Por fin, Jheral huyó

con un hombre mayor que ella. Nunca volvió a Ambeules. Ni siquiera su madre sabe dónde está.

Una anciana de ojos llameantes y lacio pelo blanco irrumpió en la salita. Gersen saltó tras una silla para evitar el encontronazo.

-¿A qué vienen tantas preguntas? ¡Fuera de aquí! Ya hemos tenido bastantes problemas en esta casa. No me gusta su cara; no se diferencia en nada de los demás. ¡Fuera, y no vuelva nunca! ¡Canalla! ¡Qué audacia, entrar en mi casa con sus preguntas sucias ... !

Gersen se marchó con tanta rapidez como pudo. Emma intentó acompañarle hasta la puerta, pero su tía la apartó a un lado de un empujón.

La puerta se cerró. La sólida hoja de madera amortiguó los chillidos histéricos que provenían del interior. Gersen tomó aliento. ¡Qué arpía! Había sido afortunado de escapar sin un roce.

Gersen bebió una jarra de vino en un bar cercano y contempló la puesta de sol... Existía la posibilidad, desde luego, de que todas las pistas, incluida la noticia aparecida en el periódico de Avente, fueran infructuosas. Hasta la fecha, el único nexo de unión entre Viole Falushe y Vogel Filschner era la opinión de Kakarsis Asm. Emma Tinzy parecía creer que había visto a Vogel Filschner en Ambeules; a Viole Falushe le gustaría vivir el peligroso placer de pasear por las calles de su infancia. De ser así, ¿por qué no se había presentado ante sus viejos conocidos? Claro que debían de ser escasos los amigos y conocidos de Vogel Filschner. Jheral Tinzy había tomado la decisión más prudente cuando se alejó de Ambeules: Viole Falushe gozaba de muy buena memoria. Su único amigo había sido Roman Haenigsen, el campeón de ajedrez, aunque también se mencionaba a un poeta que había incitado a Vogel Filschner a Cometer sus excesos... Gersen pidió un listín y buscó el apellido Haenigsen. Allí estaba; el volumen se abrió casi en la página correcta. Gersen copió las direcciones y solicitó ayuda de un camarero. Roman Haenigsen vivía a escasamente cinco minutos. Gersen terminó el vino y salió a la luz mortecina del crepúsculo.

La casa de Roman Haenigsen era la más elegante de las que había visitado ese día; tres plantas de metal y paneles de piedra fundida, con ventanas eléctricas que se hacían opacas o transparentes al pronunciar una palabra.

Haenigsen acababa de llegar a casa cuando Gersen se detuvo ante la Puerta. Era un hombre pequeño y enérgico, de cabeza grande y delicadas facciones. Examinó con suspicacia a Gersen y preguntó qué deseaba. Gersen se decantó por la sinceridad.

-Realizo una investigación relativa a su antiguo compañero de clase Vogel Filschner. Según tengo entendido, usted fue su único amigo.

-Hum. -Roman Haenigsen reflexionó unos instantes-. Venga adentro, por favor, y hablaremos.

Guió a Gersen hasta un estudio decorado con toda clase de objetos relacionados con el ajedrez: retratos, bustos, colecciones de piezas, fotografías.

-¿Juega al ajedrez? -preguntó a Gersen.

-A veces, pero no muy a menudo.

-Como en todas las cosas, uno debe practicar para mantenerse en forma. El ajedrez es un juego muy antiguo. -Se dirigió a un tablero y mezcló las piezas con una afectada indiferencia-. Cada variante ha de ser analizada; se graban las partidas para estudiar los resultados de cualquier movimiento razonable. Una buena memoria bastaría para eliminar la necesidad de pensar en ganar las partidas; sólo sería suficiente repetir las jugadas que llevaron al triunfo en una partida. Por suerte, nadie posee una memoria similar, excepto los robots. Pero creo que usted no vino aquí para hablar de ajedrez. ¿Le apetece una copa?

Gersen aceptó una copa de cristal que contenía dos dedos de licor.

- Gracias.

-¡Vogel Filschner! Es extraño oír su nombre otra vez. ¿Alguien sabe su paradero?

-Es lo que estoy intentando averiguar.

-No sacaré nada de mí -repuso Roman Haenigsen con un brusco movimiento de la cabeza-. No he sabido nada de él desde mil cuatrocientos noventa y cuatro.

-Tenía pocas esperanzas de que hubiera regresado bajo su auténtica identidad. Pero todo es posible...

Gersen se interrumpió mientras Roman Haenigsen enlazaba los dedos.

- ¡Muy peculiar! Cada jueves por la noche juego en el Club de ajedrez. Hará un año tal vez me fijé en un hombre que estaba de pie bajo el reloj. Pensé, ¿no será ése Vogel Filschner? Se volvió y vi su cara. Se parecía a Vogel, pero era muy diferente. Un hombre de rasgos y maneras elegantes, un hombre que no tenía nada de la hosquedad y la tirantez de Vogel. Y sin embargo, ahora que lo menciona, había algo en ese hombre, la forma de mover los brazos y las manos, que me recordaba a Vogel.

- ¿No ha vuelto a ver a ese hombre desde entonces?

-Ni una vez.

-¿Habló con él?

-No. A causa de la sorpresa debí mirarlo fijamente, pero luego me olvidé de él.

-¿Cree que Vogel querría hablar con alguien en concreto? ¿Tenía otros amigos, aparte de usted?

-Apenas era su amigo. -Roman se lamió los labios-. Compartíamos una mesa de laboratorio. Jugué con él algunas partidas de ajedrez. que ganó. Si se hubiera dedicado en cuerpo y alma habría ganado el campeonato, pero lo único que le preocupaba era perseguir a las chicas y escribir poesía barata imitando a un tal Navarth.

-Ali, Navarth. Ése es el poeta al que Vogel Filschner quería emular.

-Por desgracia. En mi opinión., Navarth era un charlatán, un engreído, un hombre de actitudes muy dudosas.

-¿Qué ha sido de Navarth?

-Creo que aún sigue en la brecha, pero ya no es lo que era hace treinta años. La gente madura; la decadencia estudiada ya no impresiona tanto como cuando era un adolescente. Vogel, por supuesto, quedó muy impresionado, y cayó en el más espantoso de los ridículos con tal de identificarse con su ídolo. Tal como le digo. ¡Si hay que culpar a alguien por los crímenes de Vogel Filschner, ése es el poeta loco Navarth!

5

Bebía whisky de la espita

y cantaba borracho con ardor,

creí que me tragaba media tina,

pero Tim R. Mortiss me salvó.

No es algo comme il faut

practicar la poligamia,

aun así me,fascinaba,

pero Tim R. Mortiss me disuadió.

Estribillo:

Tini R. Mortiss, Tim R. Mortiss,

Qué gran amigo.

Coge mi mano mientras duermo,

me guía cuando me tambaleo,

siempre está conmigo.

Para seducir a tina bella esquimal

atravesar el Estrecho de Bering juré.

No bien poner el pie en el mar

con Tim R. Mortiss me crucé.

Una amenaza misteriosa, un veneno espantoso

en una vieja filacteria.

Tiré la basura en un pozo,

y ahora Tim R. Mortiss me atormenta.

Estribillo (chasqueando los dedos y golpeándose los talones en el aire):

Tim. R. Mortiss, Tim R. Mortiss,

que gran amigo.

Coge mi mano mientras duermo,

me guía cuando me tambaleo,

siempre está conmigo.

Al día siguiente Gersen visitó por segunda vez las dependencias del *Halion*. El expediente de Navarth era extenso y entusiástico, y contenía escándalos, inconveniencias, infracciones y declaraciones ultrajantes, que abarcaban un período de cuarenta años. El capítulo inicial trataba de una ópera, representada por estudiantes de la Universidad, con libreto de Navarth. La primera función fue declarada una infamia, y nueve estudiantes fueron expulsados de la Universidad. A partir de ese momento, la carrera de Navarth subió como la espuma, declinó, resurgió, volvió a remontarse y se hundió de forma terminante. Desde hacía diez años residía en un barco vivienda anclado en el estuario del Gaas, cerca de Fitlingasse.

Gersen se dirigió a la estación Hedrick de la avenida Castel Vivance y emergió en el distrito comercial marítimo de Ambeules, vecino al estuario del Gaas. El distrito bullía con la actividad frenética de agencias, almacenes, oficinas, muelles, bufetes, restaurantes, licorerías, puestos de fruta., quioscos y dispensarios. Los robots descargaban las barcazas; los carros se arrastraban por la avenida, el suelo se estremecía con las vibraciones del expreso subterráneo. Gersen preguntó en una tienda de dulces por la Fitlingasse.

Autobuses de puertas automáticas, conducidos por chóferes acomodados en butacas al aire libre, recorrían la avenida. Gersen contó un kilómetro, dos kilómetros, con el Gaas a su derecha. El bullicio disminuyó. Los grandes bloques y edificios del distrito comercial dieron paso a las anticuadas estructuras de tres y cuatro plantas: singulares edificios de tierra fundida o paneles de terracota con ventanas estrechas, que el humo y el aire salado habían pintado de cien colores indeterminados. De vez en cuando el autobús atravesaba áreas vacías en las que sólo crecían hierbas raquíticas. A través de estos huecos se veía la calle subiendo hacia el norte, en un nivel más elevado que el del paseo Castel Vivance, con altos edificios de apartamentos apretados unos contra otros.

La Fitlingasse era una avenida estrecha y gris que moría en la cumbre de la colina. Gersen descendió y casi en seguida divisó un desvencijado barco vivienda de dos pisos amarrado en un muelle ruinoso. Un hilo de humo surgía de la chimenea. Había alguien a bordo.

Gersen examinó los alrededores. La brumosa luz del sol caía sobre el estuario; en la orilla opuesta se distinguían miles de casas con tejados de Color pardo, alineadas en filas que descendían hasta el borde del agua. Más cerca había muelles vacíos, pilotes podridos, uno o dos almacenes y un local de ventanas púrpura y verde que se asomaban sobre el agua. Una chica de diecisiete o dieciocho años sentada en el muelle arrojaba guijarros al mar. Miró a Gersen con indiferencia y apartó la vista. Gersen le dio la espalda para estudiar el barco vivienda. Si ésta era la residencia de Navarth, gozaba de un panorama espléndido aunque la pálida luminosidad, los tejados pardos de Dourrai, los muelles podridos y el nivel del agua dotaban a la escena de cierta melancolía. Hasta la chica, a

pesar de su juventud, parecía triste. Llevaba una falda corta de color negro y una chaqueta marrón. Tenía el cabello oscuro y despeinado. aunque no se podía saber si por causa del viento o el desaliño. Gersen se acercó y preguntó:

-¿Está Navarth a bordo?

La muchacha asintió sin cambiar de expresión y contempló a Gersen con la objetividad de un naturalista. Gersen bajó al embarcadero y cruzó una endeble plancha hasta llegar a la cubierta de proa.

Llamó a la puerta. No hubo respuesta. Gersen golpeó con los nudillos otra vez. La puerta se abrió violentamente. Un hombre con cara de sueño y sin afeitarse se asomó. Era de edad indeterminada, delgado, de piernas largas y flacas, nariz torcida, pelo alborotado de ningún color en particular y ojos que, a pesar de estar perfectamente colocados, daba] la impresión de mirar en dos direcciones a la vez. Sus ademanes eran violentos y truculentos.

-¿Es que ya no existe la intimidad? Fuera de mi barco, ahora mismo. Cada vez que me tiendo a descansar un poco, algún funcionario de faz estólida, algún inoportuno buhonero insiste en expulsarme de mi lecho. ¿Va usted a marcharse? ¿No me he expresado con suficiente claridad? Le advierto que guardo un par de ases en mi manga...

Gersen trató de interrumpirle sin éxito. Cuando Navarth terminó su perorata comenzó a retroceder hacia el muelle.

-¡Un minuto de su tiempo! -gritó-. No soy un funcionario. ni tampoco un vendedor ambulante. Me llamo Henry Lucas, y quería...

-Ni ahora, ni mañana, ni en el futuro, ni en ningún momento deseo intimar con usted. ¡Lárguese! Tiene cara de gafe; una sonrisa de dientes negros y apretados. Estas cosas no tienen secretos para mí; ¡usted es un pájaro de mal agüero! No quiero saber nada de usted. Váyase.

Con un rictus triunfa] desenganchó la plancha del embarcadero y volvió a entrar.

Gersen regresó al muelle. La chica seguía sentada en la misma posición . Gersen miró otra vez al barco vivienda. Con voz de asombro preguntó:

-¿Siempre es así?

-Es Navarth -respondió la muchacha como si esa frase resumiera cualquier explicación.

Gersen fue a la taberna y pidió una jarra de cerveza. El hombre que atendía la barra era silencioso, observador, de gran estatura y prominente estómago. Gersen dedujo de sus respuestas que, o no sabía nada de Navarth o no quería decirlo.

Se sentó enfrascado en sus pensamientos. Pasó media hora. Cogió el listín telefónico y buscó Salvage. Encontró un anuncio:

JOBAN SALVAGE & TOW

REMOLQUES - ARRASTRE DE BARCAZAS

EQUIPOS DE BUCEO

No hay trabajo demasiado grande

o demasiado pequeño

Gersen telefoneó y explicó lo que deseaba. Le comunicaron que al día siguiente tendría el equipo encargado a su servicio.

Por la mañana, un pesado remolque de alta mar subió por el estuario, giró y se deslizó en el amarradero contiguo al del barco vivienda de Navarth, apenas separado por un metro de distancia. El patrón aulló unas órdenes a los marineros; echaron cuerdas sobre el muelle y las ataron alrededor de los bolardos. El remolque quedó amarrado.

Navarth salió a cubierta y pataleó con rabia.

-¿Es obligatorio amarrar tan cerca? Llévense esa cáscara de nuez; ¿acaso intentan aplastarme contra el muelle?

Apoiado en la barandilla del remolque, Gersen contempló la cara alzada de Navarth.

-¿Verdad que cambiamos unas palabras ayer?

-Lo recuerdo muy bien; exigí que se marchara, y aquí está de nuevo mas inoportuno que nunca.

-Me preguntó si sería tan amable de concederme unos pocos minutos de su tiempo. Quizá le sería de utilidad.

-¿Utilidad? ¡Bah! He sacado más dinero de mi zapato del que usted ha gastado. Lo único que deseo es que se lleve su remolque bien lejos.

-Claro, claro. Sólo es cuestión de un momento.

Navarth meneó la cabeza malhumorado. El buceador que Gersen había contratado subió por el otro extremo del remolque. Gersen se volvió hacia Navarth.

-Es muy importante que hable con usted; si tuviera la gentileza de...

-Tal importancia se contempla desde un único punto de vista. ¡Fuera de aquí y llévese ese remolcador monstruoso!

-En seguida -dijo Gersen.

Hizo una señal al buceador, que tocó un botón.

Sonó una explosión bajo el barco vivienda, que se sacudió y escoró. Navarth se puso a correr frenéticamente. Desde el remolque descendieron unos garfios que hicieron presa en la barandilla del barco vivienda.

-Por lo visto se ha producido una explosión en la sala de maquinas -informó Gersen a Navarth.

-¿Cómo es posible? Nunca hubo explosiones. Ni siquiera hay máquinas. ¡Me estoy hundiendo!

-No, mientras las cuerdas lo aguanten. Pero nos vamos dentro de un minuto y he de retirar los garfios.

-¿Qué? -Navarth elevó los brazos al cielo-. ¡Me iré a pique, junto con el barco! ¿Es eso lo que quiere?

-Recuerde que usted mismo me ordenó partir -explicó Gersen-. Así que... -Se volvió hacia la tripulación-. Suelten los garfios. Nos marchamos.

-¡No, no! -vociferó Navarth-. ¡Me hundiré!

-Si me invitara a subir a bordo, si hablara conmigo y me ayudara a escribir un artículo para mi periódico, la situación daría un giro favorable. Estaría dispuesto a echarle una mano, e incluso a reparar su casco,

-¿Por qué no? -estalló Navarth-. Usted es el responsable de la explosión.

- Cuidado, Navarth. Está rozando la calumnia. Recuerde que tengo testigos.

- ¡Bah! Lo que usted ha hecho recibe el nombre de piratería y extorsión. Escribir un artículo, ¿eh? Bien, pues... ¿por qué no lo dijo antes? ¡Yo también soy escritor! Suba a bordo; hablaremos. Siempre me apetece una pequeña diversión: un hombre sin amigos es como un árbol sin hojas.

Gersen saltó al barco vivienda; Navarth, todo amabilidad, dispuso un par de sillas de cara al pálido fulgor del sol. Sacó una botella de vino blanco.

-Siéntese; ¡como si estuviera en casa!

Abrió la botella, llenó los vasos y luego se acomodó en su silla, saboreando el vino con delectación. Su cara se veía plácida e inocente, como si toda la sabiduría racial hubiera pasado por ella sin dejar el menor rastro. Navarth, como la Tierra, era viejo, irresponsable y melancólico, henchido de una peligrosa alegría.

-¿Así que es escritor? Yo diría que no se corresponde con la imagen habitual.

Gersen mostró su tarjeta de Cosmópolis.

-Señor Henry Lucas -leyó Navarth-. Escritor especializado. ¿Por qué ha venido a verme? Ya no estoy de moda, mi buena época no es más que un recuerdo. Desacreditado, arruinado. ¿Cuál fue mi ofensa? Me esforcé en expresar la verdad con toda su vehemencia. Esto es peligroso. Una palabra debe ser completamente inocua, desprovista de énfasis. El oyente es incapaz de reaccionar, se queda sin defensas, el significado penetra en su mente. Tengo mucho que decir sobre el mundo; pero cada año se atenúa esta compulsión. Vivir o morir, todo es lo mismo para mí. ¿Sobre qué versará su artículo?

-Viole Falushe.

- Un tópico interesante -parpadeó Navarth-, pero ¿por qué se dirige a mí?

- Porque le conoció como Vogel Filschner.

-Hum. Bien, sí. Es un hecho poco conocido. -Con dedos súbitamente temblorosos, Navarth vertió más vino- ¿Hay algo que desee en especial?

-Saber.

-Le sugiero -dijo Navarth con cierta agresividad- que busque la información en su fuente.

-Por supuesto, si supiera dónde ir a buscar. Pero ¿y si está en Más Allá? En su Palacio del Amor.

-Ése no es el caso; está aquí, en la Tierra.

En seguida que hubo hablado, Navarth pareció lamentar su precipitación y frunció el entrecejo.

Gersen se retrepó en la silla, todas sus dudas y recelos desvanecidos: Vogel Filschner y Viole Falushe eran la misma persona; frente a él tenía a un hombre que le conocía bajo ambas identidades.

-Hay mil temas más interesantes que Viole Falushe.

Navarth se mostraba inquieto y resentido.

-¿Cómo sabe que se encuentra en la Tierra?

-¿Cómo sé cualquier cosa? ¡Soy Navarth! -Señaló un hilo de humo en el cielo-. Lo veo, luego lo sé. -Levantó la botella de vino y la meció bajo la luz del sol -. La veo, luego lo sé.

Gersen reflexionó en silencio unos momentos.

-No estoy en condiciones de criticar su epistemología. Para empezar, no la entiendo. ¿No me puede proporcionar datos más fidedignos acerca de Viole Falushe?

Navarth intentó pasarse un dedo por la nariz, pero erró el cálculo y se lo introdujo en un ojo.

-Hay un tiempo para ser valiente y un tiempo para ser precavido. Todavía no conozco el punto de vista de su artículo.

-Intentará ser un documento juicioso, sin exageraciones ni apologías. Procuraré que los hechos hablen por sí solos.

-Una empresa peligrosa. -Navarth arrugó los labios-. Viole Falushe es el más sensible de los hombres. ¿Recuerda la historia de la princesa que descubrió un guisante enterrado bajo cuarenta colchones? Viole Falushe es capaz de detectar la falta de una sílaba en la invocación matutina a Kalzibah de un coro de niños ciegos... Por otra parte, el inundo gira, la alfombra del conocimiento se desenrolla. No tengo nada que agradecerle a Viole Falushe.

-¿De modo que considera negativamente su carácter?

Navarth ya no pudo contenerse más. Bebió vino con un gesto ampuloso.

-Muy negativamente. ¡Si yo mandara, qué castigo impondría! -Se reclinó en la silla, señaló con un dedo huesudo el lejano horizonte y declamó-: Una pira alta como una montaña, y Viole Falushe en la cumbre. A su alrededor. diez mil músicos dispuestos sobre estrados. Con una sola mirada enciendo el fuego. Los músicos tocan mientras su whisky hierve y sus instrumentos se derriten. Viole

Falushe canta con voz de soprano... -Se sirvió más vino-. Una visión melancólica. Imposible.

Me conformaría con ver a Viole Falushe ahogado o devorado por leones...

-Parece que dispone de suficientes datos.

- Vogel Filschner leyó mis poemas. -La mirada de Navarth retrocedió en el tiempo-. Un joven imaginativo, pero desorientado. Cómo cambió, qué gran transformación. Agregó control a su imaginación. Ahora es un gran artista.

-¿Artista? ¿Qué clase de artista?

-Jamás hubiera alcanzado su altura actual sin el arte, sin estilo y proporción. ¡No se llame a engaño! Es un hombre sencillo, como yo, con objetivos muy claros. Usted, en cambio... es el más complicado y oscuro de los hombres. Entreveo un rincón de su mente, y en seguida se desliza un velo negro. ¿Es usted de la Tierra? No me diga nada. -Navarth agitó las manos como para atajar la posible respuesta de Gersen -. Hay demasiado conocimiento en el mundo; utilizamos los hechos a modo de muletas, y así empobrecemos nuestros sentidos. Los hechos mienten; la lógica es un fraude. Sólo conozco un sistema de comunicación: recitar poesías.

-¿Viole Falushe es poeta también?

-Su arte no estriba en las palabras -gruñó Navarth, que no quería perder el control de la conversación.

-¿Adónde va Viole Falushe cuando visita la Tierra? ¿Viene aquí?

Navarth contempló a Gersen con incredulidad.

-Ése es un pensamiento desafortunado.

-¿Adónde va, entonces?

-Aquí, allá, a cualquier lugar. Es esquivo como el aire.

-¿Cómo se citan?

-Nunca lo hago. Me visita en ocasiones.

-¿Hace mucho de la última?

-Sí, sí, sí. ¿No lo he dejado bien claro? ¿Por qué está tan interesado en Viole Falushe?

-Responderle sería tanto como afligirle con un hecho -sonrió Gersen -, pero no es ningún secreto. Represento a la revista Cosmópolis y me gustaría escribir un artículo sobre su vida y sus actividades.

-Hum. A Viole Falushe le pierde la vanidad. ¿Por qué no preguntárselo directamente?

-Me gustaría hacerlo. pero primero he de ponerme en contacto con él.

-Nada más fácil, con tal de que pague una pequeña cantidad.

-¿Por qué no? No reparo en gastos.

Navarth se puso en pie de un brinco, lleno de entusiasmo.

-Necesitaremos una joven bella y virgen. Debe despedir un cierto destello, una sensibilidad, fervor e ímpetu especiales. -Dejo vagar su mirada como si buscara un objeto perdido. Espió a la joven que Gersen había visto en el muelle el día anterior, sentada en el mismo lugar. Navarth se llevó los dedos a los labios, emitió un silbido agudo y le hizo señas a la chica de que se acercara- Ella servirá.

-¿Es ésta la joven virgen centelleante? Parece más bien un golfillo.

-Ja, ja -graznó Navarth-. ¡Ya verá! Soy débil y caquético, pero soy Navarth; a pesar de mi vejez, las mujeres florecen cuando las toco. Ya verá.

La joven subió a bordo del barco vivienda y escuchó el programa de Navarth sin hacer comentarios.

-Saldremos a cenar. No repararemos en gastos, nos deleitaremos Con lo mejor de lo mejor. Ataviate con sedas, joyas, con tus más delicados perfumes. Este caballero es rico, el más admirable de todos los hombres. Repítame su nombre, por favor.

-Henry Lucas.

- Henry Lucas. Arde en deseos de empezar la fiesta. Ve, pues, y prepárate.

La chica se encogió de hombros.

-Estoy preparada.

-Tú eres el juez más adecuado -declaró Navarth-. Ve adentro mientras repaso mi guardarropa. -Echó un vistazo al cielo-. Día amarillo, noche amarilla. Me pondré de amarillo.

Les guió a la sala, que estaba amueblada con una mesa de madera, dos sillas de roble tallado, estanterías atestadas de libros y baratijas y un jarrón que contenía tallos de hierbas de las pampas. Navarth sacó de un armario una segunda botella de vino, que abrió y colocó sobre la mesa junto con vasos.

-Beban -dijo y desapareció en la habitación contigua.

Gersen y la chica se quedaron a solas. La examinó con disimulo. Llevaba la falda negra del día anterior, una blusa negra de manga corta y sandalias; de acuerdo con la moda de la Tierra, no lucía ni joyas ni tinte para la piel. Era esbelta, pero tenía el pelo enmarañado. No logró resolver la duda de si se hallaba muy serena o indiferente por completo. Guiado por un súbito impulso, Gersen cogió un peine del lavabo de Navarth y peinó los cabellos de la joven. Ella le dirigió una mirada de sorpresa y luego permaneció de pie, silenciosa y pasiva. Gersen se preguntó qué pensamientos rondarían su mente. ¿Estaría tan loca como Navarth?

-Ya está - dijo Gersen por fin-. Ahora no tienes tanto aspecto de granujilla.

Navarth volvió enfundado en una chaqueta marrón, varias tallas más grande, y zapatos amarillos.

-No han probado el vino. -Llenó tres vasos hasta el borde-. Tenemos una agradable velada por delante. Nosotros tres: tres islas en el mar, y cada isla un alma errabunda. Avanzamos juntos, ¿y qué es lo que encontraremos?

Gersen probó el vino: un delicioso y fuerte moscatel; bebió. Navarth vertió el vino en su garganta como si derramara un cubo en el estuario. La joven bebió, sin la menor vacilación, sin demostrar ni un ápice de emoción. «Una chica extraña», pensó Gersen. En algún lugar detrás de la grave faz anidaba una hoguera inextinguible. ¿Qué estímulos la podrían excitar? ¿Qué le haría estallar en carcajadas?

-¿Estamos preparados? -preguntó Navarth, y a continuación abrió la puerta y les cedió el paso-. ¡En busca de Viole Falushe!

6

De «Viole Falushe», capítulo 111 de *Los Príncipes Demonio*, de Carl Carphen (Elucidarian Press, New Wexford, Aloysius, Vega):

«Cada Príncipe Demonio debe afrontar el problema de la celebridad. Todos son lo bastante fatuos y exhibicionistas (Attel Malagate es la excepción) como para aspirar a desarrollar al máximo su personalidad y a imprimir su estilo sobre tantas vidas como les sea posible. Consideraciones de orden práctico, sin embargo, les empujan al anonimato, en especial cuando visitan los mundos del Oikumene. Viole Falushe no incumple la regla. Como Malagate, Kokor Hekkus, Lens Larque y

Howard Alan Treesong, oculta celosamente su identidad, y ni tan sólo los invitados a su Palacio del Amor le han visto el rostro. En algunos aspectos Viole Falushe es el más humano de los Príncipes Demonio; es decir, sus vicios se hallan en una escala accesible a la comprensión humana. Están ausentes la inimaginable crueldad, la insensibilidad reptiliana, la megalomanía y la ominosa perversión que caracterizan respectivamente a Kokor Hekkus, Malagate, Lens Larque y Howard Alan Treesong. Las notas destacables en la maldad de Viole Falushe serían un espíritu vengativo insaciable, sensibilidad infantil y monstruosa autoindulgencia.

»Dejando aparte sus vicios, existe un aspecto singularmente atrayente en Viole Falushe, una calidez, un idealismo, algo que ni los más intransigentes moralistas se atreven a discutir. Escuchemos al mismo Viole Falushe en una conferencia (grabada, por supuesto) dirigida a los estudiantes de la Universidad de Cervantes:

»"Soy un hombre desgraciado. Estoy obsesionado por mi dificultad de expresar lo inexpresable, de definir lo desconocido. La búsqueda de la belleza es, por supuesto, un impulso psicológico fundamental. En sus varias modalidades (por ejemplo, el deseo de perfección, el anhelo de fundirse con lo eterno, la realización de un Absoluto creado por nosotros mismos, aún más amplio que nuestra totalidad) es quizá el impulso humano más importante.

»"Estoy atormentado por este impulso; me afano, construyo, pero, paradójicamente, tengo la total convicción de que, si alguna vez alcanzo mis objetivos personales, los resultados serán insatisfactorios. En este caso concreto, la contienda es más importante que la victoria. No describiré mi propia lucha, mis aflicciones, mis oscuras pesadillas, mis angustias. Las consideraríais incomprendibles, o peor aún, ridículas.

» -He sido descrito a menudo como un hombre malvado y, aunque no rechazo la etiqueta, tampoco asumo una crítica tan severa. La maldad es un vector de calidad, sólo operativo en la dirección del vector, N., es frecuente que los actos más censurados produzcan un daño ínfimo', incluso beneficioso, a las personas que los padecen.

»"Muchas veces me han preguntado sobre el Palacio del Amor, pero no me gusta gratificar las curiosidades morbosas a este respecto. Baste decir que estoy a favor de la expansión de la conciencia y de la gratificación de los sentidos... aunque en mi vida privada practico un ascetismo que os sorprendería. El Palacio del Amor abarca un área muy extensa, y no ocupa una única estructura, sino más bien un complejo de jardines, pabellones, salas, cúpulas, torres, paseos y paisajes pintorescos. El personal del Palacio se compone de personas jóvenes y hermosas, y no conocen otra vida; son los más felices de los mortales."

»Así habla Viole Falushe- Los rumores no le contemplan con tanta benevolencia. Se dice que le fascinan las variaciones y culminaciones eróticas. Uno de sus juegos favoritos, según parece, es conducir a una doncella de gran belleza a un claustro aislado. Se la alecciona en la idea de que algún día encontrará una

criatura milagrosa que la amaré y después la mataré... y un día la dejan en libertad en una pequeña isla donde Viole Falushe aguarda.»

El hotel Príncipe Franz Ludwig era el lugar de reunión más elegante de Rolingshaven. El vestíbulo principal era enorme; un cuadrado de sesenta metros de lado y treinta de altura. Doce arañas derramaban su luz dorada; cubría el suelo una gruesa alfombra de color pardo y dorado adornada con sutiles dibujos. Las paredes estaban revestidas de sedas azul pálido y amarillas; el techo mostraba escenas de una corte medieval. Los muebles eran de estilo antiguo, muy trabajados, sólidos pero elegantes, con cojines de raso amarillo o rosa y las molduras lacadas en un tono de color del oro oscurecido. Jarrones de cinco metros de altura llenos de flores adornaban las mesas de mármol. Un paje elegantemente uniformado estaba situado de pie junto a cada una de las mesas. Tan suntuosa complejidad sólo se podía encontrar ya en la vieja Europa. Gersen nunca había puesto el pie en un lugar tan majestuoso.

Navarth escogió un sofá cercano a una salita en la que un cuarteto de músicos interpretaba una selección de *capriccios*. Llamó a un camarero y pidió champán.

- ¿Es aquí donde debo buscar a Viole Falushe? -preguntó Gersen

-Le he visto en varias ocasiones. Debemos estar alertas.

Bebieron champán sentados en la sala dorada. La falda y la blusa negras de la chica, sus morenas piernas desnudas y las sandalias no parecían indignas o inapropiadas, ya sea por pura paradoja o por improbable yuxtaposición, lo que no dejaba de sorprender a Gersen. ¿Cómo se las había arreglado para llevar a cabo la transformación?

Navarth hablaba de trivialidades, y la chica apenas pronunciaba palabra. Gersen pensó que lo mejor era no precipitar el curso de los acontecimientos. Además, le fascinaba la experiencia. La chica había bebido mucho vino, pero se mantenía serena. Daba la impresión de consagrar cierto interés hacia la gente que atravesaba la estancia, pero de una manera desapasionada.

-¿Cómo te llamas? -preguntó Gersen por fin-. No sé cómo dirigirte la palabra.

-Llámela como quiera -terció Navarth ante la impasibilidad de la joven-. Es mi costumbre. Esta noche será Zan Zu, de Eridu.

La chica sonrió, un breve destello de alegría. Gersen decidió que, después de todo, no era idiota.

-Zan Zu, ¿eh? ¿Es ése tu nombre?

-Es tan bueno como otro cualquiera.

-Se ha terminado el champán, una cosecha excelente. ¡Vamos a cenar!

Navarth se puso en pie y ofreció su brazo a la chica. Cruzaron el vestíbulo y descendieron cuatro macizos peldaños para llegar al comedor, no menos magnífico que el vestíbulo.

Navarth ordenó la cena con entusiasmo y sutileza. Gersen jamás había probado manjares tan deliciosos, y lamentó que la capacidad de su estómago le impusiera unos límites. Zan Zu de Eridu comía con elegancia, pero sin interés. Gersen la miró de reojo. ¿Estaría enferma? ¿Habría sufrido recientemente una gran pena? Parecía muy tranquila... demasiado tranquila, teniendo en cuenta lo que había bebido: moscatel, champán, los diversos vinos que Navarth había pedido para acompañar la cena... Bien, le daba igual. Su problema era Viole Falushe. Aunque aquí, en el hotel Príncipe Franz Ludwig, sentado con Navarth y Zan Zu, Viole Falushe parecía un ente de ficción. Con un esfuerzo, Gersen volvió a la realidad. Era fácil dejarse seducir por la riqueza, la elegancia, la buena comida, la luz dorada de las arañas.

-Si no encontramos aquí a Viole Falushe, ¿dónde sugiere que busquemos? - preguntó a Navarth.

-No he hecho planes por anticipado. Las circunstancias dirán. No olvide que Viole Falushe me tomó como ejemplo hace mucho tiempo. ¿No es razonable suponer que sus proyectos coincidirán con los nuestros?

-Muy razonable.

-Comprobaremos la teoría.

Más tarde llegaron los cafés, los pasteles y los licores. Gersen pagó la cena, que se elevaba a 200 UCL, y salieron del hotel Príncipe Franz Ludwig.

-Y ahora, ¿qué? -preguntó Gersen. - Es temprano todavía -reflexionó Navarth En el cabaret Mikmak siempre hay diversión, de una clase u otra, por ejemplo, contemplar a los buenos ciudadanos tratando de comportarse con corrección.

Del cabaret Mikinak fueron al Paru, el Fliegence Hollander y luego al Blue Pearl. Cada nueva taberna o cabaret era menos elegante que la anterior, al menos en apariencia. Al salir del Blue Pearl, Navarth les condujo al Café del Crepúsculo, en el paseo Castel Vivence de Ambeules, después de una sucesión de garitos portuarios, cervecerías y salas de baile. En el Zadiel's All World Rendez-Vous, Gersen interrumpió las disertaciones de Navarth.

-¿Es aquí donde esperaremos a Viole Falushe?

-¿Dónde, si no? -preguntó el poeta loco, algo bebido-. ¡Donde el corazón de la Tierra late con la sangre más espesa! Espesa, púrpura, con olor a polvo, como la sangre de los cocodrilos, la sangre de los leones muertos. No tema, ¡verá a su hombre! ¿De qué estábamos hablando? ¡Mi juventud, mi juventud desperdiciada! En un tiempo trabajé para Tellur Transit, investigando el contenido de maletas extraviadas. Es posible que fuera ahí donde extraje mi profundo conocimiento de la naturaleza humana...

Gersen se retrepó en su silla. En las presentes circunstancias, lo mejor era conservar una prudente cautela. Comprobó con sorpresa que estaba algo borracho, a pesar de su moderación. Las luces de colores, la música, la incesante conversación de Navarth compartían la responsabilidad con el alcohol. Zan Zu seguía tan inaccesible como de costumbre; la miró de reojo, como venía haciendo toda la noche. Gersen se preguntó: «¿Qué pensamientos rondan por esa cabeza? ¿Qué espera de la vida? ¿Alimenta esperanzas? ¿Suspira por un amante atractivo? ¿Detesta trabajar, desea visitar los mundos exteriores?».

Doce retumbantes campanadas sonaron en la antigua catedral de Flamande Heights.

-Es medianoche -graznó Navarth. Se irguió, trastabilleó un poco y miró alternativamente a Gersen y a Zan Zu de Eridu-. Ahora continuaremos.

-¿Adónde vamos? -preguntó Gersen.

Navarth señaló al otro lado de la calle, a un local alargado y bajo con un excéntrico tejado y adornado con luces verdes.

-Sugiero el Café de la Armonía Celestial, el lugar de cita de viajeros, hombres del espacio, vagabundos de los mundos exteriores y trasnochadores como nosotros.

Caminaron hacia el Café de la Armonía Celestial mientras Navarth exponía en voz alta su opinión sobre la pobre calidad de la vida en la Rolingshaven actual.

-Estamos estancados, nos deterioramos lentamente. ¿Dónde está nuestra vitalidad? ¡Se desborda hacia los mundos exteriores! Hemos malgastado nuestras vidas. En la Tierra se quedan los enfermos, los depravados, los pensadores críticos, los trotacalles sin rumbo, los paranoicos y los introvertidos, los grandes epicúreos, los soñadores tímidos, los

medievalistas.

-¿Ha recorrido el Oikumene? -preguntó Gersen.

-Mi pie jamás ha abandonado el contacto con el suelo terrestre.

-¿En qué categoría, por tanto, se incluye?

-,Acaso no he vituperado las categorías? -exclamó Navarth con un revuelo de manos-. ¡Aquí está el Café de la Armonía Celestial! ¡Estamos alcanzando el momento álgido de la velada!

Entraron, se abrieron paso hasta una mesa y Navarth ordenó al instante que les trajeran un mágnam de champán. El café estaba abarrotado: voces, estruendo y arrastrar de pies competían con una bulliciosa orquesta compuesta por pífano, concertina, eufonio y banjo; la clientela bailaba, saltaba, pataleaba y daba cabriolas al estilo de cada uno. Una barra algo elevada sobre el nivel de la planta ocupaba casi todo el ancho del local. Las siluetas de los hombres recostados contra el pasamano se silueteaban contra las luces verde y naranja de la barra. En las mesas de la planta se sentaban hombres y mujeres de todas las edades, razas, condición social y nivel de sobriedad. La mayoría usaban ropas europeas, si bien algunas exhibían vestimentas de otras regiones y otros mundos. Chicas de alterne serias y seguras de sí mismas iban de aquí para allá pidiendo bebidas, distribuyendo réplicas escabrosas y estableciendo citas. Los músicos cambiaron de instrumentos: laúd barítono, viola, flauta y tímpano, acompañados por un grupo de equilibristas. Navarth bebió champán con entusiasmo infatigable.

Zan Zu de Eridu paseaba la vista de un lugar a otro, sin que Gersen pudiera descifrar si lo hacía con interés, desasosiego o con cierta sensación de asfixia. Sus nudillos se blanqueaban cuando sujetaba la copa. Giró de pronto la cabeza y clavó los ojos en los de Gersen; sus labios esbozaron el fantasma de una sonrisa... o de una mueca de disgusto. Alzó la copa y bebió el champán.

El entusiasmo de Navarth había llegado a su punto culminante. Coreó la música, siguió el ritmo golpeando con los dedos en la mesa y trató de abrazar a una de las chicas, que lo esquivó con aire de hastío.

De repente clavó la mirada en Zan Zu, y después inspeccionó a Gersen, como asombrado de que no hubiera tomado la iniciativa. Gersen no pudo resistir el fulgor de los ojos de Zan Zu, y fuera por el vino, las luces de colores o el ambiente, vio desvanecerse ante él al golfillo que arrojaba piedras al agua. La transformación era pasmosa: ella era mágica, una criatura de cautivadora belleza.

Navarth contemplaba la escena, perdida toda su alegría. Gersen ladeó la cabeza, Navarth apartó la vista. «¿Qué me está sucediendo -pensó Gersen-, qué le ocurre a Navarth?» Gersen rechazó las ideas que bullían en su mente y se reclinó en la silla.

Zan Zu, la muchacha de Eridu, miraba la copa con expresión taciturna. ¿Alivio? ¿Tristeza? ¿Aburrimiento? A Gersen le costaba decidir. Los pensamientos de la muchacha parecían muy profundos. ¿E., qué se estaba involucrando? Un

estremecimiento de cólera recorrió su cuerpo. Miró a Navarth y éste le correspondió. Zan Zu bebió más champán.

-La Huerta de la Vida produce un solo melón -canturreó Navarth -. Nadie conoce el color del corazón hasta que le quitas la corteza.

Gersen examinó las otras mesas. Navarth llenó su copa. Gersen bebió... Navarth tenía razón. Para ganar algo tan intenso, tan delicioso, tan mágico tenía que haber un previo abandono, era indispensable quemar los puentes. ¿Y Viole Falushe? ¿Cuál sería su impulso básico? Como en respuesta a estos pensamientos, Navarth le agarró por el brazo.

-Está aquí.

Gersen se deshizo de] ensueño.

-¿Dónde?

-Allí. En la barra.

Gersen escudriñó la hilera de hombres apoyados en la barra. Sus siluetas eran casi idénticas; algunos sostenían jarras, otros vasos.

- ¿Cuál es Viole Falushe?

-¿Ve al hombre que está mirando a la chica? Sólo tiene ojos para ella. Está fascinado.

Gersen buscó entre las caras. Nadie parecía prestarles gran atención.

-¡Ella se ha dado cuenta! -susurró Navarth con voz ronca-. ¡Es más inteligente que yo!

Gersen miró a la joven, que parecía inquieta; sus dedos tamborileaban sobre el borde de la copa. Levantó los ojos hacia una de las formas indistintas. Cómo había intuido la dirección correcta era algo que estaba más allá de la comprensión de Gersen.

Un camarero se acercó a la chica y murmuró unas palabras en su oído. Zan Zu contempló de nuevo la copa de champán y cerró las manos en torno al pie... Se levantó con brusca decisión. Gersen se sintió invadido por una oleada de ira. Era innoble quedarse sentado sin hacer nada. Le estaban insultando. Le arrebataban algo que, aunque no le perteneciera, consideraba suyo. Se preguntó aterrorizado si sería demasiado tarde. Se levantó de un salto, cogió a la chica por la muñeca y la sentó en sus rodillas. Ella le miró estupefacta, como si despertara de un sueño.

-¿Porqué lo hiciste?

-No quiero que vayas.

-¿Por qué no?

Gersen no consiguió articular palabra. Zan Zu seguía sentada pasivamente, con cierta timidez. Había lágrimas en sus ojos. Gersen besó su mejilla húmeda. Navarth soltó una carcajada estentórea.

-¡Nunca, nunca se termina!

Gersen depositó a Zan Zu en su silla, pero le retuvo la mano.

-¿Qué es lo que nunca terminará? -preguntó en voz baja.

-Yo también he amado. ¿Y qué? El tiempo del amor ha pasado. Ahora habrá problemas, por supuesto. ¿No entiende la sensibilidad de Viole Falushe? Es tan extraño y delicado como la fronda de un helecho. No puede soportar la privación; le enferma.

-No es mi caso.

-Se ha equivocado por completo -le reprendió Navarth-. Falushe dedicaba todos sus pensamientos a la muchacha. Bastaba seguirla para encontrar a su hombre.

-Sí -murmuró Gersen-. Es cierto... es cierto. Ahora me doy cuenta.

Contempló el vaso de vino y luego la hilera de siluetas. Alguien le observaba a su vez; podía sentir su atención puesta en él. Se acercaba un altercado. No estaba en forma, había prescindido del entrenamiento durante semanas. Y además estaba medio borracho.

Un hombre pasó muy cerca y fingió que resbalaba. Se tambaleó sobre la mesa y derramó el vino en el regazo de Gersen. Clavo sus ojos en los de Gersen; eran del color del hueso.

-Me ha hecho la zancadilla, mamón. Le voy a dar en el culo como a un niño.

Gersen estudió al hombre. Tenía un rostro como cincelado a martillazos, pelo amarillo muy corto y un cuello tan ancho como su cabeza. Su cuerpo era rechoncho y musculoso, el cuerpo de un hombre que había pasado la mayor parte de su vida en un planeta de mucha gravedad.

-Creo que no le hice la zancadilla -repuso Gersen-. Pero siéntese. Comparta un vaso de vino con nosotros. Dígale a su amigo que venga también.

El hombre, los ojos en blanco, reflexionó unos segundos. Tomó una decisión.

- ¡Le exijo disculpas!

-Desde luego, lo tenía en la punta de la lengua. Lamento mucho haberle causado cualquier molestia.

-No es suficiente. Desprecio a los mandriles hipócritas como usted que insultan a uno y luego pretenden salirse del asunto sin consecuencias.

-Es su privilegio. Desprecie a quien quiera. ¿Pero por qué no llama a su amigo? Podríamos entablar una amena conversación. ¿De qué mundo proviene?

Levantó su vaso para beber.

El hombre le tiró el vaso al suelo.

-Insisto en que se largue. Ya me ha ofendido bastante.

Gersen oteó por encima del hombro de su interlocutor.

-Su amigo se acerca, a pesar de todas las tonterías que está diciendo

El hombre volvió la cabeza. Gersen le asestó una patada en la rodilla y un puñetazo en el cuello. Le cogió por un brazo y le arrojó dando vueltas a través de la pista de baile. El hombre se irguió sin esfuerzo Y Se precipitó sobre él. Gersen le arrojó una silla a la cara; cuando el hombre la apartó, Gersen le dio un golpe en el estómago musculoso y duro como el roble. El hombre se encogió y saltó sobre Gersen, pero cuatro matones hicieron acto de aparición: dos echaron a Gersen fuera del local por la puerta trasera, y los otros dos escoltaron a su enemigo hasta la puerta principal.

Gersen permaneció de pie en la calle sin saber qué hacer. Toda la noche, un desastre. ¿Qué le estaba pasando?

El hombre de los ojos saltones estaría rodeando el edificio para ir a su encuentro. Gersen se refugió en las sombras. El hombre le esperaba en la esquina.

- Ahora me toca a mí, basura. Te voy a devolver cada golpe que me has dado.

-Es mejor que te largues --dijo Gersen con voz suave-. Soy un hombre peligroso.

- ¿Y qué te crees que soy yo?

El hombre se acercó. Gersen retrocedió, sin ganas de entablar otra pelea. Llevaba armas, pero matar en la Tierra era un delito muy castigado. El hombre progresó lentamente hacia su escondite. El tacón de Gersen rozó un cubo. Lo cogió, lo lanzó sobre el hombre y dio vuelta a la esquina. El hombre de ojos saltones le siguió. Gersen sacó su proyector.

- ¿Ves esto? Puedo matarte.

El hombre dio un paso atrás con los dientes apretados de rabia.

Gersen caminó hasta la entrada del Café de la Armonía Celestial, seguido a unos diez metros de distancia por su enemigo.

La mesa estaba libre. Navarth y Zan Zu se habían ido. ¿La figura confusa apoyada en el mostrador? Perdida entre las otras.

El hombre de ojos saltones esperaba junto al edificio. Gersen reflexionó un momento. Luego, muy despacio, como en un sueño, bajó por el paseo y se introdujo en una calle oscura.

Aguardó. Pasó un minuto. Gersen se cambió a una posición más favorable sin perder de vista la encrucijada de la calle y el paseo, pero no divisó a nadie.

Gersen dejó pasar diez minutos, vigilando ambos caminos, con el cuello estirado hacia arriba para prevenir que su enemigo se deslizara por los tejados. Cansado, volvió al paseo. Un completo desastre. El hombre de ojos saltones, el vínculo más cercano a Viole Falushe, no se había molestado en medirse con él.

Gersen salió del paseo Castel Vivence y subió por la Fitlingasse furioso y decepcionado. El remolcador se había marchado; el barco vivienda, ya reparado, flotaba en silencio sobre las oscuras aguas. Gersen bajó del taxi y paseó por el muelle. Silencio. Las luces de Dourrai se reflejaban en el estuario.

Gersen meneó la cabeza, lúgubrementemente divertido. ¿Qué otra cosa se podía esperar de una velada en compañía de un poeta loco y de una muchacha de Eridu?

Volvió al taxi y ordenó al conductor que le llevara al hotel Rembrandt

7

La chica que encontré en Eridu

era la más tierna de las mujeres;

las horas que pasé a su lado

fueron demasiado breves.

Donde los sauces besan la orilla del río

me obligó a descansar;

me obsequió con higos

y el más dulce de los vinos.

Hablé de la gravedad, del tiempo y del espacio,

de aquí y de allá.

Le pedí que viniera conmigo

para ver mundos sin par.

Junto las rodillas y con voz suave dijo:

«Me aturde imaginar

las estrellas brillantes, su fulgor,

los caminos que vagan al azar. »

Tú eres tú y yo soy yo,

es mejor que vuelvas

y te quedes en Eridu

hasta que aprendas.

A las diez de la mañana siguiente Gersen volvió al barco vivienda. Todo había cambiado. El sol era cálido y amarillo. El cielo, que resplandecía con el azul de la Tierra, se veía tachonado de nubes algodonosas. Navarth tomaba el sol en la cubierta. Gersen descendió por la escalerilla y atravesó el embarcadero.

Se detuvo junto a la plancha.

- ¡Hola! ¿Puedo subir a bordo?

Navarth volvió la cabeza con parsimonia y examinó a Gersen con los ojos amarillos y entrecerrados de un pollo enfermo. Desvió la vista para contemplar una fila de barcazas que se deslizaban en silencio levantando chorros de agua. Habló con voz tenue:

-No simpatizo con las personas de hígado débil, que alzan las velas para navegar a sotavento.

Gersen asumió la pulla como una invitación implícita para subir.

-Dejando aparte mis defectos, ¿qué sucedió?

-Nos extraviamos. La búsqueda, la misión...

-¿Qué búsqueda? ¿Qué misión?

... nos desviaron de ruta. En primer lugar, hace sol. El camino es ancho y blanco, pero de repente se estrecha... Al final acecha una espantosa tragedia. Un millar de colores alucinantes, posiblemente el crepúsculo. Si volviera a ser joven, cómo alteraría los acontecimientos. Los vientos me han barrido como hojarasca. A usted también le pasará. Desaprovechó su oportunidad. Cada una se presenta sólo una vez...

-Al margen de esto -repuso Gersen, que encontraba la conversación poco productiva-, ¿habló anoche con Viole Falushe?

Navarth levantó una mano huesuda en el aire con la palma hacia abajo.

-Tumulto, una confusión de formas. ¡Caras agrias, ojos relampagueantes, una lucha de pasiones! Me senté y los oídos me retumbaban.

- ¿Qué le ocurrió a la chica?

-Estoy de acuerdo en todo. Magnífica.

-¿Dónde está? ¿Quién es?

La atención de Navarth se concentró en un objeto que revoloteaba sobre el agua: una gaviota blanca y gris. Era evidente que no estaba dispuesto a responder con claridad.

-¿Qué me dice de Viole Falushe? -siguió pacientemente Gersen-. ¿Cómo sabía que estaría en el Café de la Armonía Celestial?

-Nada más simple. Le dije que iríamos allí.

-¿Cuándo le informó?

- Sus preguntas me aburren. -Navarth se movió como inquieto ¿Debo ser yo quién ponga en hora su reloj? ¿Debo consultarle como a un oráculo? ¿Debo...?

-La pregunta me parecía muy sencilla.

-Nos movemos en planos diferentes. Cámbiese al mío, si le apetece; yo no puedo.

- Entonces -insistió Gersen, pese al mal humor de Navarth-, por una u otra razón, anoche nos encontramos a Viole Falushe. ¿Qué me Sugiere ahora?

-No haré mas sugerencias... ¿Por qué le interesa tanto Viole Falushe?

-Olvida que ya se lo expliqué.

-Era para estar seguro... Bien, en cuanto a concertar una cita n(veo grandes problemas. Le invitaremos a una pequeña fiesta. Un banquete, tal vez.

Algo en el tono de Navarth, o quizá un velocísimo centelleo de sus ojos, puso a Gersen en guardia.

-¿Piensa que aceptaría?

-Desde luego, siempre que se planifique con cuidado.

-¿Cómo puede estar seguro? ¿Cómo sabe con certeza que se halla en la Tierra?

-¿Ha visto alguna vez un gato deslizándose entre la hierba? -Navarth levantó un dedo autoritario-. Hay momentos en que se detiene. una pata en alto, y maulla. ¿Existe alguna razón para esos sonidos?

Gersen era incapaz de seguir la lógica de] discurso.

-¿Cómo será esa fiesta, ese banquete, o lo que sea?

-¡Sí, sí, la fiesta! -El tema interesaba a Navarth-. Hay que hacer los preparativos con gran esmero, y costará una gran suma: un millón de UCL.

-¿Por una fiesta? ¿O un banquete? ¿A quién piensa invitar? ¿A toda la población de Sumatra?

-No. Un selecto ramillete de veinte invitados. Pero los preparativos corren prisa. Soy una fuente, una inspiración para Viole Falushe. Me ha superado en su excelsa majestad. Pero demostraré que soy superior en ámbitos más reducidos. ¿Qué es un millón de UCL? En sueños he gastado mucho más en el espacio de una hora.

-Muy bien - aceptó Gersen -. Tendrá su millón.

«Los intereses de un día», reflexionó.

-Precisaré una semana. Apenas es suficiente, pero no podemos retrasarnos más.

-¿Porqué?

-Viole Falushe regresa al Palacio de] Amor.

- ¿Cómo lo sabe?

-¿Se da usted cuenta de que la curva de mi dedo oculta la estrella más lejana? - Navarth paseó su mirada sobre el agua-. ¿De que cada pensamiento humano perturba la parasfera psíquica?

-¿Es ésa la fuente de su sabiduría... las perturbaciones psíquicas?

-Es un método tan bueno como otro cualquiera. Pero en cuanto a la fiesta, éstas son mis condiciones. El arte implica disciplina; cuanto más elevado es el arte, más rigurosa es la disciplina. Por lo tanto, debe plegarse a ciertas limitaciones.

-¿Cuáles son?

-Ante todo el dinero. Entrégume inmediatamente un millón de UCL.

-Sí, por supuesto. ¿En una bolsa?

Navarth agitó la mano con indiferencia.

-En segundo lugar, yo me haré cargo de los preparativos. Usted no debe entrometerse.

-¿Esto es todo?

-Tercero, deberá comportarse con moderación. ¡Si no es así, no le invitaré!

-No me importaría perderme la fiesta, pero yo también quiero imponer algunas condiciones. Primera, Viole Falushe ha de venir.

- ¡No tema! Será imposible mantenerle alejado.

-Segunda, me lo presentará.

-No será necesario. Él mismo lo hará.

-Tercera, me gustaría saber cómo piensa invitarlo.

-¿Es que hay otra forma? Le llamaré por videófono , al igual que a los otros invitados.

-¿Cuál es el número?

-SORA, seis, uno, cinco, dos.

-Muy bien. Le traeré el dinero cuanto antes.

Gersen volvió al hotel Rembrandt, donde comió enfrascado en sus pensamientos. ¿Hasta qué punto estaba loco Navarth? Sus brotes de locura alternaban con períodos de lucidez, siempre a la conveniencia de Navarth. Ahora, el número, SORA-6152; Navarth lo había confesado con sospechosa facilidad... Gersen no pudo contener su curiosidad. Fue a una cabina cercana, se caló las gafas y tecleó los botones. En la pantalla asomó un sorprendido rostro humano.

-¿Quién llama? -pidió una voz.

Gersen frunció el ceño y adelantó la cara. La voz habló por segunda vez:

- ¿Quién llama?

Era la voz de Navarth.

-Quiero hablar con Viole Falushe.

-¿Quién llama?

-Alguien que desea conocerle.

-Por favor, deje su nombre y su número de teléfono; le responderán en el plazo más breve posible.

Gersen pensó que oía de fondo una risita muy poco sorprendida.

Salió de la cabina pensativo. Le mortificaba ser engañado por un poeta loco. Fue al Banco de Vega y sacó un millón de UCL en metálico. Introdujo los billetes en una maleta y tomó un taxi hasta la Fitlingasse. Al bajar vio a Zan Zu, la chica de Eridu, en la puerta de una pescadería en la que había comprado una bolsa de eperlanos fritos. Llevaba su falda negra y el cabello revuelto, pero un atisbo de la magia de dos noches atrás aún se desprendía de su persona. Se sentó en una viga oxidada y comió el pescado con la vista perdida en el estuario. Gersen pensó que parecía cansada, apática y un poco ojerosa. Se encaminó al barco vivienda.

Navarth cogió el dinero con un gruñido desconsiderado. -La fiesta se celebrará, pues, dentro de siete días.

- ¿Ha mandado las invitaciones?

-Todavía no. Déjelo todo en mis manos. Viole Falushe estará entre los invitados.

-Imagino que le llamará a SORA, seis, uno, cinco, dos...

-Por supuesto. -Navarth asintió tres veces con enorme gravedad - ¿Dónde, sino?

-Y ZanZu... ¿va a venir?

-¿Zan Zu?

-Zan Zu, la chica de Eridu.

-Ah... ésa - No sería prudente.

El nombre del individuo era Hollister Hausredel; su cargo, secretario del Liceo Philidor Bohus. Era un hombre todavía joven sin ninguna característica destacable.

Vesstía de gris y negro y vivía en una de las torres de apartamentos de Sluicht con su mujer y dos hijos de corta edad.

Gersen, convencido de que su conversación con Hausredel surtiría mayor provecho cuanto más lejos estuviera del colegio, le abordó a unos cien metros de su domicilio.

-¿Señor Hausredel?

Hausredel mostró cierto asombro.

-¿Sí?

-Me pregunto si podríamos hablar unos minutos. -Gersen le indicó un bar cercano-. ¿Le importa tomar un café conmigo?

-¿De qué quiere hablar?

-De un asunto que le puede reportar un beneficio, a cambio de hacerme un favor.

La conversación se desarrolló sin dificultades, Hausredel era más flexible que su superior, el doctor William Leding. Hausredel se citó al día siguiente con Gersen en el mismo bar, llevando bajo el brazo un sobre de gran tamaño.

-Aquí lo tiene. No hubo problemas. ¿Tiene el dinero?

Gersen le entregó otro sobre. Hausredel lo abrió, contó el contenido y verificó los billetes con el detector de fraudes.

-Muy bien. Espero haberle ayudado tanto como usted me ha ayudado a mí.

Estrechó la mano de Gersen y salió del bar.

Gersen rasgó el sobre. Extrajo dos fotografías que eran copia de las depositadas en los archivos del colegio. Por primera vez vio la cara de Vogel Filschner, una cara taciturna. Cejas negras sobre llameantes ojos negros, la boca torcida en una mueca de descontento. Vogel no había sido un chico atractivo. La nariz era larga y grande, las mejillas se hinchaban como las de un bebé, llevaba el pelo negro demasiado largo y, aun en fotografía, parecía sucio. Algo más opuesto a la imagen popular de Viole Falushe era difícil de imaginar. Pero, evidentemente, éste era Vogel Filschner, a la edad de quince años, y muchos cambios se habrían producido,

La otra fotografía era de Jheral Tinzy: una chica muy guapa de brillante pelo negro y boca fruncida como si estuviera a punto de confesar un secreto dañino. Gersen examinó la fotografía en profundidad. Le proporciono más perplejidad que información, puesto que el rostro de la fotografía era casi exacto al de Zan Zu, la chica de Eridu.

Gersen echó un vistazo al resto del material contenido en el sobre: datos sobre otros miembros de la clase de Vogel Filschner con sus direcciones actuales... si eran conocidas.

Gersen estudió de nuevo la foto de Jheral Tinzy. Dos caras idénticas, excepto que la de Zan Zu no mostraba la menor coquetería. El parecido no podía ser accidental.

Gersen tomó el expreso subterráneo hasta la estación Hedrick de Ambeules y luego siguió la ruta familiar del paseo Castel Vivence.

Eran las primeras horas de la tarde; el sol empezaba a declinar sobre el estuario. El barco vivienda estaba a oscuras; nadie respondió a las llamadas de Gersen. Apretó un botón y la puerta se deslizó a un lado.

Gersen entró y las luces se encendieron. Inspeccionó el videófono de Navarth. El número, como había sospechado, era SORA-6152. ¡El astuto Navarth! Había una agenda al lado. No contenía nada interesante. Escrutó la pared, la parte inferior de los estantes y el videófono, con la esperanza de que Navarth hubiera anotado un número que quisiera ocultar al margen de su agenda. Gersen extrajo de un estante una sucia carpeta que contenía baladas, odas y ditirambos: *Un gruñido para Gruel, / Los jugos que he probado, / Sov un juglar fugaz, / ¡Pasan! / El sueño de Drusilla, / Castillos en la arena y otras ansiedades, / de los que viven bajo el imperio de la razón, / de los objetos que caen y los desechos.*

Gersen apartó los poemas. Registró las habitaciones. En el techo de la que ocupaba Navarth había la foto de una mujer desnuda, el doble del tamaño natural, con los brazos y las piernas extendidas y el cabello desparramado, como a punto de dar un salto hacia adelante. El guardarropa de Navarth contenía un fantástico surtido de vestidos de todos los estilos y colores, incluidos sombreros, capas y cascos. Gersen exploró los cajones y encontró objetos inesperados, pero ninguno relacionado con su investigación.

Había otras dos habitaciones más pequeñas, amuebladas de forma

espartana. Un suave perfume invadía una de ellas: violetas, o quizá lilas; en la otra, asomada sobre el estuario, había un escritorio donde Navarth daría rienda suelta a sus fantasías literarias. El escritorio estaba sembrado de notas, nombres, apóstrofes y referencias, un desbordante volumen de material que Gersen no se molestó en investigar.

Volvió a la sala principal y se sirvió un vaso de *moscato*, apagó las luces y se instaló en la silla más comfortable.

Pasó una hora. Las últimas huellas del crepúsculo desaparecieron del cielo; las luces de Dourrai brillaban sobre las olas. Una sombra oscura se hizo visible a unos cien metros de distancia. .. un pequeño bote. Se acercó al barco vivienda; escuchó el golpeteo de los remos y luego pasos sobre la cubierta. La puerta se abrió. Zan Zu penetró en el salón iluminado a medias. Dio un respingo de terror y retrocedió.

Gersen le cogió por el brazo.

-Espera, no te vayas. He estado esperando Para hablar contigo.

Zan Zu se calmó y entró en el salón. Gersen encendió las luces. Zan Zu se sentó con cautela en el borde de un banco. Llevaba pantalones negros y una chaqueta azul oscuro, el cabello estirado hacia atrás y sujeto con una cinta negra. Tenía el rostro blanco y macilento.

-¿Tienes hambre? -preguntó Gersen.

Ella asintió con la cabeza.

-Ven conmigo.

Comieron en un restaurante cercano. El apetito de la joven disipó las dudas de Gersen acerca de su salud.

-Navarth te llama Zan Zu; ¿es ése tu nombre?

- No.

- ¿Cómo te llamas?

-No lo sé. Me parece que no tengo nombre.

-¿Qué? ¿No tienes nombre? Todo el mundo tiene nombre.

-Yo no.

-¿Dónde vives? ¿Con Navarth?

-Sí. Al menos hasta donde alcanzan mis recuerdos.

-¿Nunca te dijo tu nombre?

-Me ha llamado de muchas formas -respondió Zan Zu con cierta tristeza-. Prefiero no tener nombre. Soy lo que siempre quise ser.

-¿Y qué es lo que te gustaría ser?

Ella dedicó a Gersen una mirada sardónica y se encogió de hombros. «Una chica poco locuaz», pensó Gersen. -¿Por qué te intereso tanto? -preguntó de repente.

-Por varias razones, algunas complicadas, otras no tanto. Para empezar, eres una chica atractiva.

-¿De veras lo piensas?

-¿No te lo habían dicho antes?

-No.

«Qué raro», pensó Gersen.

-Hablo con muy pocos hombres. O mujeres. Navarth me dice que es peligroso.

-¿En qué consiste el peligro?

-Traficantes de esclavos. No me gustaría ser esclava.

-Muy comprensible. ¿Me tienes miedo?

-Un poco.

Gersen llamó a un camarero. Consultó la carta y pidió una tarta de fresas con nata para Zan Zu de Eridu.

-Bien, pues, ¿has ido al colegio?

-Por poco tiempo.

Relató cómo Navarth la había llevado de un lado a otro, hasta los confines más recónditos del mundo: aldeas, islas, las grandes ciudades del norte, las ruinas de Sinkiang, el Mar del Sáhara, el Levante. Tuvo un tutor de corta duración, breves temporadas en colegios poco usuales y siempre se le impuso la lectura de los libros de Navarth.

-Una educación poco ortodoxa -señaló Gersen.

-No me fue muy mal -

-Y Navarth... ¿cuál es su relación contigo?

-No lo sé. Siempre ha estado presente. A veces es... -titubeó-, a veces es tierno, a veces parece odiarme... No lo entiendo, pero tampoco me interesa. Navarth es Navarth.

-¿Alguna vez habló de tus padres?

-Nunca.

-¿,Y tú le preguntaste?

-Oh, sí. Varias veces. Cuando está sobrio es brillante: «Afrodita surgió de la espuma del mar. Lilith era la hermana de un antiguo dios. Arrenice nació cuando

un rayo derribó un rosal». De modo que puedo elegir mi origen según me convenga.

Gersen escuchaba, sorprendido y divertido.

-Cuando Navarth está borracho, o cuando la poesía lo exalta, habla más, pero tal vez es menos... me asusta. Habla de un viaje. «Un viaje ¿adónde?», le pregunto, pero él no responde... Ha de ser algo horrible... No quiero ir.

Guardó silencio. La conversación no había disminuido el placer con que comía la tarta.

-¿Mencionó alguna vez el nombre de Viole Falushe?

-Es posible, pero no lo recuerdo.

- ¿Vogel Filschner?

-No... ¿Quiénes son esos hombres?

-Se trata del mismo, que utiliza dos nombres diferentes. ¿Te acuerdas del tipo apoyado en la barra del Café de la Armonía Celestial?

Zan Zu contempló pensativamente su taza de café y asintió en silencio .

- ¿Quién era?

-No lo sé. ¿Por qué me lo preguntas?

-Porque te fuiste hacia él.

-Sí, lo sé.

-¿Por qué? No le conocías...

La chica hizo girar la taza y siguió los movimientos del líquido negrozco.

-Me cuesta explicarlo. Sabía que me estaba mirando. Navarth me había llevado a ese lugar. Y tú también. Tenía la sensación de que todos queráis que fuera hacia él. Como... como una oveja al altar del sacrificio. Estaba aturdida. La sala daba vueltas en torno mío. Quizá había bebido demasiado vino, pero quería continuar. Necesitaba saber si ése era mi destino... Pero me lo impediste. Me acuerdo muy bien. Y yo... -se interrumpió y apartó las manos de la taza de café- En cualquier caso, sé que no me vas a hacer daño.

Gersen no dijo nada.

-¿O sí,? -Preguntó Zan Zu dubitativa.

-No. ¿Has terminado?

Volvieron al barco vivienda, que continuaba solitario.

-¿Dónde está Navarth? --preguntó Gersen.

Preparando su fiesta. Se halla muy excitado. Desde que apareciste, todo es diferente.

-¿Qué sucedió la otra noche. cuando me fui del Café de la Armonía Celestial?

-Charlamos. -Zan Zu enarcó las cejas-. Era como si hubiera luces en mis ojos, destellos verdes y naranjas. El hombre vino a la mesa y estuvo mucho rato mirándome. Habló con Navarth.

-¿Le miraste?

-No; creo que no.

- ¿Qué le dijo a Navarth?

-Un sonido percutía en mis oídos, como un chorro de agua o el rugir del viento. No les escuché. El hombre me tocó el brazo.

-¿Y después... qué sucedió?

-No me acuerdo... No puedo recordar.

-¡Estaba borracha! -gritó una voz. Navarth entró como una exhalación en la sala-. ¡Meticulosamente borracha! ¿Qué está haciendo en mi barco vivienda particular?

-Vine para ver cómo gastaba mi dinero.

-Todo sigue como antes. Ahora, lárguese.

-Vamos, vamos. Éste no es el tono más apropiado para dirigirse al hombre que reparó su casa.

-¿Después de casi hacerla volar en pedazos? ¡Bah! ¡Habrás visto!

-Tengo entendido que en su juventud cometió algunos desmanes.

-¿En mi juventud? ¡He cometido desmanes toda mi vida!

-¿Cómo va la fiesta?

-Será un episodio poético, un ejercicio de arte experimental. Lo mejor sería que no viniera a esta fiesta tan particular, pues...

- ¿Qué? ¡Yo la pago! Si no puedo ir, devuélvame el dinero.

-Esperaba que me dijera eso.

Navarth se balanceó con petulancia en su silla.

-Me lo temía. ¿Dónde se celebrará la fiesta?

-Nos encontraremos en Kussines, un pueblecito situado a unos treinta y cinco kilómetros al este. La cita es a las dos de la tarde, frente a la posada. Un requisito indispensable es ir vestido de arlequín.

-¿Vendrá Viole Falushe?

- Claro, claro; ¿es que no lo dejé claro?

-No del todo. ¿Todo el mundo irá de arlequín?

-Naturalmente.

-¿Cómo reconoceré a Viole Falushe?

-Vaya pregunta. ¿Cómo puede ocultarse? Desprende negras radiaciones. Le rodea un aura de intriga.

-Características muy llamativas. Aun así... ¿Hay otra forma de identificarlo?

-Usted lo decidirá en su momento. Por ahora, ni siquiera yo lo sé.

8

Diez minutos antes de la cita, Gersen aparcó su coche aéreo de alquiler en un prado de los arrabales de Kusiness y bajó. Cubría su traje de arlequín con una capa; llevaba el antifaz en el bolsillo.

La tarde era calurosa y soleada, y olía a otoño. Navarth no habría podido elegir mejor día Gersen inspeccionó sus vestimentas con sumo cuidado. El traje de arlequín no ofrecía muchos escondites, pero se las arregló como pudo. En el cinturón llevaba una hoja afilada de vidrio; la hebilla hacía las veces de mango. Portaba un proyector atado al brazo izquierdo, y un veneno oculto en la manga derecha. Protegido de esta guisa, Gersen se envolvió en la capa y caminó hasta el

pueblo, un conjunto de edificios de hierro negro antiguo y piedra batida, a la orilla de un pequeño lago. El panorama era bucólico y encantador, casi medieval; la posada, quizá la estructura más reciente del pueblo, tenía al menos 400 años de antigüedad. Un joven vestido de gris y negro vino a su encuentro.

- ¿Va a la fiesta, señor?

Gersen asintió y dejó que le condujera hasta un muelle al borde del lago, donde aguardaba un barco con dosel.

-El antifaz, por favor -dijo el joven.

Gersen se colocó la máscara, subió a bordo y el barco derivó hacia la otra orilla.

Parecía que era el último en llegar. Ante un aparador semicircular se agolpaban unos veinte invitados, cohibidos con sus vestimentas. Navarth, inconfundible a pesar de todo, se adelantó y despojó a Gersen de su capa.

-Pruebe esta cosecha mientras espera; es ligera, sedosa y le fascinará.

Gersen tomó la copa y se hizo a un lado. Veinte hombres y mujeres: ¿cuál era Viole Falushe? Si se hallaba presente, no daba señales de vida. Una joven esbelta permanecía de pie a su lado, rígida como si el vaso contuviera vinagre. Navarth había permitido que Zan Zu acudiera a la fiesta, después de todo. O la había obligado a venir, a juzgar por su actitud. Contó: diez hombres, once mujeres. Si los sexos iban a estar emparejados, todavía faltaba un hombre. Mientras Gersen contaba el barco arribó al otro muelle: un hombre aguardaba. Era alto y enjuto. Su porte combinaba la indolencia con la tirantez. Gersen lo examinó minuciosamente; si no era Viole Falushe, reunía las condiciones indispensables para serlo. El hombre se acercó al grupo con parsimonia. Navarth se precipitó hacia él con ademanes serviles y recogió la capa que el hombre le entregaba. Colgó la capa de una percha, ofreció un vaso de vino al recién llegado y se mostró más excitado que nunca. Agitaba los brazos, recorría la fila de invitados a grandes zancadas.

-Amigos, invitados, todos han llegado ya: un grupo selecto de ninfas y semidioses, poetas y filósofos. Fijaos en nuestros modelos: naranja y rojo, negro y rojo: ¡damos vida a una inconsciente pavana! Somos actores, protagonistas y espectadores al mismo tiempo. El marco al que nos adaptamos espontáneamente, el argumento, por decirlo así, es el que he ideado: las variaciones, cambios, improvisaciones y posterior desarrollo sólo son de nuestra competencia. Debemos ser sutiles, libres, temerarios, sin perder jamás el ritmo, siempre al unísono. - Navarth elevó su vaso hasta hacerlo coincidir con un rayo de sol, bebió con gesto teatral y señaló los árboles con dramatismo-. ¡Seguidme!

A cincuenta metros había un autocar de techo amarillo y los costados esmaltados de rojo, naranja y verde. Los bancos estaban forrados de felpa naranja. En el

centro había una losa de mármol, sostenidas por sátiros arrodillados también de mármol, sobre la que se erguían docenas de botellas de todos los tamaños, formas y colores, rellenas del mismo vino suave.

Los invitados subieron, el autocar arrancó y se deslizó en silencio sobre sus patines.

El autocar atravesó un bellissimo parque, rodeado de espléndidos paisajes. Poco a poco, los invitados se fueron desinhibiendo. Había risas y conversaciones, pero la mayoría se deleitaba en el vino y en la contemplación del panorama otoñal.

Gersen estudió a los hombres de uno en uno. El último llegado parecía reunir todos los requisitos para ser Viole Falushe; Gersen lo calificó como Candidato Número 1. Pero también había otros cuatro altos, enjutos, sombríos y sosegados (Candidatos Números 2, 3, 4 y 5).

El autocar se detuvo; los invitados descendieron en un prado salpicado de asters púrpura y blanco. Navarth, brincando y saltando como una cabra, guió al grupo bajo un bosquecillo de altos árboles. Serían las tres; el sol caía sobre los macizos de hojas doradas e incidía en un gran dosel de seda marrón y dorada ribeteada de grises verdosos y azules. El dosel cubría un pabellón de seda sostenido por mástiles blancos helicoidales.

Alrededor del pabellón se distribuían veintidós sillas de respaldo alto. Ante cada una había un taburete antiguo de ébano engastado de nácar y cinabrio, con un tazón bermejo sobre cada uno. Navarth, siguiendo algún criterio enigmático, distribuyó a sus invitados en las espléndidas sillas. A Gersen le tocó en un extremo del pabellón; Zan Zu estaba a varias sillas de distancia, y los cinco candidatos enfrente. De algún lugar cercano surgía música, o algo parecido a música: una sucesión de acordes equívocos, tan tenues a veces que casi no se podían oír, y en otras equívocos, complejos y desconcertantes, sin llegar a completar o producir una progresión, pero siempre embriagadores.

Navarth ocupó su lugar y todos se sentaron en silencio. Del pabellón surgieron diez muchachas desnudas, salvo por unas zapatillas doradas y rosas amarillas en las orejas. Transportaban bandejas con copas de grueso cristal verde llenas del mismo vino suave de antes.

Navarth se quedó en su silla; los invitados le imitaron. Hojas amarillas doradas por el sol caían amorosamente sobre el pabellón; un aroma perfumado flotaba en el aire. Gersen probó el vino con precaución. No podía arriesgarse a caer en una trampa. Muy cerca se hallaba Viole Falushe, una situación por la que hubiera pagado gustosamente un millón de UCL. El astuto Navarth no había cumplido su promesa al pie de la letra. ¿Dónde estaban las «negras radiaciones»? Concedía la mayor plausibilidad a los Candidatos 1, 2 y 3, pero, en este sentido, no se sentía inclinado a confiar en sus poderes parapsíquicos.

La tensión y la expectación se traslucían en el ambiente. Navarth se acurrucaba en su silla como si ya se estuviera divirtiendo. Las muchachas desnudas, moteadas por la luz del sol y la sombra de las hojas servían vino y se movían con lentitud, como si caminaran bajo el agua. Navarth ladeó la cabeza, al igual que si captara sonidos provenientes de una gran distancia. Habló con voz exultante, y los acordes errabundos parecieron adaptarse al ritmo de sus palabras y crear música.

-Algunos de los aquí presentes han conocido emociones de muy diversa índole. Nadie puede experimentar todas las emociones, porque son infinitas y fugitivas. Algunos de los aquí presentes son imprudentes, incólumes, vírgenes... y no lo saben. ¡Miradme! ¡Soy Navarth, mejor conocido como el poeta loco! Es inevitable. Sus nervios son conductivos, transportan chorros incontenibles de energía. Tiene miedo... ¡mucho miedo! Siente el movimiento del tiempo. Entre sus dedos fluye un latido cálido, como si asiera una arteria al descubierto. Al menor sonido (una risa lejana, el murmullo del agua, una ráfaga de viento) enferma y desfallece, porque estos sonidos jamás volverán a producirse. ¡Ésta es la estremecedora tragedia del viaje que todos emprendemos! ¿Le gustaría al poeta loco que todo fuera diferente? ¿Nunca jubiloso? ¿Nunca desesperado? -Navarth se puso en pie de un brinco y bailó una jiga-. Todos los que estamos aquí somos poetas locos. Si queréis comer, os aguardan las delicias del mundo. Si queréis meditar, sentaos en vuestras sillas y contemplad la caída de las hojas. Fijaos cuán lentos son sus movimientos: el tiempo se ha paralizado en nuestro honor. Si queréis exaltaros, esta magnífica cosecha no empalaga ni atonta. Si queréis explorar proximidades eróticas, distancias medias u horizontes lejanos: valles y enramadas nos rodean. - Su voz descendió una octava; los acordes disminuyeron todavía más de intensidad- No puede haber sombra sin luz, sonido sin silencio. El júbilo bordea la frontera del pánico. Soy el poeta loco. ¡Soy la Vida! Por lo tanto, consecuencia inevitable, la Muerte está también conmigo. Pero allí donde la Vida clama sus exigencias, la Muerte guarda silencio. ¡Contemplemos las máscaras!

Navarth fue señalando con el dedo a todos los silenciosos arlequines que componían el círculo.

-La Muerte está aquí, la Muerte acecha a la Vida. No es una Muerte estúpida, ni desorientada; es una muerte decidida, absorta en una sola vela. Así que no temáis, aunque tengáis motivos para temer... -Navarth volvió la cabeza-. ¡Escuchad!

Desde muy lejos llegó el alegre sonido de música. Fue aumentando de volumen, y cuatro músicos irrumpieron en el claro: uno con castañuelas, un guitarrista y dos violinistas, tocando con el entusiasmo suficiente para levantar los ánimos de cualquiera. De repente se interrumpieron. El de las castañuelas sacó una flauta, y la música derivó hacia una melancolía insostenible. Sin cambiar de tema desaparecieron entre los árboles y el sonido murió. Los acordes indecisos de antes retornaron, sin principio ni final, tan sencillos y naturales como respirar.

Gersen se notaba inquieto. Las circunstancias escapaban a su control. La fiesta le desconcertaba. ¿Era otro de los trucos de Navarth? Si Viole Falushe se erguía ante él y le descubría su identidad, Gersen sería incapaz de reaccionar. La bruma otoñal invadía el paisaje; el vino reactivaba sus sentimientos más recónditos. Jamás podría derramar sangre sobre aquellas sedas doradas, ni siquiera sobre la alfombra de hojas amarillentas.

Gersen se recostó en la silla, disgustado y divertido a la vez. De acuerdo, por el momento seguiría sentado y reflexionaría. Algunos de los otros invitados estaban conmovidos. Quizá las divagaciones de Navarth acerca de la muerte les habían aterrorizado, pues se movían con cautela. Gersen se preguntó a quién se habría referido en concreto Navarth... Las muchachas se movían entre las sillas con parsimonia y servían vino. Cuando una de ellas se inclinó sobre Gersen, éste olió el perfume de la rosa amarilla; la chica le sonrió y se dirigió al siguiente invitado.

Gersen bebió y se retrepó en su silla. A pesar de su estado de ánimo, aún era capaz de reflexionar. Algunos de los invitados se habían puesto en pie y charlaban entre sí. El Candidato Número 1 meditaba con semblante de tristeza. El Candidato Número 2 miraba fijamente a Zan Zu. El Candidato Número 3, al igual que Gersen, remoloneaba en su silla. Los Candidatos Números 4 y 5 participaban en la conversación general.

Gersen contempló a Navarth. ¿Qué ocurriría a continuación? Los planes de Navarth contemplarían un sinfín de posibilidades. Gersen le llamó y Navarth intentó fingir que no le oía.

- ¿Está aquí Viole Falushe?

-¡Otra vez! -exclamó Navarth- ¡Es usted un monomaniaco!

-Ya me lo han dicho otras veces. Bien, ¿está aquí?

-He invitado a veintidós personas, incluido yo. Viole Falushe está aquí.

-¿Quién es?

-No lo sé.

-¿Cómo? ¿No lo sabe? -Gersen se enderezó en la silla, irritado por el doble juego de Navarth -. Dejemos las cosas claras, Navarth: yo le entregué un millón de UCL, con ciertas condiciones.

-Que yo he cumplido. La pura verdad es que ignoro el aspecto normal de Viole Falushe. Le conocí bien como Vogel Filschner. Viole Falushe ha alterado sus rasgos y su carácter. Hay tres o cuatro que podrían ser él. Hasta que no

desenmascare al grupo ` eche a los que conozco y sólo quede uno, no le podré entregar a Viole Falushe.

-Muy bien, así lo haremos.

-Mi vida podría abandonar mi cuerpo de variadas formas. Me opongo a este plan. Soy un poeta loco, no un idiota.

-Actuaremos con sutilidad. Sea tan amable de reunir a sus invitados en el pabellón.

- ¡No, no! -graznó Navarth -. Es imposible. Hay una manera más sencilla. Observe a la chica. Él irá a su encuentro, y entonces usted sabrá quién es.

-Podrían abordarla media docena...

-Pues reclámela para sí. Sólo un hombre se la disputará.

- ¿Y si nadie lo hace?

Navarth se cruzó de brazos.

- ¿Qué puede perder?

Ambos contemplaron a la chica.

-Sí, ¿qué puedo perder? ¿Cuál es su relación con usted?

-Es la hija de un viejo amigo -declaró Navarth con zalamería-. Es, en efecto, mi Pupila. Me ha costado mucho educarla y conducirla con éxito hasta la madurez.

-Y una vez conseguido su propósito, ¿se dedica a ofrecerla al primero que pasa?

-Esta conversación me hastía. Miré. ¡Un hombre se acerca a la chica!

Gersen dio media vuelta. El Candidato Número 2 estaba frente a Zan Zu y le hablaba con evidente apasionamiento. Zan Zu escuchaba educadamente. Gersen experimentó una súbita emoción, como había ocurrido en el Café de la Armonía Celestial. ¿Deseo? ¿Celos? ¿Instinto de protección? Fuera cual fuese la emoción, le impulsó a avanzar y unirse a los dos.

-¿Lo está pasando bien? -preguntó Gersen con fingida camaradería-. Un día maravilloso para este acontecimiento. Navarth es un magnífico anfitrión, pero no se ha preocupado de presentarnos. ¿Cómo se llama?

-No cabe duda de que Navarth tiene buenas razones para proceder

así -respondió el Candidato Número 2 con afabilidad-. Es mejor que no divulguemos nuestras identidades.

-Muy sensato -dijo Gersen, y preguntó a Zan Zu-. ¿Cuál es tu opinión?

-No tengo identidad que revelar.

-Tal vez lo más correcto sería interrogar al mismo Navarth sobre sus motivos - sugirió el Candidato Número 2.

-Creo que no. Navarth se sentiría confundido. Predica una falacia. parece que fomenta relaciones íntimas entre disfraces que andan. ¿Es esto posible? Lo dudo. Desde luego que no en el nivel de intensidad que a Navarth le gustaría.

-Entiendo, entiendo -dijo el Candidato Número 2-. Ahora sea buen chico y déjenos en paz. La joven y yo manteníamos una conversación privada.

-Le ruego que acepte mis excusas por interrumpirles. Pero la joven y yo habíamos planeado ir a recoger flores en el prado.

-Se equivoca. Un error disculpable desde el momento en que todo el mundo va vestido de arlequín.

-Si se ha producido un error no puedo por menos que felicitar me, pues estoy encantado con esta deliciosa muchacha. Sea tan amable de disculparnos.

-Realmente, querido amigo, sus chistes carecen de toda gracia. ¿No ve que nos está molestando?

- Yo diría que no. En una fiesta de esta clase, en que los nervios se hallan a flor de piel, en que cualquier experiencia puede tener lugar, y por la que se pasea la Muerte, conviene ser sabio y flexible. Fíjese en aquella mujer. Parece muy locuaz y preparada para discutir de todas las materias que incluye en su repertorio. ¿Por qué no se reúne con ella y charlan un rato?

-Creo que es a usted a quién desea -contestó el Candidato Número 2 con brusquedad-. Lárguese.

-Parece que tendrás que ser tú quién decida -dijo Gersen a Zan Zu-. ¿Conversación o flores?

Zan Zu titubeó, mirando alternativamente a uno y otro. El Candidato Número 2 clavó en ella sus ojos de fulgurante intensidad.

-Elige, si es que vale la pena decidir entre este patán y yo. Elige... pero elige con cuidado.

-Vamos a coger flores -pidió Zan Zu a Gersen.

El Candidato Número 2 parpadeó, buscó a Navarth con la mirada como para rogarle que intercediera, pero luego lo pensó mejor y se alejó

.

-¿De verdad que quieres ir a coger flores? -preguntó Zan Zu.

-¿Sabes quién soy?

-Por supuesto.

-No quiero ir a coger flores, a menos que me lo pidas.

-Oh...Entonces, ¿qué quieres de mí?

-No lo sé muy bien.

Zan Zu le tomó del brazo.

Pues vamos a coger flores y quizá lo averigüemos.

Gersen escudriñó el grupo. El Candidato Número 2 les observaba desde lejos Los Candidatos Números 1 y 3 parecían estar distraídos. La pareja se internó entre los árboles. Gersen le pasó la mano alrededor de la cintura y ella suspiró.

El Candidato Número 2 se encogió de hombros y . COMO Si este gesto hubiera hecho ceder su autodomínio, se abalanzó sobre Gersen a grandes y silenciosas zancadas. En la mano empuñaba una pequeña arma. Detrás (Gersen lo vio todo en una fracción de segundo) se erguía Navarth, observando la escena con una curiosa postura que reflejaba por igual vergüenza y regocijo.

Gersen empujó a Zan Zu al suelo y se refugió detrás de un árbol. El Candidato Número 2 se detuvo. Se volvió hacia Zan Zu y ante el asombro de Gersen, apuntó su arma contra la joven. Gersen saltó desde el árbol y golpeó el brazo del hombre; el arma se disparó y un chorro de energía quemó la tierra. Los dos enemigos se estudiaron, los ojos brillantes de odio... Un pitido agudo. Un retumbar de pies procedentes del bosque. Una docena o más de gendarmes hicieron acto de presencia. Al frente marchaban un teniente con un casco dorado y un furioso anciano vestido de gris.

. -¿Qué significa esta intrusión? -se adelantó Navarth con arrogancia.

El anciano, bajo y obeso, fue hacia él agitando el puño.

-¿Qué demonios hacen aquí, violando mis propiedades? ¡Mequetrefes! Y todas esas chicas desnudas... ¡un absoluto escándalo!

-¿Quién es este viejo bribón? -preguntó Navarth con voz severa al teniente-. ¿Con qué derecho irrumpes en una fiesta privada?

El viejo, que había continuado avanzando, divisó el pabellón y palideció.

-¡Mirad! -susurró con voz estrangulada-. ¡Mis inapreciables sedas de Sikkim! Destrozadas por estos bandidos para revolcarse en ellas. Y mis sillas, ¡oh, mis preciosas Bahadurs! ¿Qué más habréis saqueado?

-¡Tonterías! -rugió Navarth-. He alquilado el pabellón y los muebles. Su propietario es el barón Caspar Heaulmes, que se halla en un sanatorio por motivos de salud.

-¡Yo soy el barón Caspar Heaulmes! -gritó el anciano-. No conozco su nombre, señor, ni el rostro que se oculta detrás de esa ridícula máscara, pero intuyo que es usted un canalla. Teniente, cumpla su misión. Échelos de aquí. ¡Insisto en que se lleve a cabo una profunda investigación!

Navarth levantó las manos en el aire y discutió el caso desde una docena de puntos de vista, pero el teniente fue inexorable.

-Temo que he de detenerlos a todos. El barón Heaulmes ha puesto una denuncia formal.

Gersen, que estaba algo apartado, había contemplado el desarrollo de los acontecimientos con sumo interés. sin perder de vista los movimientos de los Candidatos Números 1, 2 y 3. Quienquiera que fuese Viole Falushe (y el Candidato Número 2 es el que tenía mayores posibilidades) sudaría de angustia en estos momentos: en cuanto le arrestaran y llevaran a juicio se descubriría su identidad.

El Candidato Número 1 se mostraba abatido y disgustado; el Candidato Número 2 evaluaba la situación cuidadosamente sin dejar de mirar a uno y otro lado; el Candidato Número 3 parecía desinteresarse del asunto, incluso divertirse a ratos.

El teniente detuvo a Navarth y le acusó de violar la propiedad privada, robo, ofensas contra la moral pública y resistencia a la autoridad, puesto que había intentado asestar una patada al barón Heaulmes. Los gendarmes empezaron a conducir a los invitados a dos furgones celulares que habían descendido sobre el prado. El Candidato Número 2 fue apartándose del resto del grupo y, aprovechando la resistencia enconada de Navarth, se deslizó tras un árbol. Gersen gritó; dos gendarmes inspeccionaron los alrededores y se lanzaron en la dirección que había tomado el Candidato Número 2. Este corrió entre los árboles; cuando los gendarmes salieron en su persecución, hubo un súbito destello de

radiación y dos hombres cayeron muertos. El Candidato Número 2 se internó en la espesura y se perdió de vista. Gersen intentó darle caza, pero se detuvo a los cien metros por temor a una emboscada.

Se despojó de la máscara, corrió hacia el aparador y recuperó su capa. La batea le trasladó al otro lado del lago, en las afueras de Kussines.

Cinco minutos después llegaba a su coche aéreo y despegó. Planeó durante un buen rato, investigando el espacio circundante. Si el Candidato Número 2 había utilizado un transporte aéreo se hallaría en su misma situación. Y también se dirigirían al lugar de los hechos patrullas de la policía. No sería difícil localizar a un hombre vestido de arlequín; cuanto antes se fuera, mejor. Gersen regresó a toda prisa a Rolingshaven.

9

Del *Mundus*, de Rolingshaven:

«Kusiness, 30 de septiembre: Dos agentes de la gendarmería local fueron asesinados esta tarde por uno de los invitados a una misteriosa orgía celebrada en las posesiones del barón Caspar Heaulmes, en Kussines. En la confusión que siguió a los acontecimientos, el asesino consiguió escapar y se cree que se oculta en los bosques adyacentes. Su nombre aún no se ha hecho público.

»El anfitrión y cabecilla de la bacanal era el famoso poeta y librepensador Navarth, que desde hace mucho tiempo deleita a los ciudadanos de Rolingshaven con sus travesuras ... »

El artículo describe a continuación las circunstancias de los asesinatos. Se incluye una relación de las personas detenidas.

Del *Mundus*, de Rolingshaven:

«Rolingshaven, 2 de octubre: Ian Kelly, de 32 años, vecino de Londres, fue víctima anoche de un inexplicable ataque, al ser asaltado y muerto a golpes en la Bisgasse. No hay pistas sobre la identidad de su asaltante ni de los motivos del crimen. Kelly saltó a las portadas dos días antes, como participante en la famosa fiesta que el poeta Navarth celebró en las posesiones del barón Caspar Heaulmes. La policía trabaja en la teoría de que ambos hechos están relacionados.»

Artículo de Cosmópolis: «VIOLE FALUSHE. PARTE 1: EL MUCHACHO», por Navarth:

«Viole Falushe es tan famoso por su Palacio del Amor como por la fantástica magnitud de sus crímenes. Viole Falushe, el Príncipe Demonio. ¿Quién es, qué es? Yo, de entre todos los seres vivos, soy tal vez el más indicado para juzgar sus

motivos y analizar sus actos. Poco sé del hombre en el que se ha convertido. No le reconocería si se cruzara conmigo por la calle. Pero os diré esto: partiendo de mi conocimiento de Viole Falushe cuando era joven, creo que el concepto popular de Viole Falushe (o sea, un hombre elegante, alegre y romántico) no se sostiene. La idea es, de hecho, sorprendente y ridícula.

»Cuando conocí a Viole Falushe tenía catorce años. Su nombre era Vogel Filschner. Si el hombre se parece al muchacho, sus celebradas hazañas amorosas sólo pueden haberse producido mediante la violencia o las drogas. Como sabe todo el mundo, estoy muy orgulloso de mi reputación de hombre sincero, y por ello me entrevisté con todas las mujeres que conocieron en su juventud a Viole Falushe. Omitiré los nombres por razones obvias. Comentarios elocuentes:

- Un chico obsesionado por toda clase de obscenidades.

- Vogel era muy repelente, a pesar de que había chicos en la clase mucho más feos que él. Le conocí durante cuatro años y nunca aprendió a sobrellevar sus penas.

- Nunca pude soportar la cercanía de Vogel. Olía mal, como si nunca se cambiara de ropa interior o de calcetines. Estoy segura de que nunca se lavaba las manos y de que, muy posiblemente, jamás se bañaba.

- ¡Vogel Filschner! Supongo que no toda la culpa era suya. Debió de influir su madre en el comportamiento del chico. Tenía costumbres desagradables, tales como hurgarse la nariz y hacer burillas, hacer ruidos extraños con la garganta y, sobre todo, *oler mal*.

»He reproducido algunas opiniones representativas; de hecho, las más caritativas. Antes que nada soy un hombre juicioso y objetivo, de modo que no he querido presentar las anécdotas más extravagantes.

»Déjenme que les describa a Vogel Filschner tal como le conocí. Era alto, de piernas largas y delgadas y un estómago demasiado abultado, como una araña. Para completar esta impresión añadiré que tenía las mejillas redondeadas y una enorme nariz rosada. En su favor debo decir que admiraba mi poesía, aunque ya pensaba entonces que Vogel Filschner desfiguraba mis teorías hasta hacerlas irreconocibles. Yo predicaba el engrandecimiento de la existencia; Vogel quería que aprobara su crueldad sin límites.

»La primera vez que Vogel Filschner se acercó a mí fue en ocasión de mi celebrado contratiempo con lady Amelie Pallemont-Dalhousie, relacionado con mi patrocinio de su hija Earline que, por cierto, constituye por sí solo un episodio notable. En cualquier caso, Vogel apareció una mañana con unos versos insufribles que había escrito. Daba la impresión de que había perdido el juicio a

causa del amor que sentía por una muchacha; no hará falta especificar que la doncella estaba lejos de suspirar por sus cumplidos ... »

El artículo continúa durante varias paginas.

El 3 de octubre, Navarth pagó 50.000 UCL al barón Caspar Heaulmes en concepto de daños y perjuicios y fue dejado en libertad sin cargos, al igual que el resto de los invitados.

Gersen se encontró con Navarth en la alameda que había frente al Palacio de Justicia. Navarth fingió no reconocer a Gersen, pero éste pudo al fin convencerle de que le acompañara a tomar un café.

-Justicia... ¡bah! -Navarth señaló con gesto desdeñoso el Palacio-. ¡Piense en ello! He tenido que pagarle dinero a ese rencoroso y mojigato viejo. ¡Él debería indemnizarme! ¿Acaso no interrumpió la fiesta? ¿Qué esperaba conseguir irrumpiendo de esa manera? -Navarth se aclaró la garganta con la cerveza que Gersen había pedido-. Una cosa así amarga a cualquiera. - Dejó la jarra ante sí con un golpe y escudriñó a Gersen-. ¿Qué quiere de mí ahora? ¿Otra prueba de virtuosismo? Le advierto que no me dejaré manipular por segunda vez.

Gersen le mostró los artículos periodísticos que se referían a los hechos. Navarth rehusó leerlos.

-Un montón de tonterías y procacidades. Todos los periodistas son iguales.

-Me he enterado de que un tal Ian Kelly fue asesinado ayer.

-Sí, pobre Kelly. ¿Estuvo usted en el proceso?

- No.

-Pues perdió otra oportunidad, porque entre el público se hallaba Viole Falushe. Es el más sensible de los hombres y no perdona una injuria. Ian Kelly tuvo la desgracia de parecerse demasiado a usted en estatura y porte. -Navarth menció la cabeza con tristeza-. Ay, ese Vogel. Aborrece la frustración tanto como un aguijón de abeja.

-¿Sabe la policía que el asesino es Viole Falushe?

-Les dije que lo había conocido en un bar. ¿Qué otra cosa podía decir?

Gersen no replicó. Indicó el artículo una vez más.

-Hay veinte nombres en la lista. ¿Cuál es el de Zan Zu?

Navarth dedicó al periódico un gesto de desprecio.

-Elija el que quiera. Tanto da uno como otro.

-Pero uno de estos nombres se le tiene que haber adjudicado -insistió Gersen.

-¿Cómo puedo saber el nombre que le dio a la policía? Creo que beberé más cerveza. La conversación me ha secado la garganta.

-Leo aquí «Drusilla Wayles, dieciocho años». ¿Es ella?

-Es posible, sí, muy posible.

- ¿Es ése su nombre?

- ¡Kalzibah misericordioso! ¿Por qué ha de tener un nombre? ¡Un nombre es una carga! Algo que vincula a un conjunto de circunstancias incontroladas . ¡No tener nombre es ser libre! ¿Es usted tan terco que no puede imaginar una persona sin nombre? Ella es la que los demás eligen que sea.

-Es extraño. Se parece sorprendentemente a la Jheral Tinzy de hace treinta años.

Navarth se enderezó en la silla como alcanzado por un rayo.

- ¿Cómo lo sabe?

-No he perdido el tiempo. He escrito esto, por ejemplo.

Gersen sacó un falso número de Cosmópolis. El rostro del joven Vogel Filschner ocupaba la portada, sobreimpuesto sobre el contorno de una figura alta, gris y ominosa. El pie rezaba: «El joven Viole Falushe; Mis recuerdos de Vogel Filschner, por Navarth».

Navarth le arrebató la falsificación y leyó el artículo de un tirón. Se llevó las manos a la cabeza.

-¡Nos matará a todos! ¡Nos ahogará en vómitos de perro! ¡Hará crecer árboles en nuestras orejas!

-El artículo parece objetivo y juicioso -dijo Gersen-. No puede ofenderse ante los hechos.

Navarth volvió a leerlo y cayó en un paroxismo de aflicción.

- ¡Lo ha firmado con mi nombre! ¡Nunca escribí algo así!

- Todo es verdad.
- ¡Más a mi favor! ¿Cuándo se pondrá a la venta?
- Dentro de una o dos semanas.
- Imposible. Lo prohibo.
- En ese caso, devuélvame el dinero que le presté para financiar la fiesta.
- ¿Prestado? ¡No hubo tal préstamo! Usted me pagó, me contrató para montar una fiesta en la que Viole Falushe estaría presente.
- No hizo ni una cosa ni otra. El barón Heaulmes arruinó la fiesta, es cierto, pero éste no es mi problema. ¿Y dónde estaba Viole Falushe? Usted me dirá que era el asesino, pero esto no significa nada para mí. Devuélvame el dinero, por favor.
- Imposible. ¡Gasto el dinero como agua! Y el barón Heaulmes exigió su libra de carne.
- Bien, devuélvame los novecientos mil UCL restantes.
- ¿Qué? No tengo esa cantidad a mano.
- Quizá podríamos descontar una parte como pago por el artículo, pero...
- ¡No, no! ¡El artículo no debe ser publicado!
- Será mejor que lleguemos a un trato. Usted me oculta algo.
- Por suerte. Usted ha publicado el resto -Navarth se frotó la frente-. Han sido unos días terribles. ¿No le despierto la menor compasión?
- Usted planeó matarme -rió Gersen- Usted sabía que Viole Falushe querría seducir a Drusilla Wayles, o Zan Zu, como se llame. Usted sabía que yo no lo permitiría. Ian Kelly pagó con su vida en mi lugar.
- No, no, se equivoca. ¡Yo esperaba que usted matara a Viole Falushe!
- Usted es un canalla de la peor especie. ¿Qué le iba a pasar a Drusilla? ¿Se le ocurrió pensarlo?
- Yo no pienso. No puedo permitirme la menor cavilación. Si abandonara por un instante la línea que divide mis dos cerebros...
- Dígame lo que sepa.

-Tendré que retroceder de nuevo hasta Vogel Filschner -Navarth obedeció a regañadientes-. Cuando capturó al coro femenino, Jheral Tinzy escapó. Eso ya lo sabe. Pero ella era la culpable del crimen y los padres de las demás chicas la acusaron. Una situación muy dura. Hubo amenazas, insultos en público...

Navarth se encontraba en un aprieto similar. Un día le propuso a Jheral Tinzy que huyeran juntos. Jheral, amargada y desilusionada, lo aceptó como un mal menor. Fueron a Corfu, donde pasaron tres años. El amor de Navarth por Jheral Tinzy aumentaba día tras día.

Un terrible día Vogel Filschner apareció en la puerta de su chalet. Quedaba poco del antiguo Vogel, aunque sus rasgos fueran idénticos. Caminaba más erguido, pero lo más sorprendente era su nueva personalidad. Había adquirido dureza, seguridad firmeza; sus ojos brillaban, y la voz no temblaba. La maldad le sentaba bien.

Vogel se mostró extremadamente amistoso con Navarth.

-Lo pasado, pasado está. ¿Jheral Tinzy? No quiero nada de ella. Te pertenece; luego está mancillada. Soy exigente a este respecto. No tomo ninguna mujer que otro hombre haya utilizado. Tranquilízate, nunca sabrá nada de mi amor hacia ella... Debería haber esperado. Sí. Debería haber esperado. Porque tendría que haber supuesto que yo volvería... Pero mi amor por Jheral Tinzy ya se ha desvanecido.

Navarth se tranquilizó un poco. Sacó una botella. Se sentaron en el jardín, comieron naranjas, bebieron ouzo. Navarth se emborrachó y cayó dormido. Cuando se despertó, Vogel Filschner se había marchado. Jheral Tinzy también.

Vogel Filschner regresó al día siguiente. Navarth estaba furioso.

-¿Dónde está ella? ¿Qué le has hecho?

-Se encuentra sana y salva.

-¿Y tus promesas? Me dijiste que ya no la amabas.

-Es verdad. Mantendré mi promesa. Jheral no tendrá mi amor, ni el de ningún otro hombre. ¿Sobrestimaste mis emociones, poeta? El amor puede convertirse en odio en una fracción de segundo. Jheral servirá, y servirá bien. No satisfará mi deseo de amor, pero saciará mi odio.

Navarth se arrojó sobre Vogel Filschner, pero éste saltó sobre el muro y Navarth se quedó solo.

Nueve años más tarde, Viole Falushe llamó por videófono a Navarth. pero ocultando el rostro. Navarth sólo escuchó su voz. Navarth le pidió que Jheral Tinzy volviera, a lo que Viole Falushe accedió. A los dos días una niña de tres años le fue entregada a Navarth. Viole Falushe llamó otra vez.

-He cumplido mi promesa. Has recuperado a Jheral Tinzy.

-¿Es su hija?

- Es Jheral Tinzy; no necesitas saber más. La dejo a tu cargo. Cuídala, aliméntala, vigílala y encárgate de que permanezca intocada... porque un día volveré a buscarla.

La pantalla se apagó. Navarth examinó a la niña. Ya se parecía a Jheral... ¿Qué hacer? Sus sentimientos eran confusos. No podía considerarla ni una hija ni una especie de materialización de su antiguo amor. Supo que siempre existiría en sus relaciones una ambigüedad, pues Navarth era incapaz de amar impersonalmente; necesitaba establecer un nexo de unión con el objeto de su amor.

Navarth ejemplificó sus impulsos contradictorios con la descripción de sus relaciones con la chica. La alimentó y le dio un hogar, pero de una forma casi casual, intermitente. La muchacha adquirió pronto independencia. Se hizo introvertida y poco comunicativa; no tenía amigos y en seguida dejó de hacer preguntas.

A medida que iba madurando aumentaba su increíble parecido con Jheral Tinzy. Era Jheral Tinzy en persona, y su presencia atormentaba a Navarth con los recuerdos del pasado.

Pasaron doce años sin que Viole Falushe cumpliera lo prometido, si bien Navarth no confiaba en que hubiera olvidado. Se obsesionó con la idea de que, el día menos pensado, Viole Falushe llegaría y le arrebataría la chica. A veces trataba de explicar a la muchacha el peligro que representaba Viole Falushe, pero estos intentos de aproximación dependían de su estado de ánimo, y nunca estaba seguro de si la joven le había comprendido. Intentó recluirla, tarea difícil a causa de las costumbres impredecibles de la joven, y se la llevó a los rincones más remotos de la Tierra.

Cuando la muchacha cumplió dieciséis años vivían en Edmonton, Canadá, destino de miles de peregrinos que acudían a escalar la Espinilla Sagrada. Navarth pensó que pasarían inadvertidos entre los interminables festivales, procesiones y ritos sacerdotales.

Pero Navarth se equivocaba. Viole Falushe descubrió su escondite. Una noche la telepantalla se iluminó para mostrar una figura alta recortada contra un fondo de

luz azul que oscurecía sus rasgos... Navarth, a pesar de todo, reconoció a Viole Falushe y, sin la menor esperanza, ordenó a la pantalla que se aclarara.

-Bien, Navarth -dijo Viole Falushe-, ¿qué haces en la Ciudad Santa? ¿Vives casi a la sombra de la Espinilla porque te has vuelto un devoto de Kalzibah?

-Estudio -murmuró Navarth-. De la perseverancia en el celo extraigo la fuerza de la resolución.

-¿Cómo está la chica? Me refiero a Jheral. Confío en que se encuentre bien.

-Ayer por la tarde se hallaba en excelentes condiciones. No la he visto desde entonces.

Viole Falushe miró fijamente a Navarth; lo único que daba dimensión a su silueta era el brillo de los ojos.

- ¿Es virgen?

-¿Cómo puedo saberlo? No puedo vigilarla día y noche. En cualquier caso, ¿por qué te interesa?

La mirada de Viole Falushe aumentó de intensidad.

-Me interesa y mucho, hasta un punto que no puedes ni imaginar.

-Hablas de una forma extravagante. Apenas puedo creer que lo hagas en serio.

-Algún día visitarás el Palacio del Amor, viejo Navarth -rió con suavidad Viole Falushe-; algún día serás mi invitado.

- ¡No yo! -exclamó Navarth-. Soy un nuevo Anteo; jamás permitiré que mi talón abandone el contacto con la Tierra; ¡si es necesario me tumbaré de bruces y me agarraré con ambas manos!

-Bien, pues llama a la chica. Haz que Jheral se coloque ante la pantalla para que pueda verla.

La voz de Viole Falushe había adoptado un tono extraño: la dulzura y la ternura se mezclaban con una rabia casi insoportable.

- ¿Cómo puedo llamarla si no sé dónde está? Correrá por las calles, o dará un paseo en canoa por el lago, o estará en la cama con alguien...

Un sonido ronco interrumpió a Navarth; pero la voz de Viole Falushe seguía siendo apacible. -

-Nunca digas eso, viejo Navarth. Se halla bajo tu custodia; te ordené que le dieras instrucciones muy precisas. ¿Lo has hecho? Sospecho que no.

-La mejor instrucción es dejar que viva su vida. No soy pedante, ya lo sabes.

-¿Sabes por qué te entregué a la chica? -dijo Viole Falushe después de unos instantes de silencio.

-Hasta mis motivaciones me confunden. ¿Cómo adivinaré las tuyas?

- Te lo diré. Porque me conoces bien, sabes que cuando ordeno algo no hacen falta instrucciones explícitas.

-No había considerado el tema desde este punto de vista -parpadeó Navarth.

-Por lo tanto, viejo Navarth, has sido muy negligente.

-He oído esa acusación cientos de veces.

-Pero ahora ya sabes lo que espero. Confío en que repararás tu negligencia.

La pantalla se apagó. Navarth, lleno de furia, frustración y resentimiento, deambuió por la Gran Nave, la avenida que se extiende desde la Plaza de las Beatitudes hasta el Templo de la Espinilla. Hastiado de encontrar peregrinos se refugió en un salón de té, donde se tomó cuatro tazas de un té muy fuerte antes de serenarse lo bastante como para pensar.

¿Qué era, en esencia, lo que esperaba Viole Falushe?, se preguntó Navarth. Tenía un interés romántico en la chica, la quería influida, preconditionada, receptiva. Navarth no pudo reprimir una histérica carcajada de regocijo, que provocó sorprendidas miradas de los demás clientes, la mayoría peregrinos vestidos de negro.

Viole Falushe quería que concienciara a la chica del gran honor que le aguardaba; la quería preconditionada. predispuesta, ansiosa ya... Los peregrinos, recién llegados de las ceremonias en el templo, le miraban con suspicacia. Navarth se puso en pie y salió del salón de té. Ya no había motivos para permanecer en Edmonton. Tan pronto como fuera posible volvería con la joven a Rolingshaven.

Menciono un par de veces a Viole Falushe en tono peyorativo, en otras tantas conversaciones con la muchacha. Había llegado a pensar que estaba predestinada. En una de tales ocasiones la chica salió corriendo y desapareció durante varios días. Esto tuvo lugar, por fortuna, inmediatamente antes de una de las visitas de Viole Falushe a la Tierra. Cuando telefoneó a Navarth y le exigió ver

a la chica, Navarth se vio obligado a decir la verdad. Viole Falushe habló con voz dulce:

-Es mejor que la encuentres, Navarth.

Pero Navarth no lo hizo hasta estar seguro de que Viole Falushe había partido de la Tierra.

En este punto, Gersen pidió una aclaración.

-¿En qué basaba su seguridad?

Navarth intentó evadir la pregunta, pero al fin admitió que Viole Falushe tenía un número de videófono secreto en el que podía ser localizado.

- ¿Podría llamarle ahora?

-Sí, sí, por supuesto. Si tuviera ganas de hacerlo, que no es el caso.

Continuó su relato, pero con más precauciones, moviendo las manos y mirando a todas partes excepto a Gersen.

Daba la impresión de que Navarth había intuido que Gersen podría ser utilizado como un arma contra Viole Falushe (aunque no lo explicitó). Con extrema cautela, sin extralimitarse, siempre permaneciendo en la retaguardia, Navarth trataba de planear la destrucción de Viole Falushe. Los acontecimientos, sin embargo, se habían precipitado.

-Y ahora -dijo el poeta con voz temblorosa, señalando el falso Cosmópolis-, ¡esto!

-¿Cree que la reacción de Viole Falushe ante el artículo sería negativa?

- ¡Ya lo creo! Jamás olvida nada. ¡Ésa es la llave de su alma!

-Tal vez convendría discutir el artículo con el propio Viole Falushe.. .

-¿Y qué ganaríamos con ello? Le dará tiempo para encontrar la respuesta pertinente.

-Bien, entonces publicaremos el artículo sin tocar ni una coma.

- ¡No, no! -gritó Navarth-. ¿No lo he dicho con suficiente claridad? ¡Su castigo será equivalente a su irritación, y siempre juzga subjetivamente! El artículo le ofendería hasta límites insospechados; odia su niñez, sólo regresa a Ambeules para perjudicar a sus viejos enemigos. ¿Sabe lo que le ocurrió a Rudolph Radgo, que se burló de los granos de Vogel Filschner? El rostro de Rudolph Radgo es un

jardín de carbuncos, resultado de un veneno sarkoy. Le hablaré también de María, que se cambió de asiento porque le molestaban los mocos de Vogel. María carece de nariz. Se ha hecho dos trasplantes, y las dos veces ha sufrido la pérdida de su nuevo miembro; nunca volverá a tener nariz. Así que ya lo ve, no es sensato ofender a Viole Falushe... -Navarth se frotó la nariz -. ¿Qué está escribiendo?

-Este material nuevo es muy interesante; lo estoy incorporando al artículo.

Navarth levantó las manos con tanta violencia que estuvo a punto de perder el equilibrio.

-¿Es que no tiene prudencia?

-Si discutiéramos el artículo con Viole Falushe, quizá nos autorizaría a publicarlo.

- ¡Es usted el que está loco, no yo!

-Podríamos probar.

-Muy bien -graznó Navarth-. No me queda elección. ¡Pero le advierto, negaré cualquier relación con el artículo!

-Como guste. ¿Llamamos desde aquí o desde el barco vivienda?

-Desde el barco.

Tomaron el expreso subterráneo hasta Ambeules y luego se dirigieron a la Fitlingasse con un vehículo de superficie.

El barco vivienda flotaba, sereno y plácido, en el estuario.

-¿Dónde está la chica? -preguntó Gersen-. Zan Zu, Drusilla, como se llame.

Navarth se rehusó a contestar. La pregunta de Gersen era como interrogarse sobre el color de; viento, sugirió. Bajó por la escalerilla, subió a bordo de; barco y abrió la puerta con un gesto trágico y desesperado. Se acomodó ante la telepantalla, apretó unos botones y pronunció la palabra que la ponía en funcionamiento. Apareció la presentación: una sola y frágil lavándula. Navarth miró a Gersen.

-Está accesible; cuando se halla ausente el fondo es azul.

Esperaron. De la telepantalla surgió el fragmento de una tierna melodía, y después de escasos segundos una voz:

-Ah, Navarth, viejo camarada. ¿Has traído un amigo?

-Sí, se trata de un asunto urgente. Éste es el señor Henry Lucas, que representa a la revista Cosmópolis.

- ¡De honorable tradición! ¿No nos hemos visto antes? Me recuerda enormemente a otra persona.

-Estuve hace poco en Sarkovy. Según creo recordar, su nombre sonaba con insistencia.

-Un planeta nauseabundo, Sarkovy. De todas maneras, posee una especie de belleza macabra.

-He tenido ciertas desavenencias con el señor Lucas -dijo Navarth -, y deseo especificar que declino toda responsabilidad por sus actos.

- Mi querido Navarth, me alarmas. Seguro que el señor Lucas es un hombre educado.

-Ya lo verá.

-Tal como Navarth mencionó, trabajo para Cosmópolis. De hecho, soy uno de sus altos cargos. Uno de nuestros escritores preparó un artículo más bien sensacionalista. Sospecho que el periodista estaba muy entusiasmado, tal como Navarth me confirmó posteriormente. Parece que el escritor abordó a Navarth en tono exaltado y, a partir de una palabra pronunciada de forma casual, se lanzó a una prolija investigación y escribió el artículo.

-Ah, sí, el artículo. ¿Lo lleva encima?

-Está incluido aquí -Gersen desplegó la copia falsa-. Insistí en verificar los hechos, aparentemente correctos. Navarth cree que nuestro escritor se tomó las más extremas libertades. Considera que, para una mayor fidelidad, usted debería examinar el artículo y rubricar su veracidad antes de publicarlo.

- ¡Bien pensado, Navarth! Bien, déjeme examinar esa alarmante efusión; estoy seguro de que no puede ser tan horrible.

Gersen deslizó la revista en la rejilla de transcripción. Viole Falushe leyó. De vez en cuando emitía sonidos involuntarios: silbidos entre dientes, carraspeos.

-Gire la página, por favor. -Su voz era tenue y suave. En seguida dijo: Ya he terminado. -Hubo un momento de silencio, y luego habló de nuevo, esta vez con cierto tono metálico-. Navarth, has sido singularmente imprudente, incluso para un poeta exaltado.

- Bah -musitó Navarth- ¿No he dejado bien claro mi papel en este asunto?

-No del todo. Hay párrafos exagerados y distorsionados que sólo pueden ser producto de la mente febril de un poeta loco. Has sido indiscreto.

-La sinceridad nunca es indiscreta -respondió con valentía Navarth-. La verdad, o sea, el reflejo de la vida, es bella.

-La belleza depende del ojo con el que se la mire -indicó Viole Falushe-. Encuentro poca belleza en este insultante artículo. El señor Lucas ha sido muy inteligente al pedir mi opinión. El artículo no puede ser publicado.

Navarth, por alguna razón extravagante, creyó conveniente demostrar su reprobación.

-¿De qué sirve la fama si tus amigos no pueden sacar provecho?

-Aprovechar la fama y humillar a tus amigos son cosas diferentes

-habló la voz suave-. ¿Puedes imaginarte mi disgusto si este artículo aparece y me expone al ridículo? Me vería obligado a exigir rectificaciones y disculpas públicas; un simple acto de justicia. Si un acto tuyo hiere mis sentimientos, deberás expiar tu culpa hasta que mis sentimientos se rehagan. No basta proclamar que soy hipersensible. Si me hieres, has de aliviar mi herida sin importar cuánto te cueste.

-La verdad refleja el cosmos -argumentó el poeta- Para erradicar la verdad hay que destruir el cosmos. Este es un acto desproporcionado.

- ¡Ajá! Pero el artículo no es necesariamente cierto. Es un punto de vista, una o dos imágenes fuera de contexto. Yo, la persona más íntimamente involucrada, denuncia el punto de vista como una flagrante deformación.

-Me gustaría hacer una sugerencia -dijo Gersen-. ¿Por qué no permitir que Cosmópolis presente los hechos auténticos, lo que es lo mismo, los hechos desde su punto de vista? No cabe duda de que le debe una declaración a los habitantes del Oikumene, que se hallan fascinados por sus hazañas, las aprueben o no.

-No, creo que no -dijo Viole Falushe-. Un artículo de tales características parecería una explosión de vanidad, o peor, una apología falseada. Básicamente, soy un hombre modesto.

-Pero ¿no es también un artista?

-Por supuesto. En la escala más noble y más auténtica. Los artistas que me han precedido han expresado sus afirmaciones mediante la simbología abstracta; los espectadores, el público, siempre han sido pasivos. Yo utilizo una simbología más contundente, abstracta pero palpable, visible y audible... en definitiva, una

simbología de hechos y ambientes. No hay espectadores, no hay público, no hay pasividad; sólo participantes. Se enfrentan a la experiencia más intensa. Ningún otro hombre se atrevió a concebir un marco más amplio -Viole Falushe rió por lo bajo-. Si exceptuamos, quizá, a mi megalomaniaco contemporáneo Lens Larque, aunque sus conceptos son menos fluidos que los míos. Me atrevería a decir que soy tal vez el más grande artista de la historia. Mi tema es la Vida; mi medio de la Experiencia; las herramientas el Placer, la Pasión, la Contundencia, el Dolor. Recreo una ambientación total que inunda toda la entidad. Es una descripción racional de mi propiedad, conocida popularmente como el Palacio del Amor.

-¡Precisamente lo que le gustaría conocer a las gentes del Oikumene! -aprobó Gersen-. Más que publicar un vulgar artículo escandaloso como éste -Gersen golpeó la falsificación con el reverso de la mano-, a Cosmópolis le gustaría que usted explicara sus tesis. Queremos fotografías, mapas, muestras de olores, impresiones sonoras, ilustraciones.. . sobre todo queremos su análisis de experto.

-Es posible, es posible.

-Bien. Sería preciso que nos viéramos. Dígame el lugar y la hora, y allí estaré.

-¿El lugar? ¿Puede haber otro? El Palacio del Amor. Cada año recibo a un grupo de invitados. Usted formará parte del próximo, y también el viejo loco Navarth.

- ¡Yo no! - protestó Navarth -. Mis Pies jamás han perdido contacto con la Tierra; no me arriesgaré a perder la claridad de mi visión.

-La invitación, aunque tentadora, no es muy conveniente -se excusó Gersen-. Preferiría citarme con usted esta noche, aquí en la Tierra.

- Imposible. En la Tierra tengo enemigos, en la Tierra soy una sombra. Ningún hombre puede señalar con el dedo y decir, ahí está Viole Falushe... ni siquiera mi viejo amigo Navarth, del que he aprendido muchas cosas. ¡Una fiesta muy agradable la del otro día, Navarth! Espléndida, digna de un poeta loco. Sin embargo, la chica que te di para que cuidaras me decepcionó, y tú también. No has tenido ni el tacto, ni la imaginación, ni la creatividad que yo esperaba de ti. ¡Considera a la chica a la luz de lo que es y de lo que debe llegar a ser! Confiaba en obtener una nueva Jheral Tinzy: alegre y seria, dulce como la miel, áspera como la liina, la cabeza llena de pájaros, ardiente e inocente. ¿Y qué encuentro? Una niña traviesa, una libertina, un pilluelo de cara avinagrada, completamente irresponsable y de pocas luces. ¡Imagínate! Me desprecia y escoge a un tal Ian Kelly, un insolente, un tipo despreciable que estaría mucho mejor muerto. Una situación incomprensible para mí. La chica no había sido bien adiestrada. Supongo que le habrás hablado de mí y de mi interés por ella...

-Sí -dijo Navarth con terquedad-. He pronunciado tu nombre.

-Bien, no estoy nada satisfecho, y la enviaré a alguna otra parte para corregirla. La pondré en manos de tutores menos dotados pero más disciplinados. Sería agradable que se uniera a nosotros en el Palacio del Amor... ¿Decías algo, Navarth?

-Sí. He decidido aprovechar tu invitación. Visitaré tu Palacio del Amor.

-Eso está muy bien para ustedes, los artistas -se apresuró a decir Gersen-, pero yo soy un hombre muy ocupado. Tal vez un par de entrevistas breves aquí en la Tierra.. .

-Pero es que ya he abandonado la Tierra -dijo la voz de Viole Falushe con acento de educado reproche-. Estoy en órbita a la espera de oír que mis planes respecto a esa jovencita sean cumplidos al pie de la letra... Así que venga al Palacio del Amor.

La flor violeta viró al verde, se desvaneció y dejó lugar a un delicado azul pálido. La conexión se interrumpió.

Navarth continuó hundido en la silla durante un buen par de minutos, la cabeza inclinada y la barbilla apoyada en el pecho. Gersen se quedó mirando por la ventana, sintiendo un nuevo y súbito vacío en su vida.. . Navarth se puso perezosamente en pie y fue a su despacho. Gersen le siguió. El sol abrazaba el estuario; los tejados de Dourrai brillaban como bronce; los muelles podridos oscilaban en formas y ángulos extravagantes; un aura de melancolía invadía el ambiente.

- ¿Sabe cómo se va al Palacio del Amor? -preguntó Gersen.

-No, él nos informará. Tiene una mente similar a un armario atestado ;, no se le escapa ni un detalle.

Navarth balanceó sus brazos como si no supiera qué hacer, volvió al despacho y salió con una botella verde oscuro alta y esbelta y dos vasos. La abrió y escanció.

-Beba, Henry Lucas o como se llame, sea lo que sea que busque: esta botella contiene la sabiduría de los siglos, tintura de oro terrestre.

No encontrará otra igual; es la última que queda en toda la vieja Tierra La loca y vieja 'Tierra, como el loco y viejo Navarth, ofrece lo mejor e su serena madurez. Beba este precioso elixir., Henry Lucas, y considére se afortunado; normalmente está reservada para los poetas locos, los trágicos Pierrots, los ángeles negros, los héroes a punto de morir...

-¿No me puedo contar entre ellos? -murmuró Gersen, más para s que para Navarth.

Navarth repitió su gesto habitual de exponer el vaso a la luz del sol que sólo despedía ya unos pocos rayos anaranjados. Se bebió de un trago la mitad de la copa y paseó la mirada sobre el agua.

-Abandono la Tierra. El viento se apodera de la hoja marchita ¡Mire, mire, mire! - señaló con súbita excitación la línea sombría que dibujaba el sol sobre el estuario-. ¡Ésa es la ruta, el camino que hemos de seguir!

Gersen bebió el licor, que parecía estallar en un chorro de luces multicolores.

-Todo eso está muy bien, pero ¿adónde se ha llevado a la chica?

-No me cabe la menor duda. La castigaré, silbando entre dientes como una serpiente. Es Jheral Tinzy, la mujer que una vez le rechazó... así que deberá volver a su infancia.

-¿Está seguro de que es Jheral Tinzy? Tal vez es alguien que se le parece muchísimo...

-Es Jheral Tinzy. Hay diferencias, diferencias significativas. Jheral era frívola y algo cruel; ésta es pesimista, introvertida, y nunca piensa en la crueldad. .. Pero es Jheral Tinzy.

Se sentaron, cada uno embargado en sus propios pensamientos. El crepúsculo se deslizó sobre las aguas; en las colinas lejanas empezaron a brillar algunas luces. Un mensajero uniformado bajó de su coche aéreo y vino a su encuentro. Les llamó desde el embarcadero.

-Una entrega para el poeta Navarth.

Navarth se precipitó hacia la plancha.

-Soy yo.

-Imprima su huella dactilar aquí, por favor.

Navarth volvió con el mensaje: un sobre azul alargado. Lo abrió con parsimonia y extrajo su contenido. En lo alto de la hoja se destacaba la lavándula que ya habían visto en la telepantalla. El mensaje decía:

«Diríjense a Más Allá y penetren en el Grupo de Sirneste, sector de Acuario. En el corazón del grupo hallarán el sol amarillo Miel. El quinto planeta es Sogdian. Y al sur del continente en forma de reloj de arena encontrarán la ciudad ¿le Atar. Dentro de un mes vayan a la agencia (le Rubdan Ulshaziz y digan: soy un invitado del Margrave.»

Extracto de un debate televisado que tuvo lugar en Avente, Alphanor, el 10 de julio de 1521, entre Gowman Hachieri, Consejero de la Liga para el Progreso Planificado, y Slizor Jesno, Miembro del Instituto de Grado 98:

«HACHIERI: ¿No es cierto que el embrión del Instituto fue una cábala de asesinos?

»JESNO: Del mismo modo que el embrión de la Liga para el Progreso Planificado fue una cábala de sediciosos irresponsables, traidores e hipocondríacos suicidas.

»HACHIERI: Esa no es una respuesta pertinente.

»JESNO: Las ambigüedades, la extrema vaguedad que comportan los términos de su pregunta encierran la verdad exacta de la situación.

»HACHIERI: ¿Cuál es, entonces, en términos no ambiguos, la verdad?

»JESNO: Hace aproximadamente mil quinientos años, se hizo evidente que la existencia de las leyes y los sistemas de seguridad pública no podían proteger a la raza humana de cuatro atrayentes e insidiosos peligros: primero. el uso universal y compulsivo de drogas, tónicos, tonificantes, condicionadores, estimulantes y profilácticos administrados en el agua de uso corriente. Segundo, el desarrollo de las ciencias genéticas, que permitió y estimuló a diversas agencias a alterar los caracteres básicos del hombre, en consonancia con teorías biológicas y políticas contemporáneas. Tercero, el control psicológico ejercido por los medios de comunicación. Cuarto, la proliferación de maquinarias y sistemas que, en nombre del progreso y el bienestar sociales, tendían a marginar, por no decir exterminar, la iniciativa individual, la imaginación, la creatividad y las satisfacciones derivadas de ellas.

»No hablaré de miopía mental, irresponsabilidad, masoquismo, o de los esfuerzos de algunas personas por regresar a la seguridad del seno materno: todo esto es irrelevante. El efecto, sin embargo, dio lugar a una situación análoga al crecimiento de cuatro cánceres en el organismo humano; el Instituto se convirtió, para seguir el paralelismo anterior, en una especie de suero profiláctico producido por el cuerpo. »

Navarth embarcó en el *Pharaon* de Gersen con una mezcla de agitación y fatalismo. De pie en la sala, mirando a derecha e izquierda, habló con voz trágica:

- ¡Por fin sucedió! ¡Pobre viejo Navarth, arrebatado de su fuente de energía! Miradle ahora..., un saco de cansados huesos. Navarth. No elegiste bien tus compañías. Te hiciste amigo de huérfanos, criminales y periodistas; por culpa de tu tolerancia estás a punto de ser arrojado al espacio.

-Tranquilícese -dijo Gersen-. No todo es tan malo.

Cuando el *Pharaon* abandonó la atmósfera terrestre, Navarth emitió un sonido hueco, como si le hubieran clavado una astilla en el pie.

-Eche una ojeada al espaciopuerto -sugirió Gersen-. Vea a la vieja Tierra como nunca antes la vio.

Navarth inspeccionó la gran bola azul y blanca y reconoció a regañadientes que la vista era magnífica.

-Ahora la Tierra retrocede -dijo Gersen-. Nos dirigimos hacia Acuario; conectamos el acelerador y en un instante nos encontraremos aislados del universo.

-Es extraño -admitió Navarth acariciándose la barbilla-. Es extraño que, esta concha nos permita viajar hasta tan lejos. He ahí un misterio, capaz de empujar a alguien a la teosofía: al culto de un dios del espacio, o de un dios de la luz.

»La teoría disuelve el misterio, pero desentierra un nuevo y críptico estrato. Casi seguro que existe un sinfín de estas capas, misterio tras misterio. El espacio es espuma, las partículas de materia, nodos y condensaciones. La espuma cambia de forma incesantemente en proporciones variables; la actividad regular de estos minúsculos flujos es el Tiempo.

»Todo esto es muy interesante. -Navarth se movió con cautela a lo largo de la nave-. Si hubiera seguido una temprana vocación habría llegado a ser un gran científico.

El viaje prosiguió. Navarth era un compañero más bien molesto, exaltado en un momento y abúlico al siguiente. En una ocasión se vio afligido simultáneamente por claustrofobia y agorafobia, y se tumbó en un sofá con los pies descalzos y un pañuelo sobre la cara. En otra se sentó frente a la portilla y contempló el paso fugaz de las estrellas, gorjeando de asombro y júbilo. Luego se interesó por el funcionamiento del acelerador, y Gersen se lo explicó tan bien como pudo.

-El espacio/espuma es embutido en espiral dentro de un huso; los extremos acabados en punta perforan y disgregan la espuma, que carece de inercia; la nave en el interior de la espiral queda aislada de los efectos del universo; la fuerza más ligera la proporciona una incalculable acele-

ración. La luz se filtra a través de la espiral, con lo cual creemos ver pasar el universo.

-Hum -musitó Navarth-. ¿Cuán pequeñas pueden ser las unidades?

-Muy condensadas, supongo.

Gersen desconocía la respuesta correcta.

-¡Imagine! ¡Si se pusiera una en la espalda se haría invisible!

-Y recorrería un millón y medio de kilómetros en cada aliento.

-A menos que la persona se sujetara firmemente. ¿Por qué no se ha hecho aún?

-El acelerador rompería la conexión; no valdría ningún tipo de sujeción.

Navarth discutió el punto en profundidad y lamentó su ignorancia previa.

-¡Si hubiera conocido antes este maravilloso ingenio habría podido idear una nueva y provechosa máquina!

-Hace mucho tiempo que se utiliza el acelerador.

- ¡Pero yo no!

Navarth se retiró a meditar.

El *Pharaon* se deslizó entre las primeras estrellas de Acuario; la Estaca, esa barrera invisible que separaba teóricamente el orden del caos, quedó atrás. El Grupo de Sirneste brillaba enfrente; doscientas estrellas como un enjambre de abejas luminosas que gobernaban planetas de todos los tamaños y características. Gersen localizó Miel con algunas dificultades, y luego Sogdian, el quinto planeta, de medidas y atmósfera similares a las de la Tierra, como la mayoría de los planetas colonizados. El clima era templado; el casquete polar tenía poca extensión; la zona ecuatorial mostraba amplias extensiones de jungla y desierto. El continente en forma de reloj de arena se distinguía en seguida, y el macroscopio no tardó en localizar la ciudad de Atar.

Gersen radió una petición de aterrizaje, pero no hubo respuesta, de lo que dedujo la inexistencia de tales formalidades.

Puso rumbo al planeta y Atar se hizo visible a los pocos minutos: una pequeña ciudad rosa y blanca que ocupaba un entrante del océano. El espaciopuerto funcionaba como en la mayoría de los mundos exteriores; en cuanto Gersen hubo aterrizado, dos oficiales se acercaron, le cobraron una tarifa y se marcharon. No había rastro de «Anticomadrejas», una señal de que el planeta no era refugio de piratas, asaltantes o mercaderes de esclavos.

No había servicios de transporte público. Gersen y Navarth caminaron un kilómetro hasta llegar a la ciudad. Los habitantes de Atar, gente de piel oscura y el pelo teñido de naranja, vestidos con pantalones blancos y grandes turbantes también blancos muy complicados, les miraban con gran curiosidad. Hablaban un idioma incomprensible, pero a fuerza de repetir el nombre de Rubdan Ulshaziz consiguieron saber la dirección del hombre que buscaban.

Rubdan Ulshaziz regentaba una importante agencia de importación y exportación cerca del océano. Era un hombrecillo de piel oscura vestido con los habituales pantalones y turbante blancos.

-Caballeros, les doy la bienvenida. ¿Les apetece un ponche?

Les ofreció unas diminutas tazas de un zumo de frutas frío y espeso.

-Gracias -dijo Gersen-. Somos huéspedes del Margrave, quien nos recomendó venir a verle.

-¡Por supuesto, por supuesto! -Rubdan Ulshaziz hizo una reverencia -. Ahora les acompañarán al planeta donde el Margrave tiene su pequeña finca. -Rubdan Ulshaziz les obsequió con un guiño obsceno-. Discúlpeme un momento; daré instrucciones a la persona que les acompañará.

Desapareció detrás de una cortina y volvió al poco rato con un hombre de semblante adusto y los ojos muy juntos que arrojaba nubes de humo áspero de un cigarro.

-Este es Zog, que les escoltará hasta Rosja -dijo Rubdan Ulshaziz.

Zog parpadeó, tosió y escupió una brizna de tabaco al suelo.

-Sólo habla el idioma de Atar -continuó Rubdan Ulshaziz-. No podrá, por tanto, hacerles una descripción del lugar al que se dirigen. ¿Están preparados?

-Necesito equipo para mi nave -dijo Gersen-. Y en cuanto a la propia nave... ¿estará a salvo?

-Tan a salvo como si fuera un árbol; me ocuparé de ello. Si encuentra alguna irregularidad a su vuelta, pregunte por Rubdan Ulshaziz y pida una indemnización. ¿Qué le interesa de su nave? El Margrave pondrá a su disposición cuanto desee, incluidas nuevas vestimentas.

-Necesito mi cámara de vídeo. Quiero filmar algunas cosas.

-El Margrave le proporcionará un equipo, los modelos más sofisticados -indicó Rubdan Ulshaziz con un gesto afable-. Le gusta que sus invitados lleguen aliviados de equipaje, aunque le es indiferente su bagaje psíquico.

-En otras palabras, no estamos autorizados a llevar nuestras pertenencias personales.

-Exacto. El Margrave se preocupa de todo. Su hospitalidad es absoluta. ¿Ha cerrado, sellado y codificado su nave? Bien, de ahora en adelante son ustedes huéspedes del Margrave. Si son tan amables de acompañar a Fendi Zog...

Señaló al hombre con un brusco gesto de la mano. Zog inclinó la cabeza, y Gersen y Navarth le siguieron hasta una zona abierta al aire libre detrás del almacén. Allí había un coche aéreo de un diseño que Gersen desconocía. Lo mismo parecía sucederle a Zog. Se sentó ante los controles, probó un mando, después otro, mirando fijamente la disposición más bien extravagante de botones, asideros y sensores sónicos. Por fin, como hastiado de su incertidumbre, empujó un grupo de controles manuales. El coche aéreo despegó y pasó rozando las copas de los árboles. Zog se encogió sobre los controles y Navarth lanzó gritos de ira.

Zog consiguió hacerse con el control del vehículo; viajaron hacia el sur durante unos treinta y cinco kilómetros, atravesando los terrenos de cultivo y los cercados que rodeaban Atar, hasta un campo en el que aguardaba un último modelo *Baumur Andrómeda*. Zog se mostró de nuevo desorientado. El coche aéreo descendió en picado, cabeceó, se enderezó y frenó. Navarth y Gersen descendieron con la mayor prontitud. Zog les hizo señas de que se encaminaran al *Andrómeda*; subieron a bordo y la puerta se cerró a sus espaldas. Mediante el panel transparente que separaba el salón del compartimento delantero vieron que Zog tomaba asiento ante los controles. Navarth elevó su protesta en voz alta. Zog les miró, descubrió unos dientes amarillentos en lo que podía tomarse por una sonrisa tranquilizadora y corrió una cortina. Un cierre magnético selló la puerta que comunicaba ambos sectores. Navarth se hundió en la consternación.

-Nunca es tan dulce la vida como cuando se pone en peligro. ¡Qué jugarreta la de Vogel, burlarse de su viejo preceptor!

Gersen señaló las pantallas de harpillera que cubrían las portillas.

-También quiere conservar su misterio.

-¿De qué sirve el conocimiento a las mentes abismadas en el terror? - Navarth sacudió la cabeza como desconcertado-. ¿Por qué esperamos? ¿Va a consultar Zog el *Manual del Operador*?

El *Andrómeda* despegó y ascendió con alarmante velocidad. Gersen y Navarth casi salieron despedidos. Gersen rió por lo bajo al oír el rugido de protesta de Navarth. El sol Miel, entrevisto a través de la harpillera, colgaba enfrente y a la izquierda. Pronto quedó oculto bajo el casco. *El Andrómeda* atravesaba el grupo de estrellas, y daba la impresión de que Zog cambiaba varias veces de ruta, tal vez por haberse equivocado o por deseo de confundir a los pasajeros.

Pasaron dos horas. Un gran sol blanco y amarillo aumentaba de tamaño al otro lado de las portillas veladas; bajo él giraba un planeta que las cortinas impedían examinar. Navarth se precipitó a descorrer la cortina con una exclamación de impaciencia. Chispas azules golpearon las puntas de sus dedos, y cayó al suelo con un grito sobrecogedor.

- ¡Esto es una imposición! ¡Un tratamiento deplorable!

Una voz habló desde un altavoz invisible:

-Como invitados cuidadosamente seleccionados, desearán complacer a su anfitrión observando ciertas pautas de cortesía y moderación. No es necesario definir estas pautas; son evidentes para cualquier persona sensible. Los estímulos proporcionan una jocosa advertencia al desconsiderado o al insensible.

-¿Qué hay de malo en mirar por la portilla? -dijo Navarth tras aclararse la garganta.

-Está claro que al Margrave le interesa ocultar el emplazamiento de su sede.

- ¡Tonterías! ¿Cómo va a impedir que alguien registre el grupo hasta encontrar el Palacio del Amor?

-Hay cientos de planetas. No cabe duda de que habrá dispuesto otras formas de disuasión.

-No debería temer la menor intrusión por mi parte.

Navarth sorbió por las narices.

El *Andrómeda* aterrizó en un campo rodeado de árboles de goma verdeazulados de procedencia terrestre. Zog abrió inmediatamente la portilla, una acción que Gersen contempló primero con asombro, y después con burlona diversión. Por temor a que hubiera micrófonos ocultos se abstuvo de comunicar sus ideas a Navarth.

Descendieron bajo el resplandor matutino de un sol blanco y amarillo, muy parecido a Miel en color y brillantez. El aire iba cargado con el olor de los árboles de goma y la vegetación nativa: arbustos de lustrosos tallos verdes, y hojas en

forma de disco negras y escarlata; espigas azules con airosas barbas azul oscuro; borlas de membrana algodonosa que contenían nudos parecidos a tomates rojos. También habían matas de bambú y de hierba terrestres y un matorral de zarzamoras.

-Extraño, muy extraño -murmuraba Navarth mirando a todas partes-. ¡Cuánta fascinación encierran estos mundos lejanos!

-Es muy parecido a la Tierra -dijo Gersen-, pero en otras zonas es posible que predominen las plantas locales; entonces verá lo que es extraño de verdad.

-Es impensable hasta para un poeta en su sano juicio -gruñó Navarth -. Debo dejar a un lado mi individualismo, mi pequeña y Patética célula de sensibilidad. He sido arrebatado de la Tierra y no hay duda de que mis huesos se pudrirán en este suelo extraño. -Cogió un terrón lo estrujó entre los dedos y dejó que los fragmentos cayeran a tierra-. Parece tierra, posee la textura de la tierra... pero es materia estelar. Estamos muy lejos de la Tierra... ¿Y qué? Nosotros también quedaremos abandonados a nuestra suerte, sin ni siquiera un mendrugo o una botella de vino.

Zog había entrado de nuevo en el *Andrómeda* y estaba cerrando la portilla. Gersen cogió a Navarth por un brazo y le arrastró a través del prado.

-Zog tiene un temperamento temerario; es capaz de conectar el acelerador y llevarse por delante la nave, el prado, los arbustos, la hierba y a nosotros dos si permanecemos cerca. Entonces sí que podría componer una loa a las circunstancias extrañas.

Pero Zog elevó la nave correctamente. Gersen y Navarth vieron como se desvanecía en el brillante cielo azul.

-De modo que aquí estamos, en algún lugar del Grupo de Sirneste -dijo Navarth -. O el Palacio del Amor se halla muy cerca, o Viole Falushe nos ha gastado otra de sus grotescas bromas.

Gersen fue hasta el extremo del prado y examinó las filas de árboles.

- Broma grotesca o no, aquí hay un sendero que debe conducir a alguna parte.

Recorrieron el sendero flanqueado por setos de altas varas negras con hojas escarlata en forma de disco, que vibraban y resonaban al soplar el viento. La ruta bordeaba una prominencia de esquisto negro y trepaba a una elevación empinada. Desde la cumbre divisaron un valle y una pequeña ciudad a sólo dos o tres kilómetros de distancia.

-¿Será eso el Palacio del Amor? -se preguntó Navarth en voz alta-. No es lo que yo esperaba.... demasiado pulcro, demasiado preciso... ¿Y aquellas torres circulares?

Las torres a las que se refería Navarth se elevaban a intervalos regulares en toda la ciudad. Gersen se limitó a insinuar que tal vez contenían oficinas o apartamentos, o que albergaban oficinas de la administración pública.

Mientras bajaban de la colina, un vehículo se acercó a gran velocidad... una plataforma bamboleante y ruidosa apoyada en colchones de aire. Una persona de semblante severo y adusto, que llevaba un uniforme de color pardo y negro, se ocupaba de los controles. Pronto descubrieron que se trataba de una mujer. Frenó el coche y les inspeccionó con mirada sardónica.

-¿Son ustedes los invitados del Margrave? Si es así, suban.

-¿No estaba previsto que vendría a buscarnos a la nave? -dijo Gersen sin hacer caso del tono de la mujer-. A esto se le llama ineficacia. ¡Nos hemos visto obligados a caminar!

- Suban, a menos que deseen seguir caminando -respondió la mujer con una sonrisa desdeñosa.

Gersen y Navarth obedecieron. Navarth hervía de indignación.

- ¿Qué ciudad es ésta? -preguntó Gersen a la mujer.

-Es la Ciudad Diez.

-¿Y cómo llama a este planeta?

-Lo llamo el Mundo del Idiota. Los demás pueden llamarlo como les dé la gana.

Su boca se cerró como una trampa. Hizo girar el coche en redondo y siguió por el sendero. La carrocería se estremecía, y Gersen y Navarth debían sujetarse con todas sus fuerzas para no ser arrojados a la cuneta. Navarth rugió órdenes e instrucciones, pero la mujer aceleró todavía más y no disminuyó la velocidad hasta que entraron en la ciudad por una avenida a la sombra de los árboles; desde aquel momento condujo con extrema prudencia. Los habitantes de la ciudad dedicaban miradas de curiosidad a Gersen y Navarth. La única particularidad de la gente consistía en que los hombres llevaban la cabeza rapada como un huevo: cejas, cráneo y barba; las mujeres, por su parte, exhibían peinados muy complicados, con largas púas barnizadas y adornados, en ocasiones, con flores y otros objetos. Hombres y mujeres vestían prendas de corte y color extravagantes, y se movían con una peculiar mezcla de contoneo y timidez; hablaban con énfasis en voz baja,

reían con fuertes carcajadas, se detenían repentinamente, miraban en todas direcciones y proseguían en el mismo tono.

. El vehículo pasó frente a una de las torres que habían despertado la curiosidad de Navarth: un edificio de veinte pisos, consistente cada uno en seis apartamentos en forma de cuña.

-¿Cuál es el propósito de estas torres tan altas? -preguntó el poeta a la mujer.

-Ahí se recaudan los impuestos.

- Ajá, Henry Lucas, tenía razón: las torres albergan oficinas públicas

-Exacto, sí, muy exacto.

La mujer dirigió a Navarth una mirada cáustica.

Navarth no le hizo caso. Señaló con el dedo uno de los numerosos cafés del bulevar; los clientes eran hombres en su mayoría.

-Estos vagos tienen mucho tiempo libre -indicó Navarth-. ¡Fíjese cómo se repantingan y empinan el codo! ¡Viole Falushe es muy indulgente con sus súbditos, en el caso de que lo sean!

El vehículo dio la vuelta a una plazoleta y se detuvo ante un gran edificio de dos plantas. En la terraza se sentaban algunos hombres y mujeres vestidos de diversa manera, obviamente forasteros.

- ¡Largo de aquí, cabezas peludas! -dijo la mujer con brusquedad - . Aquí tenéis el hotel; ya he cumplido mi trabajo.

-Incompetente hasta extremos indecibles -comentó Navarth antes de bajar-. A su cabeza, por cierto, no le irían mal unos arreglos. Quizá una barba poblada para empezar.

La mujer apretó un botón; el suelo del vehículo empezó a ladearse. Gersen y Navarth tuvieron que saltar fuera. El vehículo se alejó mientras Navarth dedicaba un gesto obsceno a la espalda de la mujer.

Un lacayo se adelantó a recibirlos.

-¿Son invitados del Margrave?

-Exacto -contestó Navarth-. Hemos sido invitados a su Palacio.

-Mientras esperan se alojarán en el hotel.

-¿Esperar? ¿Durante cuánto tiempo? Creí que seríamos conducidos directamente al Palacio.

-Los huéspedes del Margrave se reúnen aquí -observó el lacayo con una inclinación - . Se irán todos juntos. Creo que aún faltan por llegar cinco o seis, según mis cálculos. ¿Me permiten que les enseñe sus habitaciones?

Las habitaciones eran unos cubículos de dos metros y medio de lado, provistos de una litera baja y estrecha, un armario y un lavabo, sólo ventilado por el enrejado de la puerta. Las quejas de Navarth, que ocupaba la habitación contigua a la de Gersen, fueron claramente audibles. Gersen se sonrió. Por razones que desconocía, así quería Viole Falushe que sus invitados aguardaran.

En el guardarropa encontró vestimentas a la moda terrestre de una tela ligera pero resistente. Gersen se lavó, afeitó, cambió de ropas y salió a la terraza. Navarth le había precedido y se había unido a las ocho personas, cuatro hombres y cuatro mujeres, que estaban sentadas. Gersen tomó asiento algo apartado y examinó al grupo. A su lado tenía un caballero grueso que llevaba la tirilla negra y el tono de piel beige de moda en Deslizamientos Mecánicos de Lyonesse, uno de los planetas del Grupo. Gersen no tardó en averiguar que era fabricante de accesorios para cuartos de baño y que se llamaba Hygen Grote. Su compañera Doranie era una rubia de grandes ojos, temperamento frío y excitante bronceado a la última moda.

Un par de muchachas muy serias se sentaban a un lado; estudiantes de sociología en la Universidad de la Provincia del Mar, cerca de Avente. Sus nombres eran Tralla Callob y Mornice Hill; parecían impresionadas, bastante alarmadas y se mantenían muy juntas, los pies apoyados firmemente en el suelo y las rodillas apretadas. Tralla Callob no carecía de atractivo, si bien daba la impresión de que le era indiferente y no se aprovechaba de sus encantos. Mornice Whill tenía unas facciones demasiado destacadas y estaba obsesionada con la idea de que todos los hombres del grupo intentaban destruir su castidad.

Margary Liever, una mujer terrestre de mediana edad que había ganado el primer premio del concurso televisivo «El deseo más ardiente», se veía más relajada: había elegido visitar el Palacio del Amor de Viole Falushe. Éste se había sentido complacido y accedió.

Torrace da Nossa era músico; un hombre sofisticado y elegante, quizá demasiado blando y bastante presumido, con una naturalidad que hacía difícil profundizar en la conversación. Visitaba el Palacio del Amor como paso previo a la composición de una ópera titulada *El Palacio del Amor*.

Lerand Wible era un ingeniero naval de la Tierra que acababa de construir un barco de vela de atrevido diseño. Las aletas eran de osmio, las velas eran alas altas de espuma revestida de metal, independientes y sin apoyos. Velas y aletas descansaban sobre círculos opuestos de anillos deslizantes de metal. El casco

siempre flotaba en la posición hidrodinámica más eficiente. Tanto el casco como las aletas estaban protegidos por un aislante que reducía la fricción al mínimo, y unos conductos expulsaban aire para reducir el efecto de las turbulencias. Wible había conocido a Viole Falushe en relación con su fantástica teoría de construir un palacio flotante en forma circular que incluiría una laguna central.

Skebou Diffiani era un hombre taciturno de áspero cabello negro, barba negra rizada y una expresión de desdén y sospecha hacia todos los demás. Provenía de Quantique, lo que explicaba sus modales reservados. Su profesión era jornalero, y su inclusión en el grupo sólo podía explicarse como un capricho de Viole Falushe.

Margary Liever había sido la primera en llegar, cinco días antes. A continuación lo hicieron Tralla y Mornice, y después Skebou Diffiani. Los siguientes fueron Lerand Wible Y Torrace da Nossa, y más tarde Hygen Grote y Doranie.

Navarth les abrumó a preguntas, sin dejar de recorrer a largos pasos la terraza, mirando de soslayo a derecha e izquierda. Nadie sabía más que él, nadie sabía dónde se hallaba el Palacio del Amor o cuándo se marcharían. La incertidumbre no les preocupaba; a pesar de las habitaciones exiguas, el hotel ofrecía una cierta comodidad y tenían tiempo para explorar la ciudad: una ciudad laberíntica y misteriosa, con enigmas e incógnitas que fascinaban a unos y trastornaban a otros. Sonó un gong que indicaba la hora de comer. El almuerzo fue servido en un patio sombreado por árboles negros, verdes y escarlata. La cocina era sencilla: tortas, pescado hervido, fruta, una bebida fría de color verde pálido y pasteles de grosella. En el transcurso de la comida llegaron seis nuevos invitados, que fueron conducidos de inmediato al patio. Eran druidas de Vale, o Virgo 912 VII, y formaban dos familias, aunque tales relaciones se solían mantener en secreto. Había cuatro adultos y dos adolescentes. Todos con indumentaria similar: vestidos negros, capuchas negras y grandes zapatillas negras. Los hombres, Dakaw y Pruitt, eran altos y silenciosos; una de las mujeres, Wust, era delgada, vigorosa y de pómulos salientes. La otra, Laidig, gruesa e imponente. Hule, un chico de unos dieciséis o diecisiete años, despertó admiración por sus bellísimas facciones, la piel clara y los brillantes ojos negros. Hablaba poco y no sonreía nunca, mirándolo todo con aire de preocupación. Billika, una joven de la misma edad, era de semblante pálido y exhibía la misma mirada preocupada, como si fuera incapaz de evitar enemistades irreconciliables.

Los druidas se sentaron juntos, comieron a gran velocidad sin levantarse la capucha y apenas intercambiaron unas pocas palabras en voz baja. Cuando, al terminar la comida, los invitados volvieron a la terraza, los druidas se encaminaron resueltamente hacia ellos, se presentaron con extrema cordialidad y tomaron asiento.

Navarth les acosó a preguntas, pero sus evasivas dieron al traste con su curiosidad y no averiguó nada. La conversación se generalizó, centrada como siempre en la ciudad, que recibía el nombre de Ciudad Diez o Kouliha. Surgió el tema de las torres. ¿Cuál era su función? ¿Albergaban oficinas comerciales o

viviendas? Navarth relató la explicación ofrecida por la mujer uniformada, en el sentido de que eran oficinas de recaudación de impuestos, pero los demás encontraron la idea absurda. Diffiani afirmó sin ambages que se trataba de burdeles:

-Observen que por la mañana entran jovencitas y mujeres; luego llegan los hombres.

-La hipótesis es plausible -dijo Torrace da Nossa-, pero las mujeres se van cuando quieren, además, pertenecen a todas las clases sociales, algo muy poco frecuente en tales casos.

-Sólo hay una manera de resolver el enigma. -Hygen Grote guiñó el ojo a Navarth- : Sugiero que elijamos a uno de nosotros para que vaya a preguntarlo.

Las druidas Laidig y Wust resoplaron de enojo y se ciñeron con más fuerza las capuchas. Dakaw y Pruitt desviaron la vista. Gersen se preguntó por qué los druidas, famosos por su rígida moral, se habían atrevido a emprender viaje hacia el Palacio del Amor sabiendo que podía herir su sensibilidad. Misterios por todas partes...

Al poco rato, Gersen y Navarth fueron a pasear por la ciudad. Examinaron puestos de venta, comercios, tiendas de artesanía y viviendas con la curiosidad imperturbable de los turistas. La gente les miraba con indiferencia y una pizca de envidia. Tenían aspecto próspero, culto, cosmopolita; sin embargo, Gersen presentía algo que no podía definir... algo que no tenía que ver con el miedo, la discordia o la inquietud.. . Un café a la sombra de los árboles tentó a Navarth. Gersen le recordó que carecían de dinero.

Navarth no le hizo caso e insistió en tomar un vaso de vino. Gersen se encogió de hombros y acompañó a Navarth hacia una mesa. Navarth llamó al propietario.

-Somos huéspedes de Viole Falushe; no tenemos moneda local. Nos agradecería ser clientes de su café, por lo que puede enviar la factura al hotel.

-Como gusten.

El propietario hizo una exagerada reverencia.

-Entonces beberemos una botella del vino que usted nos aconseje.

Navarth afirmó que el vino era demasiado suave. Miraron a la gente pasar. Frente a ellos se alzaba una de las misteriosas torres, que a esta hora del mediodía no mostraba una gran actividad.

Navarth pidió una segunda botella y señaló la torre.

-¿Qué sucede en esa torre?

-Lo mismo que en las otras... -explicó aturdido el propietario-. Ahí se pagan los impuestos.

-Pero ¿por qué tantas torres? ¿No sería suficiente con una?

-¿Cómo dice, señor? ¿Con tanta gente como vive aquí? ¡Imposible!

Navarth se dio momentáneamente por satisfecho.

Al volver al hotel descubrieron que habían llegado dos nuevos invitados, ambos de la Tierra: Harry Tanzel, de Londres, y Gian Mario, sin domicilio fijo. Los dos eran bien parecidos (altos, facciones afiladas, pelo negro) y de edad incierta. Tanzel era quizá el más atractivo; Mario parecía más enérgico y vital.

El día local tenía veintinueve horas; cuando por fin llegó la noche los huéspedes se retiraron sin protestar a sus cubículos, pero un gong les despertó a medianoche para la última comida, siguiendo las costumbres del planeta.

La mañana les deparó la llegada de Zuly, una bailarina alta y lánguida de Valhalla, Tau Gemini VI. Era exquisitamente amanerada, lo que provocaba la sospecha y la turbación de los druidas, en especial del joven Hule, que no podía apartar los ojos de la mujer.

Una vez finalizado el desayuno, Gersen, Navarth y Lerand Wible fueron a pasear junto al canal, que transcurría por la parte de atrás del hotel. Daba la impresión de que el día era festivo; los habitantes de la ciudad exhibían sus mejores galas; algunos estaban borrachos, otro cantaban canciones dedicadas a Arodin, un héroe o gobernante popular.

- Pagan sus impuestos incluso en un día de fiesta -dijo Navarth

-Tonterías -señaló Wible-. ¿Cuándo van los hombres a pagar impuestos con ese paso tan airoso? -Los tres se detuvieron para contemplar a los hombres que entraban y salían de la torre-. Definitivamente, es un burdel. No puede ser otra cosa.

-¿Tan a la vista? ¿Tan concurrido? Las apariencias engañan.

-Es posible. ¿Le gustaría entrar?

-De ninguna manera. Si se trata de un burdel, desconozco sus costumbres y podría cometer algún acto indigno que nos desacreditara a todos.

-Es usted un hombre muy precavido -señaló Gersen.

-Estoy en un planeta extraño -suspiró Navarth-. Me falta la fuerza que extraigo del suelo de la vieja Tierra. Pero soy curioso; resolveremos la cuestión de una vez por todas. Sígueme.

Se abrió camino hasta el bar del día anterior y escudriñó las mesas. Un caballero obeso de mediana edad, tocado con un sombrero verde de ala ancha, estaba sentado contemplando el bulevar, una jarra de vino junto al codo.

-Perdone, señor -dijo Navarth-. Como puede ver, somos extranjeros. Hay una o dos costumbres de la ciudad que nos sorprenden y quisiéramos que nos las aclarase.

El hombre se irguió en su silla y, tras un momento de vacilación, les invitó a acompañarle.

-Se lo explicaré lo mejor posible, aunque aquí no hay muchos misterios. Trabajamos con ganas y vivimos en la medida de nuestras posibilidades.

-Ante todo -empezó Navarth -, ¿cuál es la función de aquella torre de la que entra y sale tanta gente?

-Ah, sí. Es la oficina local de recaudación de impuestos.

-¿Recaudación de impuestos? -exclamó Navarth dirigiendo una mirada de triunfo a Wible -. ¿Y la gente entra y sale de pagar impuestos?

-Exacto. La ciudad se halla bajo el sabio patrocinio de Arodin. Somos prósperos porque los impuestos no merman nuestras riquezas.

-¿Cómo es posible? -terció Lerand Wible con una sonrisa escéptica.

-¿No sucede lo mismo en otras partes? El dinero que se recoge es el que se gastaría en frivolidades. El sistema beneficia a todos. Todas las muchachas de la región deben servir durante cinco años, ofreciendo un número estipulado de servicios por día. Por supuesto que las más atractivas completan el cupo antes que las feas, y existe por consiguiente un considerable incentivo para mantenerse bellas.

- ¡Ajá! -saltó Wible-. En efecto..., un burdel cívico.

-Llámelo como quiera. -Su informante se encogió de hombros-.

Los recursos no disminuyen; la cantidad recogida se destina a los gastos públicos. Nadie se opone a los impuestos, y los recaudadores realizan con gusto su trabajo; en caso contrario, pueden hacer los pagos in situ..., y suele suceder que la chica se case antes de completar su servicio. También tenemos nuestras obligaciones

para Arodin, de las que nos desembarazamos pagando con un niño de dos años. A partir de ese momento ya no pagamos más impuestos, excepto en casos especiales.

- ¿Nadie se queja a la hora de entregar el niño?

-Por regla general, no. El niño es internado en una guardería nada más nacer, con el fin de no crear lazos sentimentales. La gente tiene hijos lo más pronto posible para liberarse de sus obligaciones.

- ¿Y qué ocurre con los niños?

Wible intercambió miradas con Navarth y Gersen.

-Entran al servicio de Arodin. Los no aptos son vendidos al Mahrab; los útiles van al gran Palacio. Entregué un niño hace diez años; ya no debo nada a nadie.

Navarth no se pudo contener más. Se inclinó hacia adelante y apuntó con el dedo al hombre.

-¿Por eso se queda parpadeando con aire satisfecho bajo el sol? ¿No se siente culpable?

- ¿Culpable? -El hombre se ajustó el sombrero con cara de asombro-. ¿De qué? He cumplido mi deber. Entregué a mi hijo; frecuento el burdel dos veces a la semana. Soy un hombre libre.

- ¿Mientras su hijo que entregó hace diez años es un esclavo? ¡En algún lugar él o ella le maldice por estar aquí sentado contemplándose el ombligo!

El hombre se puso en pie, la cara encendida de furia.

-¡Esto es una incitación, un insulto muy serio! ¿Qué hacen aquí, pues, cabezas rapadas, imbéciles? ¿Por qué vienen a esta ciudad si desprecian nuestras normas?

-No elegí su ciudad como punto de destino -dijo Navarth con dignidad -. Soy huésped de Viole Falushe y sólo espero que nos avise para partir.,

-Ese es el nombre que recibe Arodin en los otros mundos -rió estentóreamente el hombre-. ¡Vienen a disfrutar del Palacio, y ni siquiera han pagado!

Golpeó la mesa con el puño y se marchó del café. Otros clientes que habían escuchado la conversación les volvieron la espalda de forma ostensible. Los tres regresaron al hotel cuanto antes.

Justo en el momento de llegar oyeron el traqueteo de un vehículo que avanzaba desde el extremo del bulevar. Frenó frente al hotel. Un hombre bajó y tendió la mano a una muchacha que, ignorándole, saltó a tierra. La joven, ataviada al estilo de Alphanor, era la antigua pupila de Navarth, conocida como Zan Zu, Drusilla y otros nombres.

Navarth la llevó aparte y la asedió a preguntas. ¿Qué le había ocurrido? ¿Dónde había estado? Drusilla no le pudo contar mucho. Había sido conducida a la fuerza a un coche aéreo por un hombre de ojos saltones, transferida a una nave espacial y puesta bajo la custodia de tres mujeres de semblante severo. Cada una portaba un pesado anillo de oro; una vez que el veneno contenido en los anillos fue experimentado en un perro, no hubo necesidad de amenazas o advertencias.

Drusilla fue llevada a Avente y alojada en el espléndido hotel Tarquin. Las mujeres vigilaban como halcones al acecho, hablaban poco, no se alejaban más de dos o tres pasos y los anillos de oro centelleaban siniestramente. La acompañaron a conciertos, restaurantes, desfiles de moda, cines, museos y galerías de arte. Insistían en que comprara vestidos, se tiñera la piel y se embelleciera. Drusilla se resistía con tozudez; a pesar de ello, las mujeres compraron trajes, le tiñeron la piel y le arreglaron el pelo. Drusilla se desquitó encorvándose, dejándose caer y tratando de comportarse con la mayor grosería. Por fin, las mujeres la condujeron al espaciopuerto; subieron a una nave que puso rumbo al Grupo de Sirneste y al planeta Sogdian. Llegaron a la agencia de Rubdan Ulshaziz al mismo tiempo que otro invitado al Palacio del Amor, Milo Ethuen, que permaneció en la compañía de Drusilla durante el resto del viaje. Las tres mujeres, una vez la nave hubo aterrizado en Kouhila, volvieron a Atar con Zog. Navarth y Gersen examinaron a Ethuen, que se había sentado en la terraza con los demás; un hombre no muy diferente de Tanzel y Mario, de cara meditabunda, cabello oscuro, brazos largos y manos finas.

El director del hotel salió a la terraza.

-Damas y caballeros, es un placer anunciarles que la espera se ha terminado. Todos los invitados del Margrave se hallan reunidos aquí; ahora continuarán su viaje hacia el Palacio del Amor. Síganme, por favor; les acompañaré a su vehículo.

11

Extracto de un debate televisado que tuvo lugar en Avente, Alphanor, el 10 de julio de 1521, entre Gowman Hachieri, Consejero de la Liga para el Progreso Planificado., y Slizor Jesno, Miembro del Instituto de Grado 98:

«HACHIERI: ¿Admite usted que el Instituto planea el asesinato de las personas que intentan modificar la condición humana?

»JESNO: Usted escamotea el problema.

»HACHIERI: ¿Sería capaz de matar a alguien?

»JESNO: Me aburre discutir de teorías tácticas. Tales hechos ocurren con muy escasa frecuencia.

»HACHIERI: Pero ocurren.

»JESNO: Sólo en el caso de flagrantes ofensas contra el organismo humano.

»HACHIERI: ¿No es un poco arbitraria su definición de ofensa? ¿No será que ustedes se oponen lisa y llanamente a los cambios? ¿No se han vuelto conservadores hasta el punto de estancarse?

JESNO: No... a las tres preguntas. Queremos una evolución orgánica natural. La raza humana, no hace falta decirlo, adolece de imperfecciones. Cuando elementos de la raza intentan remediar estos males (crear un "hombre ideal" o una "sociedad ideal"), se produce una sobrecompensación en una u otra dirección. Las imperfecciones y la reacción contra las imperfecciones crean un factor distorsionador, un filtro, y el resultado final es más enfermizo que el primitivo. La evolución natural (la lenta erosión que el hombre inflige a su entorno) ha mejorado lenta pero definitivamente la raza. Nunca habrá un hombre óptimo, ni una sociedad óptima. Pero tampoco la pesadilla del hombre artificial o del "progreso planificado" que la Liga propugna: no en tanto la raza humana genere el conjunto altamente activo de anticuerpos conocido como el Instituto.

»HACHIERI: Un discurso altisonante. Superficialmente persuasivo. Tejido con falacias sensibleras. Ustedes quieren que el hombre evolucione mediante "la erosión de su entorno". La Liga es parte del entorno. Somos naturales; ni artificiales ni enfermizos. Los males del Oikumene no son, de ninguna manera, oscuros o misteriosos; se pueden remediar. Nosotros, los hombres de la Liga, proponemos entrar en acción. No nos importa que nos intimiden o traten de disuadirnos. Si nos amenazan, tomaremos medidas para protegernos. No estamos indefensos. El Instituto ha tiranizado a la sociedad durante mucho tiempo. Ya es hora de que nuevas ideas impregnen la comunidad humana. »

En la parte trasera del hotel esperaba un largo ómnibus de seis ruedas y techo de seda rosada. Entre burlas, risas y réplicas agudas, los invitados (once hombres y diez mujeres) subieron y se acomodaron sobre almohadones de raso púrpura. El autocar cruzó el canal y se dirigió al sur, dejando atrás Kouililha y sus altas torres.

Durante una hora vieron pasar ciudades, granjas y huertos. A lo lejos se divisaba una línea de colinas boscosas, y se desataron toda clase de especulaciones sobre la localización exacta del Palacio del Amor. Hygen Grote no tuvo reparos en pasar a la cabina y preguntar al conductor. Era la mujer adusta del uniforme pardo y negro. Reprendió con dureza a Hygen Grote, que retornó a su asiento gruñendo y sacudiendo la cabeza. El autocar subió hacia las colinas bajo árboles altos en forma

de paraguas, provistos de lustrosos troncos negros y hojas circulares amarilloverdosas. De algún lugar indeterminado llegaba el canto melodioso de los pájaros; enormes mariposas blancas revoloteaban en las sombras, cada vez más espesas y perfumadas de líquenes y otras especies. Cuando el autocar llegó a la cumbre se desplegó ante los ojos de los viajeros toda la brillantez del sol que caía a raudales; enfrente se abría un inmenso océano azul. El vehículo descendió por una carretera tortuosa y estrecha, y se detuvo en un muelle. Un yate de casco transparente, cubierta azul y superestructura de metal blanco aguardaba. Cuatro camareros uniformados de azul oscuro y blanco ayudaron a bajar a los invitados, les condujeron a un edificio formado por bloques de coral blanco y les invitaron a cambiar de ropa: trajes blancos, sandalias de cuerda y gorras blancas de lino. Los druidas adujeron enérgicamente sus convicciones religiosas. Se negaron en redondo a despojarse de sus capuchas y por fin abordaron el yate, los hombres con chaquetas y pantalones blancos, las mujeres con faldas y chaquetas blancas, y todos encapuchados como antes.

Era la hora del ocaso; el yate no zarparía hasta el amanecer. Los pasajeros se agruparon en el salón, donde se les sirvieron combinados a; estilo terrestre. Los dos druidas adolescentes, Hule y Bilika, iban con la capucha bastante alzada y recibieron duras reprimendas.

Después de la cena, los jóvenes -Mario, Tanzel y Ethuen- jugaron al tenis con Tralla y Mornice. Drusilla vagaba desconsoladamente cerca de Navarth, que mantenía la más extraña de las conversaciones con la druida Laidig. Gersen estaba sentado algo apartado y miraba, especulando acerca de sus responsabilidades y a quién se las debía. A veces, desde el otro lado de la estancia, Drusilla clavaba su vista en él con tristeza. Estaba claro que temía al futuro. «Con buenas razones», pensó Gersen. No encontraba la manera de tranquilizarla. Zuly la bailarina, grácil como una anguila blanca, se paseaba sobre cubierta con Torrace da Nossa. Skebou Diffiani, el nativo de Quantique, se acodaba en la borda, sumido en los misteriosos pensamientos de su raza, y dirigía ocasionales miradas desdeñosas a Da Nossa y Zuly.

Bilika fue a hablar con Drusilla, seguida de Hule, que manifestaba cierto interés por Drusilla. Bilika, algo ruborizada, había probado el vino. Llevaba la capucha cuidadosamente descompuesta para exhibir su rizado cabello castaño, situación que no pasó desapercibida a la druida Laidig que, sin embargo, no podía deshacerse de Navarth.

Margary Liever charlaba con Hygen Grote y su compañera Doranie, hasta que ésta se aburrió y fue a pasear por la cubierta. Allí, con el consiguiente enfado de Grote, se le unió Lerand Wible.

Los druidas fueron los primeros en irse a la cama, seguidos por Hygen Grote y Doranie.

Gersen salió a cubierta y contempló el brillo de las estrellas del Grupo Sirneste. Al sur y al este se levantaban las olas de un océano del que desconocía el nombre. A corta distancia Skebou Diffiani se apoyaba en la barandilla y dejaba vagar su mirada por el mismo océano... Gersen volvió adentro. Drusilla se había ido a su camarote. Los camareros habían preparado en el aparador carne, queso, aves, gelatina y una selección de vinos y licores.

Zuly conversaba en voz baja con Torrace da Nossa. Margary Liever se sentaba sola, una pálida sonrisa en su cara; ¿acaso no estaba cumpliendo su deseo más ardiente? Navarth estaba algo bebido y andaba contoneándose, acechando la oportunidad de llevar a cabo una escena dramática. Pero los demás parecían sosegados y no le daban el menor pie. Navarth levantó las manos y se fue a la cama, derrotado. Gersen, después de una última mirada, le imitó.

Gersen se despertó a causa del balanceo del yate. Hacía poco que había amanecido: el sol penetraba en el camarote a través de la sección del casco sobre la línea de flotación. Por debajo fluían las aguas azules que el sol todavía no iluminaba.

Gersen se vistió, fue a la sala y descubrió que era el primero en levantarse. Se veía tierra a cuatro o cinco millas a estribor: una playa estrecha bordeada de árboles, detrás unas colinas bajas, y al fondo la silueta de unas montañas púrpura.

Gersen se preparó el desayuno. Mientras comía entraron algunos de los invitados, y al poco rato se presentó el resto. Se pusieron a devorar carne asada, pasteles, bebieron infusiones y expresaron su sorpresa ante el maravilloso escenario y la suavidad con que se movía el yate.

Después de desayunar, Gersen subió a cubierta acompañado de Navarth, ridículo con su traje blanco. El día era perfecto. El sol arrancaba reflejos del oleaje, las nubes se elevaban por encima del horizonte. Navarth escupió a un lado, contempló el sol, el cielo, el mar.

-El viaje comienza, inocente y puro, como debe ser.

Gersen comprendió el significado de las palabras de Navarth demasiado bien, pero no hizo comentarios.

-No importa lo que piense usted de Vogel; sabe hacer bien las cosas -dijo Navarth en un tono aún más lóbrego.

Gersen examinó los botones dorados de su chaqueta. Parecían simples botones.

-Artículos de este tipo suelen disimular micrófonos -respondió a la mirada desconcertada de Navarth.

-No creo -rió Navarth-. Es posible que Vogel esté a bordo, pero no perderá el tiempo con tales artilugios. Tendría miedo de escuchar algo desagradable. Le estropearía el viaje.

- ¿Cree que está a bordo?

-Está a bordo, no tema. ¿Se perdería una experiencia como ésta? ¡Nunca! Pero ¿quién será?

-Ni usted, ni yo, ni los druidas. Tampoco Diffiani.

-No puede ser Wible, un tipo diferente por completo, demasiado joven, bien parecido y robusto. No puede ser Torrace da Nossa, aunque existe una mínima posibilidad, al igual que con los druidas. Pero yo diría que no.

-Sólo quedan tres. Los hombres altos y morenos.

-Tanzel, Mario, Ethuen. Podría ser cualquiera de ellos.

Se volvieron para examinar a los tres hombres. Tanzel estaba de pie en la proa y contemplaba el océano. Ethuen se había arrellanado en una silla y hablaba con Billika, que adoptaba un comportamiento mezcla de turbación y placer. Mario, el último en levantarse, había terminado de desayunar y apareció en cubierta. Gersen intentó compararlos con los datos que tenía de Viole Falushe. Todos eran estirados, incluso elegantes, todos podían haber sido el Candidato Número 2, el asesino vestido de arlequín que había huido por piernas de la fiesta de Navarth.

-Cualquiera podría ser Viole Falushe - señaló Navarth.

- ¿Qué le pasa a Zan Zu, Drusilla, o como se llame?

-Está predestinada.

Navarth alzó las manos al aire y se marchó.

Gersen miró en dirección a Drusilla, que hablaba con Hule, el joven druida. Llevado por la emoción se había echado la capucha hacia atrás. Un chico hermoso: serio, con un aspecto de tensión interna que debía seducir a las mujeres. De hecho, Drusilla le estaba examinando con cierto interés. La druida Wust ladró una orden perentoria. Hule se tapó con la capucha y desapareció cabizbajo.

Gersen fue al encuentro de Drusilla. Ella le dio una bienvenida forzada.

-Je sorprendió vernos en el hotel? -preguntó Gersen.

-No esperaba veros otra vez. ¿Qué me va a suceder? ¿Por qué soy tan importante?

Gersen, sospechando todavía la existencia de micrófonos ocultos, habló con cautela:

-No sé lo que pasará. Te protegeré si puedo. Eres importante por tu parecido con una chica a la que Viole Falushe amó hace tiempo y que le rechazó. Es posible que se halle a bordo del yate, como un pasajero más. Así que debes ir con mucho tiento.

-¿Cuál?

Drusilla paseó una mirada temerosa por la cubierta.

-Je acuerdas del hombre que había en la fiesta de Navarth?

-Sí.

-Tiene que ser un hombre muy parecido a aquél.

-No sé qué precauciones tomar -dijo Drusilla con una mueca-. Me gustaría ser otra persona. -Miro por encima del hombro-. Sácame de aquí.

-Ahora no.

-¿Por qué he tenido que ser yo?

Drusilla se mordió el labio.

-Te respondería si supiera quién eres en realidad. Jan Zu? ¿Drusilla Wayles? ¿Jheral Tinzy?

-No soy ninguna de ellas -contestó la muchacha con voz contrita.

-¿Quién eres?

-No lo sé.

-¿No tienes nombre?

-Un hombre me llamó Spooky en el salón... Casi no parece un nombre. Prefiero Drusilla Wayles. -Fijó la mirada en él-. No eres periodista, ¿verdad?

-Soy Henry Lucas, un monomaniaco. Y no debo hablar mucho rato contigo. Ya sabes por qué.

-Como quieras...

La cara de Drusilla perdió todo rastro de animación.

-Trata de identificar a Viole Falushe. Querrá hacer el amor contigo. Si le rechazas esconderá su despecho, pero puedes reconocerle por una mirada, una amenaza, un rasgo familiar... Es posible que flirtee con alguien y te espíe para ver tus reacciones.

-No lo entiendo muy bien.

Drusilla volvió a morderse el labio.

-Haz todo lo que puedas, pero cuídate. No te busques más problemas. Aquí viene Tanzel.

-Buenos días, buenos días -dijo Tanzel alegremente. Se dirigió a Drusilla-: Tiene el aspecto de haber perdido a su último amigo. Esto no sucederá mientras Harry Tanzel continúe a bordo. ¡Ánimo! Vamos en camino del Palacio del Amor.

-Lo sé -asintió Drusilla.

-El lugar adecuado para una chica bonita. Yo me encargaré de enseñarle todas las cosas de interés, si puedo librarme de todos mis competidores.

-No habrá competición -rió Gersen-. Mi trabajo ocupa todo mi tiempo, por desgracia.

-¿Trabajo? ¿En el Palacio del Amor? ¿Practica el ascetismo? -Soy periodista. Preparo una colección de artículos para *Cosmópolis*

- ¡Ni se le ocurra nombrarme! -le advirtió con sorna Tanzel -. Algún día me casaré; no soportaría vivir con fama de libertino.

-Seré discreto.

-Bien. Venga conmigo -Tanzel cogió a Drusilla por el brazo-. Le ayudaré con sus ejercicios matinales. ¡Cincuenta vueltas a la cubierta!

Se alejaron, no sin que antes Drusilla dedicara una última mirada de desamparo a Gersen.

Navarth se materializó a su lado.

-Es uno de ellos. ¿Será ése?

-No lo sé. Ha empezado con mucha fuerza.

El yate surcó las aguas bañadas por el sol durante tres días, tres plácidos días para Gersen, a pesar de que la hospitalidad partiera de un hombre al que quería matar. Las horas se deslizaban perezosamente, el aislamiento producía en ocasiones la sensación de estar viviendo un sueño, y la personalidad de todos se intensificaba, como algo más fuerte que la vida. El comportamiento se relajó: Hule terminó prescindiendo de la capucha; Billika, con más titubeos, hizo lo mismo, y Zuly se ofreció para arreglarle el pelo. Billika aceptó con un suspiro de abandono hedonístico. Zuly corto y peinó, y logró acentuar el brillo y la belleza de los grandes ojos de Billika hasta el punto de asombrar a todos los hombres del yate. La druida Laidig gritó de rabia; la druida Wust chasqueó la lengua; los dos druidas se quedaron boquiabiertos, pero el resto de la gente les rogó que no riñeran a la muchacha. Era tal la alegría y la cordialidad reinantes que la druida Laidig acabó riéndose de Navarth, momento que Billika aprovechó para desaparecer sin hacer ruido. Al poco rato, la druida Laidig dejó caer su capucha hacia atrás, imitada en seguida por el druida Dakaw. El druida Pruitt y la druida Wust se aferraron al rigor de sus costumbres, pero toleraron la negligencia de los otros sin más consecuencias que alguna mirada despreciativa o comentarios sarcásticos murmurados en voz baja.

Tralla, Mornice y Doranie, al notar la atención que se prestaba a las chicas más jóvenes, acentuaron su entusiasmo y su alegría, como dando a entender que no rechazarían ninguna proposición.

Cada mañana el yate se detenía y flotaba a la deriva. Todos los que querían se lanzaban a las límpidas aguas, mientras los otros les miraban a través del casco de vidrio. Entre estos últimos se contaban los druidas

de inayor edad, Diffiani (que no participaba en ninguna actividad, salvo comer y beber), Margary Liever, que profesaba un miedo mortal al fondo del mar, y Hygen Grote, que no sabía nadar. Los demás, incluido Navarth, se ponían los trajes de baño que habían encontrado en el yate y se zambullían en las aguas calientes del océano.

Al atardecer, Gersen llevó a Drusilla hacia la proa, absteniéndose de cualquier contacto íntimo que pudiera enfurecer a Viole Falushe, caso de que fuera testigo. Drusilla aparentaba no estar sujeta a tales trabas, hasta el extremo de que Gersen se sintió inquieto ante la sospecha de que la joven se había encaprichado de él. Gersen luchó contra sus instintos, débil como otro cualquiera ante las mismas circunstancias. Aun si acababa con Viole Falushe, ¿qué sucedería después? No había lugar para Drusilla en el severo futuro que le aguardaba. Pero la tentación existía. Drusilla, con toda su melancolía y sus súbitos estallidos de alegría, era fascinante... Pero las circunstancias eran invariables, y Gersen desvió la conversación hacia los asuntos que se llevaban entre manos. Drusilla no había notado nada especial. Mario, Ethuen y Tanzel la colmaban de atenciones. Obedeciendo a Gersen, no había concedido sus favores a nadie. Mario se reunió

con ellos mientras contemplaba la puesta de sol desde la proa. Gersen se excusó al cabo de pocos segundos y siguió paseando. Si Mario era Viole Falushe no convenía enemistarse con él. Si no lo era, Viole Falushe, que estaría al acecho, comprendería que Drusilla no se decantaba por nadie en particular.

La mañana del cuarto día el yate se deslizó entre pequeñas islas de vegetación exuberante. A mediodía se aproximó a tierra firme y fondeó en un muelle. El viaje había terminado. Los pasajeros desembarcaron de mala gana y la mayoría no dejaron de mirar atrás con nostalgia; Margary Liever lloraba sin disimulo.

Los invitados recibieron nuevas vestimentas en un edificio adosado al muelle. A los hombres se les adjudicaron blusas anchas de terciopelo de los colores más suaves y exquisitos (verde musgo, azul cobalto, marrón oscuro) y pantalones anchos de terciopelo negro ceñidos bajo la rodilla con cintas escarlata. Las mujeres se ataviaron con blusas del mismo estilo, pero en tonos más pálidos y faldas a rayas que hacían juego con las blusas. También se les proporcionaron a todos por igual boinas cuadradas y anchas de terciopelo suave con una intrigante borla.

Cuando terminaron de vestirse se les sirvió la comida, y luego fueron conducidos hasta un gran carromato de madera movido por seis ruedas verdes y doradas y cubierto por un toldo de color verde oscuro que sostenían varas espirales de bellísima madera oscura.

El carromato tomó una carretera a orillas del mar. A media tarde, el vehículo se desvió por una ruta interior que atravesaba colinas herbosas salpicadas de flores, y perdieron de vista el océano.

No tardaron en ver árboles, altos y aislados, muy parecidos a los de la Tierra, aunque podían ser autóctonos, matas y bosquecillos. Al caer la tarde, el carromato se detuvo ante uno de estos bosquecillos. Los invitados se acomodaron en un albergue construido sobre las copas de los árboles; una especie de precario ascensor les elevó hasta pequeñas casitas de mimbre enclavadas en los árboles.

La cena fue servida en el suelo a la luz de un gran fuego chisporroteante. El vino parecía más fuerte de lo habitual, o quizá todos tenían ganas de beber, todos exultaban de júbilo, como si los veintiuno fueran las únicas personas vivas en el universo. Los brindis fueron numerosos, incluido uno a «nuestro invisible anfitrión». En ningún momento se mencionó el nombre de Viole Falushe.

Un grupo de músicos provistos de violines, guitarras y flautas hizo aparición; tocaron salvajes y desgarradas canciones que hacían latir con más fuerza el corazón y vacilar la cabeza. Zuly se levantó de un salto e improvisó una danza tan salvaje y sensual como la música.

Gersen se obligó a permanecer sobrio: lo más importante en momentos como éste era observar. Vio que Lerand Wible le susurraba unas palabras a Billika; la chica

no tardó en desaparecer entre las sombras, seguida de] hombre. Los druidas de ambos sexos estaban absortos en la música, la cabeza baja y los ojos medio cerrados. Sólo Hule había percibido el hecho. Miraba pensativamente en la dirección que ambos habían tomado; luego se acercó a Drusilla y murmuró algo en su oído.

Drusilla sonrió. Dirigió una fugaz mirada a Gersen y dijo algo en voz baja. Hule asintió sin entusiasmo, se sentó cerca de la joven y le pasó un brazo por la cintura.

Pasó media hora. Wible y Billika volvieron a integrarse en el grupo. La chica tenía los ojos brillantes y la boca húmeda. Sólo un instante después, la druida Laidig pareció acordarse de Billika y trató de localizarla. Allí estaba Billika. Algo no iba bien, había un detalle nuevo, diferente. La druida Laidig lo presintió, pero era incapaz de verlo. Su sospecha se disipó y volvió a concentrarse en la música.

Gersen observó a Mario, Ethuen y Tanzel. Estaban sentados con Tralla y Mornice, pero no apartaban la vista de Drusilla. Gersen se mordió los labios. Viole Falushe, si en verdad se hallaba con los invitados, no parecía dispuesto a desvelar su identidad...

Vino, música, el resplandor del fuego... Gersen se recostó, temeroso de verse atrapado en el vértigo. ¿Quién, entre los integrantes del grupo, estaba al acecho, atento a cualquier movimiento? ¡Esa persona sería Viole Falushe! Gersen no advirtió síntomas semejantes en nadie. El druida Dakaw dormía. La druida Laidig había desaparecido de vista. Skebou Diffiani también se encontraba ausente. Gersen rió por lo bajo y se inclinó hacia Navarth para compartir la broma, pero luego lo pensó mejor. El fuego se convirtió en cenizas; los músicos se desvanecieron como personajes de un sueño. Los invitados se levantaron y subieron hasta sus cabañas de mimbre. Gersen no tenía conocimiento de que se hubieran producido otras citas amorosas.

Cuando por la mañana los invitados se reunieron para desayunar observaron que el carromato ya no estaba, y se preguntaron qué medio de transporte se les ofrecería a continuación. Terminado el desayuno, un lacayo señaló un sendero.

¡Iremos por ahí; yo me encargo de guiarles. Si están dispuestos, sugiero que partamos, pues queda mucho por andar antes de que anochezca.

-¿Quiere decir que vamos a caminar? -preguntó estupefacto Hygen Grote.

-Exactamente, lord Grote. No hay otra forma de llegar a nuestro destino.

-Nunca supuse que nos iríamos con tantos rodeos -se lamentó Grote-. Pensé que un coche aéreo nos transportaría hasta el Palacio del Amor.

-No soy más que un criado, lord Grote; no puedo ofrecerle ninguna explicación.

Grote le dio la espalda, todavía disgustado, pero no tenía elección. En seguida recobró los ánimos y fue el primero en empezar a cantar una antigua canción que su fraternidad de la Universidad de Lublinken entonaba en las excursiones.

Ascendieron colinas bajas, atravesaron claros y arboledas. Se adentraron en un extenso prado, provocando que muchos pájaros levantaran el vuelo; bajaron por un valle y desembocaron en la orilla de un lago, donde comieron.

El lacayo no les permitió demorarse.

-Nos espera un largo camino, y no podemos caminar muy rápido para no fatigar a las damas.

-Yo ya estoy cansada -le espetó la druida Wust-. No pienso dar ni un paso más.

-Los que así lo deseen pueden volver. El sendero es llano y hay un equipo preparado para asistirte a lo largo del camino. Pero ya es hora de que el resto nos vayamos. La tarde caerá pronto y el viento empieza a levantarse.

Una brisa impregnada de humedad agitaba las aguas del lago y tímidas nubes despuntaban por el oeste.

La druida Wust se decantó por seguir con el grupo, y todos emprendieron la marcha siguiendo la orilla del lago. El sendero se desvió en seguida, remontó una pendiente y cruzó un parque de gigantescos árboles y alta hierba. El grupo caminaba con el viento a sus espaldas. Al declinar el sol divisaron una cadena de montañas, y pararon para tomar pastas y té. Luego continuaron la caminata. El viento susurraba entre las ramas.

Mientras el sol se hundía detrás de las montañas el grupo se adentró en bosques espesos y húmedos que se iban oscureciendo a medida que el sol desaparecía.

Andaban a paso lento; las mujeres mayores estaban cansadas, aunque la única en lamentarse era la druida Wust. La druida Laidig exhibía una expresión severa, y Margary Liever se arrastraba con su tímida sonrisa de costumbre. Hygen Grote se hallaba sumido en un hosco silencio, que sólo rompía para dirigir alguna lacónica palabra a Doranie.

Los bosques parecían no tener fin; el viento, bastante frío, rugía entre las ramas más altas. El crepúsculo invadió las montañas; el grupo desembocó por fin en un claro en el que descollaba un antiguo refugio de montaña construido con madera y piedra. Luces amarillas parpadeaban detrás de los ventanales, y brotaba humo de la chimenea. Les alentó la promesa de] calor, la comida y un clima de buen humor.

Y así sucedió. Los cansados viajeros subieron los escalones de piedra que llevaban al portal y entraron en un iluminado y amplio salón con el suelo cubierto

de brillantes alfombras y un hogar en el que llameaba una espléndida hoguera. Algunos de los invitados se desplomaron sobre unas cómodas sillas, y algunos prefirieron subir directamente a sus habitaciones para refrescarse. De nuevo les proporcionaron vestidos: pantalones negros y chaquetas cortas con una faja de color pardo oscuro para los hombres; y vestidos largos de color negro para las mujeres, aparte de flores blancas para adornarse el pelo.

Los que se habían vestido y bañado volvieron al salón para envidia de los que continuaban sentados y sucios, pero no tardaron en estar todos limpios y ataviados con sus nuevas ropas.

Se les sirvió vino templado y una espléndida cena al estilo de los bosques (gulash, pan, queso y vino tinto). Las penurias del día se olvidaron rápidamente.

Después de cenar, los huéspedes se sentaron en torno al fuego para tomar los licores, y se entabló una animada conversación en la que cada uno expuso sus ideas sobre el lugar en que estaría emplazado el Palacio del Amor. Navarth adoptó una actitud teatral frente al fuego.

-¡Está muy claro! -gritó con voz potente y metálica-. ¿O no lo está? ¿Es que nadie lo comprende, o queréis que el viejo Navarth os ilumine?

-¡Habla, Navarth! -chilló Ethuen-. Revela tus más recónditos pensamientos. ¿O prefieres reservarlos para tus placeres privados?

-Jamás tuve esa intención; todos sabrán lo que yo sé, y todos sentirán lo que yo siento. Estamos a mitad del viaje, el punto en que la despreocupación, la amplitud de miras y la tranquilidad se pierden con facilidad. El viento azota nuestras espaldas y nos empuja hacia los bosques. ¡Nuestro refugio es el medievalismo!

-Vamos, viejo -se burló Tanzel -. Habla de manera que te entendamos.

-Los que quieran entenderme, lo harán; los que no, jamás lo conseguirán. Pero todo está muy claro. ¡El que sabe, sabe!

La druida Laidig, hastiada de hipérboles, habló con mal humor.

-¿El que sabe qué? ¿Quién sabe qué?

-¿Qué somos todos sino nervios ambulantes? ¡El artista conoce la articulación de un nervio con otro nervio!

-Habla sólo para usted -murmuró Diffiani.

Navarth realizó una de sus extravagantes gesticulaciones.

-He ahí un poeta como yo. ¿No fui yo su maestro? Cada tormento del alma, cada padecimiento de la mente, cada susurro de la sangre...

-¡Navarth, Navarth! -gruñó Wible-. ¡Ya es suficiente! Cambiemos de tema. Aquí estamos, en esta casa vieja y extraña, perfecto refugio de fantasmas y espectros.

-Así dice nuestra tradición -habló el druida Pruitt en tono sentencioso-: cada hombre y cada mujer es una semilla viviente. Cuando llega el tiempo de la siembra es enterrado y cubierto, y por fin brota como un árbol; y cada alma es diferente. Hay abedules, robles, lavengars, pinos negros...

La charla continuó. Los más jóvenes y animosos exploraron el viejo edificio y jugaron al escondite en el gran salón, entre las ondulantes cortinas de color ámbar.

La druida Laidig comenzó a sentirse intranquila, y estiró el cuello para localizar a Billika. Luego se puso en pie y la buscó por todas partes hasta dar con ella. La muchacha se mostraba abatida. La druida Laidig murmuró algo a la druida Wust, que se levantó de un salto y se encaminó al salón. Se oyó el retumbar de unas voces acrecentadas por el eco, luego se hizo el silencio, y un momento después la druida Wust regresó con Hule, que parecía muy disgustado.

Tres minutos más tarde Drusilla volvió al salón, ruborizada y con los ojos brillantes de alegría. El vestido oscuro se amoldaba perfectamente a sus formas; nunca había estado más bella. Cruzó la estancia y se sentó junto a Gersen.

- ¿Qué ha ocurrido?

-Jugamos en el vestíbulo. Me escondí con Hule y vigilé, tal como me dijiste, quién se enfadaba más.

-¿Y quién fue?

-No lo sé. Mario dice que me ama. Tanzel reía, pero estaba triste. Ethuen no decía nada, ni tampoco me miraba.

-¿Qué estabas haciendo para disgustarlos? Recuerda que es peligroso frustrar a la gente.

-Sí. -Drusilla frunció la boca-. Me olvidé... Debería sentirme asustada... Me siento asustada cuando pienso en ello. Pero tú me cuidarás, ¿verdad?

-Lo haré si puedo.

-Podrás. Yo sé que podrás.

-Ojalá sea cierto... Bien, ¿qué podía molestar a Mario, Tanzel y Ethuen?

-Nada importante. Hule y yo estábamos sentados en un sofá apoyado en la pared. Hule quiso darme un beso y yo se lo permití. Las druidas nos sorprendieron y colmaron a Hule de reproches. Me dijeron algunos nombres... ramera, Lilith, ninfa...

Drusilla imitó la peculiar voz rasposa de Wust a la perfección.

- ¿Y todos lo oyeron?

-Sí, todos lo oyeron.

- ¿Quién parecía más irritado?

-No lo sé con exactitud. Mario es el más tranquilo, Ethuen el de peor humor, Tanzel es sarcástico a veces.

Por lo visto, pensó Gersen, se había perdido muchas cosas.

-Será mejor que no te escondas con nadie, ni siquiera con Hule. Sé amable con los tres, pero sin dar esperanzas a ninguno.

-Estoy realmente asustada. -Drusilla palideció-. Cuando estaba con las tres mujeres, pensé que me escaparía a la menor ocasión, pero temía sus anillos envenenados. ¿Crees que me habrían matado?

-No lo sé. Por ahora, vete a la cama y duerme. Y no le abras la puerta a nadie.

Drusilla se levantó. Dedicó una última mirada enigmática a Gersen, subió los peldaños que llevaban al piso superior y entró en su habitación.

Los miembros del grupo se fueron marchando poco a poco hasta que Gersen se quedó solo frente al fuego moribundo, a la espera de algo que desconocía... Las luces del piso superior habían disminuido de intensidad; una balastrada obstaculizaba su visión. Una sombra se deslizó hacia la puerta de una de las habitaciones, la abrió rápidamente y cerró.

Gersen esperó otra hora, mientras el fuego se consumía y el viento salpicaba de lluvia los ventanales. No había rastro de actividad. Gersen se marchó a la cama.

La habitación en la que se había introducido el visitante furtivo, advirtió Gersen por la mañana, era la de Tralla Callob, la estudiante de sociología. Trató de discernir en quién se posaban sus ojos más a menudo, pero no sacó ninguna conclusión.

Todos se habían vestido de manera similar: pantalones de gamuza gris, blusa negra, chaqueta marrón y un complicado sombrero que recordaba un casco, provisto de orejeras que colgaban flojamente.

El desayuno, como la cena, era sencillo y sustancioso. Mientras comían, los viajeros lanzaban miradas de aprensión al cielo. Capas deshilachadas de niebla cubrían la montaña. El ciclo sobre sus cabezas se veía encapotado, rompiéndose hacia el este en desgajadas masas de nimbos. El panorama no era muy prometedor.

Después del desayuno, el lacayo reunió a los viajeros sin responder a sus preguntas.

-¿Cuánto rato tendremos que caminar hoy? -planteó Hygen Grote.

-De veras que no lo sé, señor. Nunca me han especificado la distancia. Pero cuanto antes nos vayamos, antes llegaremos.

-Esto no es lo que yo esperaba, desde luego -resopló Hygen Grote-. Bien, estoy tan preparado como siempre.

El sendero seguía hacia el sur desde el claro; antes de que el sombrío refugio se perdiera de vista, todos le dedicaron una mirada de despedida.

Durante horas atravesaron los bosques. El cielo seguía cubierto. La pálida luz gris que se infiltraba entre los árboles teñía el musgo, los helechos y las escasas flores de un color muy especial. Empezaron a aparecer masas rocosas sembradas de líquenes negros y rojos. Pequeñas excrecencias de aspecto frágil, no muy diferentes de los hongos terrestres, brotaban en todas partes; no obstante, eran más altas, formadas por capas superpuestas, y exhalaban un perfume amargo cuando se las aplastaba.

El camino no tardó en ascender y los bosques quedaron atrás. Los viajeros se encontraron en una pendiente rocosa. Grandes montañas se perfilaban hacia el oeste. Se pararon a beber y descansar en un arroyuelo, y el lacayo distribuyó bizcochos dulces.

Al este se extendía el bosque, oscuro y sombrío; más arriba, las montañas. Hygen Grote volvió a maldecir las condiciones del viaje, y el guía se excusó en términos halagadores:

-Tiene mucha razón, lord Grote, pero como ya sabe no soy más que un simple criado, con las órdenes de proporcionarles un viaje lo más cómodo y entretenido posible.

- ¿Cómo puede ser cómodo y entretenido arrastrarse durante tantos kilómetros? - gruñó Grote.

-Vamos, Hygen -repuso Margary Liever-. El paisaje es maravilloso. Fíjate en el panorama. ¿No te gustó aquel romántico albergue? A mí sí.

- Estoy seguro de que ése es el deseo del Margrave -dijo el lacayo-. Y ahora, damas y caballeros, será mejor que prosigamos.

El sendero continuó remontando la pendiente; las druidas Laidig y Doranie fueron retrasándose, y el lacayo aminoró cortésmente el paso. El camino se adentró en una garganta rocosa y la subida se hizo menos pronunciada.

La comida, que consistió en sopa, bizcochos y salchichas, fue breve y austera. El viaje siguió. El viento empezó a barrer la ladera de la montaña, a veces con rachas frías. Nubes de color gris oscuro corrían hacia el este. Los viajeros ascendían penosamente la ladera; la ciudad de Kouhila, el yate de casco transparente, el carromato verde y dorado ya no eran más que lejanos recuerdos. Margary Liever no había perdido el humor, y Navarth sonreía mientras caminaba, como si rumiara una broma maliciosa. Hygen Grote se abstenía de lamentarse para no perder el aliento.

A media tarde la lluvia obligó al grupo a buscar refugio bajo un saliente rocoso. El cielo estaba oscuro; una luz gris irreal bañaba el paisaje. El color oscuro de sus vestimentas hacía que los viajeros parecieran confundirse con la piedra y la tierra de la montaña.

La senda penetró en un cañón rocoso. Los viajeros avanzaban en silencio, olvidadas las bromas y los placeres de los primeros días. Cayó sobre ellos un nuevo chaparrón, pero el guía lo ignoró porque la luz se desvanecía. El cañón se ensanchó, pero la ruta parecía bloqueada por un macizo muro de piedra, coronado por una fila de pinchos de hierro.

El guía se encaminó a un postigo de hierro negro, levantó una aldaba y la dejó caer. Después de un largo minuto, el portal se abrió con un chirrido y reveló la figura de un anciano encorvado vestido de negro.

-Aquí les dejo -anunció el lacayo a los viajeros-. El camino continúa; sólo es preciso seguirlo. Apresúrense, porque falta poco para que oscurezca.

Los miembros de la expedición fueron pasando de uno en uno por la abertura; el portal se cerró a sus espaldas. Durante unos instantes dieron vueltas como desorientados, mirando a todas partes. El lacayo y el viejo se habían marchado, no tenían a nadie que les dirigiera.

-Allí está el sendero -señaló Diffiani-. Sube hasta la cumbre.

Los viajeros reiniciaron su odisea. El camino atravesó un pedregal, cruzó un río y se desvió de nuevo hacia el espacio abierto azotado por el viento. Por fin, al caer la noche, el sendero desembocó en la cresta. Diffiani, a la cabeza del grupo, señaló a lo lejos:

-Luces. Algún tipo de refugio.

El grupo se lanzó adelante con renovados bríos, encogidos para aguantar mejor la embestida del viento, las cabezas inclinadas a causa de la lluvia. Un edificio de piedra bajo y alargado se recortaba contra el cielo; por una o dos de las ventanas surgían destellos de una luz pálida y amarillenta. Diffiani encontró una puerta y la golpeó con el puño.

Se abrió con un chirrido y una mujer se asomó.

-¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué llegan tan tarde?

-Somos viajeros, invitados al Palacio del Amor -gritó Hygen Grote-. ¿Es éste el camino?

-Sí, ése es el camino. Entren. ¿Se les esperaba?

- ¡Por supuesto que se nos esperaba! ¿Tenemos alojamientos aquí?

-Sí, sí -dijo la mujer con voz temblorosa-. Puedo proporcionarles camas, pero esto es el viejo castillo. Tenían que haber venido por el otro camino. Entren, de todas maneras. He de mirar lo que hay. Supongo que habrán cenado, ¿verdad?

-No -respondió Grote abatido-, no hemos cenado.

-A lo mejor aún quedan gachas. ¡Es una pena que haga tanto frío en el castillo!

Los viajeros pasaron a un patio estrecho alumbrado por un par de lámparas muy tenues. La mujer les acompañó de uno en uno a las habitaciones. Eran de techo muy alto y estaban distribuidas por varias alas del castillo, un edificio austero, tenebroso, decorado según el gusto de una tradición olvidada mucho tiempo atrás. La habitación de Gersen consistía en un catre y en una única lámpara de cristal rojo y azul. Tres de las paredes eran de hierro negro corroído por los años. La cuarta pared tenía paneles de madera oscura encerada y estaba cubierta de enormes máscaras grotescas. No había fuego ni calefacción; hacía mucho frío en la habitación.

-Cuando la cena esté lista le llamaré -dijo la anciana a Gersen, nerviosa y sin aliento- En el pasillo encontrará el baño, con un poco de agua caliente. Arrégleselas como pueda. -Y salió a toda prisa.

Gersen fue al cuarto de baño y probó la ducha; había agua caliente. Se despojó de sus vestimentas, se bañó y luego, en vez de cambiarse de ropa, se estiró en el camastro y se tapó con la colcha. Pasó el tiempo; Gersen escuchó un gong redoblar, nueve veces. Sería la cena... El calor de la ducha le había amodorrado, y cayó dormido. Escuchó vagamente otros diez toques de gong, luego once. No era la cena, desde luego... Gersen se dio la vuelta y se zambulló en el sueño.

Doce toques de gong. Una doncella de pelo rubio sedoso entró en la habitación. Llevaba un vestido de terciopelo azul muy ajustado a la piel y zapatillas de piel azules con las plantas forradas.

Gersen se incorporó en la cama.

-Hemos preparado la cena -dijo la doncella- Todos están reunidos para cenar. - Trajo un carrito con ropas-. Aquí tiene vestidos. ¿Necesita ayuda? -Sin esperar la respuesta le tendió a Gersen ropa interior. Pronto estuvo ataviado con hermosas telas de un estilo original, vistoso y complicado. La doncella peinó sus cabellos, aplicó colorete a sus mejillas y le perfumó- Mi señor está magnífico. Y ahora... una máscara, indispensable para esta noche.

La máscara consistía en un casco de terciopelo negro atado por debajo de las orejas, con una visera negra y protectores para la nariz y la barbilla; sólo los ojos, las mejillas y la boca quedaban al descubierto.

-Mi señor presenta un aspecto misterioso ahora -susurró la doncella-. Yo le guiaré, pues el camino sigue viejos pasillos.

Le llevó por una escalera azotada por una fuerte corriente de aire y anduvieron a lo largo de un húmedo pasadizo poblado de ecos con la más débil de las lámparas para iluminar el camino. Las paredes, pintadas en el pasado con magenta, plata y oro, estaban desconchadas y manchadas; las baldosas del suelo se habían partido... La doncella se detuvo frente a un macizo portal rojo. Miró de reojo a Gersen y se llevó un dedo a los labios. El pálido brillo de la luz arrancaba destellos de su vestido de terciopelo azul y de su pelo; parecía un ser producto de un sueño... una criatura demasiado exquisita para ser real.

-Señor -dijo-, ahí dentro se celebra el banquete. Le recomiendo que guarde el incógnito, pues ése es el juego que todos deben jugar y no debe decir su nombre a nadie.

Deslizó el portal a un lado. Gersen paso a una inmensa sala. De un techo tan alto que permanecía invisible colgaba una única araña que delineaba una isla de luz alrededor de una gran mesa preparada con lino, plata y cristal.

Una docena de personas enmascaradas vestidas de la forma más elegante se sentaban en torno a ella. Gersen las examinó, pero no reconoció a ninguna. ¿Eran

aquéllos sus compañeros de viaje? No estaba seguro. Entró más gente en la sala. Venían en grupos de dos y tres, todos cubiertos con máscaras y moviéndose como estupefactos.

Gersen reconoció a Navarth gracias a su inconfundible modo de andar. ¿Era Drusilla la chica? No estaba seguro.

Cuarenta personas habían entrado en la sala y se dirigían con paso lento hacia la mesa. Camareros con librea azul y plateada les acompañaban hasta sus asientos; trajeron vinos en bandejas de plata y lo sirvieron en las copas.

Gersen comió y bebió, consciente de una singular confusión, casi perplejo. ¿Dónde estaba y cuál era la realidad? Las fatigas del viaje parecían tan lejanas como la niñez. Gersen bebió más vino del que hubiera tomado en otras circunstancias... La araña estalló en una deslumbrante explosión de luz verde y luego se apagó. Los ojos de Gersen proyectaron sobreimágenes anaranjadas en la oscuridad; de la mesa se levantó un coro de susurros y exclamaciones de sorpresa.

La araña recobró lentamente la normalidad. Un hombre alto se irguió en su silla. Llevaba ropas negras y una máscara negra; alzaba una copa de vino en su mano.

-Invitados -dijo-, os doy la bienvenida. Soy Viole Falushe. Habéis llegado al Palacio del Amor.

12

Rara avis, negra máscara,

¿te quedarás a cenar conmigo?

Amanita botulina,

debajo de mi árbol favorito.

Esta linda bandeja de cloisonné

contiene mi más fino pachulí.

¡Ajá, querida! ¿ Qué tenemos aquí?

Una rata muerta en el popurrí.

Los canapés con mayonesa

adornados con huevas de esturión.

Con una púa dorada empujamos

la vacilante ostra a su perdición.

Un samovar de espantoso té:

¿una taza, o estás deshecho?

Antimonio, macarrones

sobre mi mesa de abeto.

-Hay muchas formas de amor -dijo Viole Falushe con voz afable y fuerte-. El abanico es amplio, y todas han contribuido a la creación de este palacio. No todos mis invitados lo descubren, y no todas las fases les son accesibles. Para algunos, el palacio no será más que un retiro de vacaciones. Otros quedarán hechizados por lo que se llama una belleza poco común. Está en todas partes: en cada detalle, en cada perspectiva. Otros se inflamarán de pasión, y esto merece una advertencia.

Gersen estudiaba a Viole Falushe extasiado. La alta figura enmascarada se erguía esbelta, firme, los brazos caídos a los costados. Gersen ladeó la cabeza de varias maneras para tratar de identificarlo, pero la luz de la araña, al incidir directamente sobre Falushe, desfiguraba sus rasgos.

- La gente que hallaréis en el Palacio del Amor es amable, alegre y bella, y se divide en dos categorías. La primera es la de los criados. Les complace obedecer cualquier deseo de mis invitados, cualquier antojo. cualquier capricho. La segunda clase, los felices mortales que viven en el palacio, pueden elegir sus amistades con tanta libertad como yo. Los distinguiréis por su vestimenta de color blanco. Vuestra capacidad de elección será muy amplia.

Gersen escudriñó la mesa en busca de Tanzel, Mario o Ethuen para eliminarlos de su lista de sospechosos, pero no logró identificarlos. De las cuarenta personas reunidas, al menos una docena eran de similares características. Devolvió su atención a las palabras de Viole Falushe.

-¿Existen restricciones? Una persona que enloqueciera y empezara a matar sería, por supuesto, reducida. Por otra parte, todos los aquí presentes apreciamos la intimidad, una de nuestras más deliciosas prerrogativas. Sólo una persona carente de sentido común violaría la voluntad de otra. Mis aposentos privados se encuentran lo bastante apartados para imposibilitar cualquier intrusión accidental.

Viole Falushe paseó su mirada alrededor de la mesa. Nadie habló; la expectación era demasiado intensa.

-Y ahora... ¡el Palacio del Amor! -continuó Viole Falushe-. En el pasado preparé pequeños dramas sin que los participantes se dieran cuenta. He modelado los comportamientos en una sucesión artística de hechos. He empleado contrastes trágicos para aumentar el deleite. En esta ocasión no hay nada programado. Podréis actuar en libertad, crear vuestro propio drama. Aconsejo prudencia. Las joyas poco comunes son las más preciosas. El grado de austeridad que practico os asombraría. Mi gran placer es la creación... nunca me cansa. Algunos de mis invitados se han quejado de la dulce melancolía que impregna la atmósfera; esto es cierto. Convendría buscar la explicación en la fugacidad de la belleza, en el trágico baile que a todos nos arrastra. Ignorad esta sensación; ¿por qué atormentarse, cuando tenemos al alcance de la mano tanto amor y tanta belleza? Tomad lo que se os ofrece; disipad los remordimientos. Dentro de mil años todo seguirá igual. El problema, vuestro problema, es saciarse. No puedo protegeros. Los criados están para servirlos; pedídes a ellos. Los residentes que visten de blanco están para flirtear..., para seducir. Os ruego que no os encaprichéis ni con el palacio ni con su gente; crearía serias dificultades. No me veréis, aunque espiritualmente siempre estaré con vosotros. No hay espías, ni micrófonos, ni cámaras ocultas. Censuradme, insultadme, alabadme, si es vuestro deseo... Yo no os oiré. Mi única recompensa es el acto de crear y el efecto que produce. ¿Queréis ver el Palacio del Amor? ¡Daos la vuelta en vuestros asientos!

La pared de enfrente se deslizó a un lado; la luz del día penetró a raudales en la sala. Ante los invitados se extendía un paisaje de inimaginable belleza: amplios céspedes, árboles colmados de hojas verdes, altos cipreses negros, espléndidos abedules; estanques, lagunas, urnas de mármol, pabellones, terrazas, rotondas de una arquitectura tan delicada y etérea que casi parecía flotar.

Gersen, como los demás, había quedado sorprendido ante la súbita apertura de la pared. Al recobrarse se puso en pie de un salto, pero el hombre vestido de negro había desaparecido.

Gersen fue en busca de Navarth.

-¿Quién era? ¿Mario, Tanzel, Ethuen?

-No me fijé. Buscaba a la chica. ¿Dónde está?

Gersen inspeccionó todos los rincones presa de la mayor angustia. Drusilla no se hallaba en la sala.

- ¿Cuándo la vio por última vez?

-Al llegar, en el patio.

-Confiaba en poder protegerla -murmuró Gersen-. Se lo dije. Ella confiaba en mí.

Navarth rechazó sus remordimientos con un gesto impaciente.

-Usted no podía hacer nada.

Gersen se acercó a la ventana y miró el panorama. A la izquierda se veía el mar y un grupo de islas lejanas. A la derecha las montañas se alzaban aún más altas y escarpadas, los precipicios cayendo en vertical hasta el fondo del valle. Abajo estaba el Palacio: una extensa agrupación de terrazas, edificios y lugares de recreo. Una puerta se deslizó a un lado y reveló una escalera descendente. Los invitados fueron bajando hacia el valle de uno en uno.

Los recintos del Palacio ocupaban un área hexagonal de tal vez un kilómetro y medio de lado. La base era el acantilado del norte; el Palacio estaba situado en su punto medio. El segundo lado, siguiendo la dirección de las agujas del reloj, lo demarcaba una línea de peñascos protegida en los intersticios por exuberantes matorrales espinosos. El tercer lado era la playa blanca y el mar de un profundo azul. El cuarto y el quinto no presentaban una clara definición y se confundían con el paisaje natural. El sexto lado, desviándose de vuelta al acantilado, lo constituía una fila de macizos florales muy bien cuidados y de árboles frutales bordeados por una tosca pared de piedra. En el interior del área había tres pueblos, innumerables claros, jardines y canales. Los invitados vagaban a sus anchas y empleaban los largos días como mejor les parecía. Mañanas luminosas, tardes doradas, noches, se deslizaban una a una.

Como Viole Falushe había afirmado, los criados eran muy accesibles y poseían un gran encanto físico. Las gentes vestidas de blanco, aún más bellas que los criados, se mostraban inocentes y traviesas como niños. Algunas eran cordiales, otras perversas e impúdicas, pero todas impredecibles. Su única ambición consistía en provocar el amor, seducir sin llegar a entregarse, atizar el deseo; sólo se deprimían cuando los invitados se decantaban por los sirvientes. Carecían de interés hacia los mundos del universo -quizá una pizca de curiosidad-, a pesar de que sus mentes eran activas y su temperamento apasionado. Sólo pensaban en el amor y en las variadas formas del placer. Un encaprichamiento demasiado intenso, como había apuntado Viole Falushe, podía conducir a la tragedia; las gentes de blanco eran conscientes de esta posibilidad, pero no hacían el menor esfuerzo para apartarse del peligro.

El misterio de la presencia de los druidas se resolvió por sí solo. Al día siguiente de la llegada, Dakaw, Pruitt, Laidig y Wust, acompañados de Hule y Billika, exploraron los alrededores y eligieron un hermoso claro como base de operaciones. Rodeado por una línea de cipreses negros, árboles de menor altura y arbustos floridos, tenía en el centro un gran roble de enormes raíces. Erigieron frente al claro un par de construcciones redondas de fibra marrón pálido. El grupo se instaló en ellas y cada mañana y tarde celebraban encuentros evangélicos, explicando la naturaleza de su religión a todo el que pasaba. Predicaban con gran fervor la austeridad, la templanza, la virtud y la observancia de los rituales a la gente del jardín que, a su vez, les invitaban a entregarse a la relajación y el placer. Gersen llegó a la conclusión de que se trataba de una de las bromas más irónicas de Viole Falushe, un juego que había decidido emprender con los druidas. Los demás invitados pensaban igual y asistían a los encuentros para opinar sobre qué doctrina triunfaría.

Los druidas trabajaban con gran perseverancia, y construyeron un templo con piedras y ramas. Uno de ellos se ponía ante la puerta y gritaba:

-¿Así que debéis morir y permanecer muertos? El camino hacia el Eterno exige fundirse con una Vitalidad más perdurable que la vuestra. La fuente de todo es la Tríada Mag-Rag-Dag... Aire, Tierra y Agua. ¡Ésta es la Sagrada Inmanencia, que se combina para crear el Arbol de la Vida! ¡El Arbol es la sabiduría, la vida, la energía! Contemplad las cosas más ínfimas: insectos, flores, peces, hombres. Mirad cómo crecen, florecen y mueren, mientras el Árbol perdura en su plácida sabiduría. Sí, excitáis vuestra carne, alimentáis vuestro estómago, embriagáis vuestra mente con vapores... ¿Y luego? ¡Qué pronto morís, en tanto el noble Árbol, las raíces hundidas en la Tierra, da cabida a innumerables hojas para gloria del cielo! ¡Para siempre! Y cuando vuestra carne ceda y se blanquee, cuando vuestros nervios ya no respondan, cuando vuestro estómago se agite, cuando vuestra nariz destile los licores ingeridos... ¡entonces ya no habrá tiempo para adorar al Árbol! ¡No.. no, no! Porque el Árbol despreciará vuestra corrupción. Todo debe ser puro y bueno. Así también la adoración. ¡Abandonad vuestras licenciosas costumbres, vuestros apetitos bestiales! ¡Adorad al Árbol!

La gente del palacio escuchaba con respeto y pavor. Resultaba imposible juzgar hasta qué punto les influían las doctrinas de los druidas. Dakaw y Pruitt empezaron a cavar un gran agujero bajo el roble., abriéndose paso entre las raíces. A Hule y Billika no se les permitió ayudar, aunque tampoco mostraban una gran predisposición; de hecho, contemplaban el proceso con horrorizada fascinación.

La gente del palacio, por su parte, alentaba a los druidas a participar en sus actividades con el siguiente argumento:

-Nos exhortáis a seguir vuestras creencias, pero, para ser objetivos, deberíais conocer nuestra forma de vida, a fin de juzgarnos y comprobar si somos tan corruptos.

Los druidas asentían de mala gana, sentados muy juntos y manteniendo una férrea vigilancia sobre Hule y Billika.

Los otros invitados reaccionaban de distintas maneras. Skebou Difflanj asistía a los encuentros con regularidad, y al cabo de poco tiempo, ante el estupor de todos, anunció su intención de abrazar la religión druida. Desde ese momento vistió de negro, se cubrió la cabeza con una capucha y se unió a las ceremonias. Torrace da Nossa hablaba de los druidas con despreciativa compasión. Lerand Wible, cada vez más interesado en Billika, alzaba los brazos con desesperación y se mantenía alejado. Mario, Ethuen y Tanzel apenas se dejaban ver. Navarth estaba obsesionado. Vagaba por el jardín, abatido, insatisfecho, mirando a derecha e izquierda. La belleza del jardín le era indiferente. Llegó hasta el extremo de despreciar las creaciones de Viole Falushe:

-Aquí no hay innovaciones; los placeres son triviales. No hay optimismo, no hay intuiciones asombrosas., no hay apertura mental. Todo es grosero o sensiblero... la gratificación del estómago y de las glándulas.

- Es posible -admitió Gersen-. Los placeres de este lugar son simples y vulgares. Pero ¿qué hay de malo en ello?

-Nada. Sólo que no es poesía.

-Todo es muy bello. De creer a Viole Falushe, ha evitado lo macabro, los espectáculos sádicos y permite a sus criados un cierto grado de integridad.

-Es usted un inocente -gruñó Navarth -. Los placeres más exóticos se los reserva para él solo. ¿Quién sabe lo que ocurre al otro lado de las paredes? Es un hombre que no se detiene ante nada. ¿Integridad en esa gente? ¡Ridículo! Son juguetes, muñecos, marionetas. No hay duda de que muchos son aquellos niños robados de Kouhila.... los que no fueron vendidos al Mabrab. Y cuando pierdan la juventud, ¿qué será de ellos? ¿Adónde irán?

-No lo sé.

Gersen sacudió la cabeza.

-¿Y dónde está Jheral Tinzy? -prosiguió Navarth -. ¿Dónde está la chica? ¿Qué hará con ella? La tiene a su merced.

-Lo sé.

-Lo sabe -se mofó Navarth-, pero sólo después de que se lo recordara. No sólo es inocente, sino también inútil y estúpido... no menos que yo. Ella confiaba en que usted le protegería, ¿y qué ha hecho? Emborracharse e ir de putas como los otros; un esfuerzo considerable, sin duda.

Gersen pensó que el arranque de cólera de Navarth era exagerado, pero replicó con suavidad:

-Si se me ocurriera algún plan factible, lo llevaría a cabo.

- ¿Y entretanto?

-Entretanto acumulo conocimientos.

-¿Qué clase de conocimientos?

-Creo que ninguna de las personas que hay aquí conocen a Viole Falushe de vista. Su reducto parece estar emplazado en las montañas; yo diría que no está en el valle. No me atrevo a cruzar la pared de piedra del oeste ni la barrera de espinos del este; lo más probable es que me apresaran y, periodista o no, me trataran con dureza. Como no tengo armas, he de resignarme. Debo ser paciente. Si no hablo con él en el Palacio del Amor, encontraré la oportunidad en otra parte.

-Todo por su revista, ¿eh?

-¿Porquéno?

Habían llegado al claro de los druidas. Dakaw y Pruitt trabajaban como de costumbre bajo el gran roble, donde habían excavado una cámara lo bastante alta como para que cupiera un hombre de pie.

Navarth se acercó y miró fijamente los dos rostros sudorosos y cubiertos de Polvo.

-¿Qué hacen ahí abajo, una madriguera para druidas? ¿No les gusta el paisaje de la superficie, que tienen que buscar nuevas perspectivas bajo tierra?

-Es usted muy gracioso -dijo Pruitt con frialdad-. Apártese de aquí; está pisando suelo sagrado.

-¿Cómo está tan seguro? Parece tierra ordinaria.

Ni Pruitt ni Dakaw contestaron.

-¿Qué clase de travesura preparan? -aulló Navarth-. No me parece un pasatiempo normal. ¡Hablen!

-Lárguese, viejo poeta -dijo Pruitt-. Su aliento corrompe y entristece al Arbol.

Navarth retrocedió unos pasos y contempló la excavación desde corta distancia.

-No me gustan los agujeros en la tierra -le dijo a Gersen-. Son desagradables. Observe a Wible. ¡Tiene todo el aspecto de estar inspeccionando los trabajos! - Navarth señaló a la entrada del claro, donde Wible estaba de pie, las piernas separadas, las manos ocultas tras la espalda, silbando entre dientes. Navarth fue a su encuentro-. ¿Le gusta lo que hacen los druidas?

-En absoluto -dijo Lerand Wible -. Cavan una tumba.

-Es lo que yo sospechaba. ¿Para quién?

-No estoy seguro. Quizá para usted... o para mí.

-Dudo que me deje enterrar, A lo mejor es usted más dócil.

-Dudo que entierren a nadie -dijo Wible silbando entre dientes de nuevo.

-¿De veras? ¿Cómo puede estar tan seguro?

-Venga a la consagración y lo verá.

-¿Cuándo será?

-Mañana por la noche, según me han informado.

Se escuchaba muy poca música en las dependencias del palacio; la tranquilidad del jardín era tan cristalina y transparente como una gota de rocío. Pero a la mañana siguiente, las gentes vestidas de blanco sacaron instrumentos de cuerda y tocaron durante una hora tristes melodías. Un repentino chubasco obligó a todos a guarecerse en una rotonda cercana, donde se quedaron parloteando como pájaros y observando el cielo. Gersen, contemplando sus rostros, pensó cuán frágil y tenue era la relación entre ellos y los invitados. ¿Conocían algo más que la frivolidad y el amor? Y había la pregunta apuntada por Navarth: ¿qué ocurriría cuando se hicieran mayores? Muy pocos en este jardín habían dejado atrás la adolescencia.

Salió el sol. El jardín recobró su luminosidad. Gersen, empujado por la curiosidad, fue al claro de los druidas. En uno de los habitáculos vislumbró el pálido rostro de Billika. Wust apareció en el umbral de la puerta y le miró fijamente.

Pasó la larga tarde. Un presagio flotaba en el aire, una intranquilidad que parecía afectar a todo el mundo. Llegó el crepúsculo; el sol se hundió entre una gran masa de nubes; un tapiz dorado, naranja y rojo cubrió el cielo. Cuando la luz declinó, la gente del jardín se dirigió al claro de los druidas. A cada lado del roble se habían encendido hogueras, atendidas por la druida Laidig y la druida Wust.

El druida Pruitt surgió de su habitáculo. Caminó hacia el altar y empezó la plegaria. Su voz era fuerte y resonante; hacía frecuentes pausas, como si escuchara el eco de sus palabras.

-Se lo estoy diciendo a todos los del grupo -susurró Lerand Wible al oído de Gersen- Pase lo que pase, no se inmiscuya. ¿De acuerdo?

-Por supuesto que no.

-Me lo temía. En ese caso.. .

Wible murmuró unas pocas palabras; Gersen gruñó. Wible se aproximó a Navarth, que portaba un bastón. Después de las palabras de Wible lo tiró.

-... en cada mundo un Arbol sagrado. ¿Cómo puede suceder? A causa de la inspiración divina, de la concentración de la Vida. ¡Oh, hermanos druidas, que compartís la vida de la Primera Semilla, poned de manifiesto vuestro temor, vuestra más intensa dedicación! ¡Venid, druidas, venid hacia el Árbol!

De un habitáculo salió tambaleándose Hule, del otro Billika. Confundidos, los ojos abotargados como si estuvieran aturdidos o drogados, vacilaron y por fin repararon en las hogueras. Se acercaron fascinados, paso a paso. Un pesado silencio cayó sobre el claro. Caminaron hacia el árbol. miraron las hogueras, y luego bajaron el agujero abierto bajo el árbol.

-¡Fijaos! -gritó Pruitt-. Se introducen en la vida de] Árbol, oh, benditos niños, que se convierte así en el Alma del Mundo. ¡Gloriosos niños, afortunados ambos! Permaneced por los siglos de los siglos bajo el sol, bajo la lluvia, de día, de noche. ¡Ayudadnos a alcanzar la Verdad!

Los druidas Dakw, Pruitt y Diffiani empezaron a rellenar el hueco con tierra. Trabajaban con entusiasmo. En media hora el agujero estaba lleno. Los druidas caminaron alrededor del árbol y cada uno cogió un tizón de la hoguera. Cada uno pronunció una invocación y la ceremonia terminó con un cántico.

Los druidas solían desayunar en el refectorio del pueblo más cercano. La mañana posterior a la consagración atravesaron los prados y entraron en el local. Tras ellos venían Hule y Billika. Los druidas se sentaron en sus lugares habituales, y lo mismo hicieron los niños.

Wust fue la primera en darse cuenta. Levantó un dedo tembloroso. Laidig gritó. Pruitt dio un salto, se giró y salió corriendo del refectorio. Dakaw se desplomó como un saco. Skebou Diffiani, sentado con la mayor rigidez, no podía contener su asombro. Hule y Billika ignoraban la consternación que habían provocado.

Laidig, sollozando y respirando con dificultad, se tambaleó hacia el exterior, seguida de Wust. Diffiani era el menos alterado.

-¿Cómo salisteis? -preguntó a Hule.

-Por un túnel. Wible hizo un túnel para que escapáramos.

En ese momento apareció el propio Wible.

-Los criados están para servirnos, de modo que los utilicé. Mandé que cavaran un túnel.

Diffiani asintió con la cabeza. Se levantó, tiró de la capucha, la examinó y la arrojó a un rincón.

Dakaw se puso en pie con un rugido. Golpeó a Hule hasta hacerle caer al suelo; luego propinó un tremendo puñetazo a Wible, que lo esquivó y lanzó una carcajada.

-Vuelve a tu árbol, Dakaw. Cava otro agujero y entiérrate.

Dakaw abandonó la posada.

Descubrieron por fin a Wust y Laidig, escondidas tras una enramada. Pruitt había huido hacia el sur, más allá de los recintos del jardín, y no se le volvió a ver.

De alguna manera, el episodio de los druidas había roto el hechizo. Los invitados se miraban mutuamente con la convicción de que el final de su visita se acercaba y pronto se irían del Palacio del Amor.

Gersen contemplaba sin cesar las montañas. La paciencia era una gran virtud, pero nunca estaría tan cerca de Viole Falushe.

Repasó algunas de las pistas que había reunido. Era razonable suponer que la sala del banquete comunicaba con los aposentos de Viole Falushe. Gersen examinó el portal al pie de la escalera. La superficie era lisa por completo. La ladera de la montaña no podía escalar.

Hacia el este, donde los peñascos sobresalían del agua, Viole Falushe había dispuesto una barrera de espinos. Un muro de piedra obstruía la ruta del oeste. Gersen inspeccionó la parte sur. Si emprendía un largo viaje, rodeando la periferia del jardín, tal vez podría ascender por las montañas hasta ganar la zona superior... Esta era la clase de actividad inútil que Gersen detestaba. Se movería al azar, sin un plan concreto. Debían de existir métodos mejores, pero no lograba imaginar ninguno. Muy bien, pues... actividad. Fijó la posición del sol; quedaban seis horas de luz. Tenía que ir muy lejos y confiar en su suerte. Si caía prisionero, era Henry

Lucas, periodista, en busca de información: una declaración enérgica, a menos que Viole Falushe se empeñara en utilizar algún detector de mentiras... Gersen se estremeció y la sensación le abrumó. Las últimas experiencias le habían convertido en un ser débil, falto de confianza, excesivamente cauteloso. Se reprochó su cobardía, después recobró los ánimos, se puso en marcha y caminó hacia el sur, alejándose de las montañas.

13

De *Los mundos que conocí*, de L. G. Dusenyi:

«El templo municipal de Astrópolis es un edificio espléndido de porfirio rojo con un notable altar de plata maciza. Los astropolitanos están divididos en trece cultos, dedicado cada uno a una Deidad Suprema distinta. Para determinar qué imagen se sitúa en el lugar más elevado, cada siete años los astropolitanos celebran un Torneo de los Dioses, que incluye pruebas para juzgar el Poder Supremo, La Sublimidad Inaccesible y el Misterio Inefable.

»En la primera prueba, imágenes de madera de los dioses se colocan sobre onagros atados a pesados troncos. Los onagros concurren en una carrera, y al dios ganador se le atribuye el Poder Supremo.

»En la segunda prueba, las imágenes son introducidas en un caldero de cristal que es posteriormente sellado e invertido. El dios que flota en lo alto merece el atributo de la Sublimidad Inaccesible.

»Ambas imágenes son ocultadas en unas casillas. Los candidatos al sacrificio son conducidos ante ellas, y deben adivinar qué dios se oculta detrás de cada una. El candidato con menor puntuación recibe la unción y el cuchillo, mientras que el dios que mejor oculta su identidad es juzgado como el del Misterio Inefable.

»En los últimos veintiocho años, el dios Kalzibab ha demostrado tanta constancia y el dios Syarasis ha fallado tan a menudo que los syaráticos han ido abandonando su culto para convertirse en ardientes devotos de Kalzibah.»

El jardín terminaba en un bosquecillo de árboles autóctonos, de un tipo que Gersen no había visto antes: ejemplares altos y escuálidos de pulposas hojas negras que segregaban una savia mohosa y desagradable. Temiendo que fuera venenosa, Gersen retuvo el aliento y le alegró llegar a un terreno despejado sin otra sensación que náuseas. En dirección al océano se veían huertos y tierras de labor; al oeste destacaba una docena de largos cobertizos. ¿Graneros? ¿Almacenes? ¿Dormitorios? Gersen caminó hacia al oeste amparado en las sombras de los árboles. y al poco rato alcanzó una carretera que comunicaba los cobertizos con las montañas.

No había a la vista ningún ser viviente. Los cobertizos parecían deshabitados. Gersen decidió que no valía la pena explorarlos; no podían ser el cuartel general de Viole Falushe.

Una parte de la carretera estaba obstaculizada por matas espinosas. Gersen escudriñó la ruta que serpenteaba adelante. Sería mejor viajar a través de los eriales; existirían menos posibilidades de ser descubierto. Se agachó y corrió hacia las montañas. El sol de la tarde brillaba con toda su fuerza. Un enjambre de pequeños ácaros rojos hormigueaba en las matas, emitiendo un zumbido impaciente cuando se les molestaba. Al dar la vuelta a un montículo (tal vez una colmena o una especie de madriguera), Gersen se topó con una hinchada criatura similar a una serpiente, con un rostro extraordinariamente parecido al de un ser humano. La criatura contempló a Gersen con una expresión de cómica alarma, luego se irguió y desplegó una trompa con la que intentó disparar un fluido. Gersen se batió en rápida retirada y, a partir de entonces, caminó con más precauciones.

El sendero se desviaba al oeste del jardín. Gersen cruzó otra vez y se refugió bajo un grupo de plantas amarillas. Examinó la montaña y trazó una ruta que le condujera a la cumbre. Por desgracia, sería bien visible a la vista de cualquiera mientras escalara... No había otra solución. Echó una última ojeada en torno suyo y, al no divisar ningún peligro, se puso en marcha.

La ladera era empinada, en ocasiones cortada a pico. Gersen progresaba a paso lento. Bajo sus pies se extendían el Palacio del Amor y el jardín. Le dolía el pecho y tenía la garganta seca, como si le hubieran anestesiado... ¿Influencia del nocivo bosque de hojas negras? Subió a mayor altura; el panorama se ensanchaba cada vez más.

Hubo un momento en que el camino se hizo menos difícil, y Gersen torció hacia el este, donde suponía que Viole Falushe ocultaba su cuartel general. Un movimiento. Se detuvo en seco. Por el rabillo del ojo había visto... ¿qué? No estaba seguro. Un destello abajo y a la derecha. Escrutó la pared de la montaña y entonces vio algo que de otra forma le habría pasado inadvertido... Una profunda grieta o fisura con un puente entre dos aberturas abovedadas, todo ello camuflado por un muro de piedra.

Gersen, haciendo penosos esfuerzos, se arrastró hasta la grieta y llegó a un punto situado a un metro por encima de la entrada. No había manera de descender. No podía ir hacia adelante, hacia arriba o hacia abajo. Tenía los dedos doloridos y las piernas entumecidas. Un metro... demasiado lejos para saltar; se rompería las piernas. Sobre el puente apareció un hombre pálido cargado de espaldas con una ancha cabeza húmeda y el pelo cano recogido en una melena. Vestía chaqueta blanca y pantalones negros. Fue la chaqueta blanca lo que llamó la atención de Gersen. Si el hombre alzaba la vista, si una piedra se desprendía y caía en el puente, Gersen estaría perdido... El hombre avanzó hacia la abertura, fuera de su campo visual. Gersen, como desafiando a la ley de la gravedad, dio un fantástico

salto que le impulsó hacia el ángulo de la fisura. Flexionó las piernas. dobló las rodillas y se apretó contra la pared. Fue descendiendo centímetro a centímetro y salvó de otro salto los últimos dos metros. Se estiró, friccionó sus músculos doloridos y se deslizó hacia la puerta de oeste, por la que el hombre había desaparecido. Un vestíbulo de baldosas blancas, interrumpidas por zonas de cristal y puertas ocasionales, se adentraba cincuenta metros en el corazón de la montaña. El hombre cargado de espaldas estaba de pie junto a una de estas zonas acristaladas, mirando algo que había atraído su atención. Levantó la mano e hizo una señal. Desde algún lugar que Gersen no veía llegó un hombre corpulento de cuello fornido, cabeza estrecha, una mata de áspero cabello amarillo y ojos claros. Ambos miraron a través del cristal, y el hombre de los ojos claros esbozó una sonrisa.

Gersen retrocedió. Consideró el pasillo que corría en dirección este y vio una sola puerta al final. Las paredes y el suelo eran de baldosas blancas. Lámparas vistosas derramaban luz de varios colores.

Gersen corrió a grandes zancadas hasta la puerta opuesta. Apretó el botón de apertura. No hubo respuesta. Buscó alguna forma de abrirla sin ningún resultado. El mecanismo se controlaba desde el otro lado. Podía considerarse esperanzador, desde el momento en que el hombre cargado de espaldas había hecho este mismo recorrido y sólo le quedaba la posibilidad de tratar con aquel que estuviera detrás de la puerta.

No debía llamar la atención, pero tenía que hacer algo y rápido. En cualquier momento uno de los dos hombres se acercaría.

y no había dónde esconderse. Escudriñó la puerta con suma atención. El pestillo era magnético; la retracción era activada mediante electricidad. El escudo de armas estaba fijado a la hoja de la puerta con pasta adhesiva. Gersen rebuscó en sus bolsillos. pero no halló nada que le sirviera. Volvió de puntillas al vestíbulo, removió el primer soporte de luz que encontró y desarmó un adorno de metal acabado en punta. Regresó a la puerta, atacó la placa del escudo de armas, la soltó y descubrió el mecanismo del botón de apertura. Gersen estudió el circuito y con la punta de metal del adorno provocó un cortocircuito. Apretó el botón. La puerta se deslizó a un lado en silencio.

Pasó a un vestíbulo desierto. Volvió a colocar la placa y dejó que la puerta se cerrara.

Había mucho que ver. El otro extremo de la sala era de cristal ondulado. A la izquierda, una arcada daba paso a un tramo de escalera. A la derecha, cinco pantallas mostraban a Jheral Tinzy vestida con diferentes trajes y en varias épocas de su vida. ¿O eran cinco chicas distintas? Una, que llevaba una falda corta negra, era Drusilla Wayles. Gersen reconoció la expresión de su cara. el fruncido de su boca, la costumbre siempre repetida de ladear la cabeza. Otra, un delicioso diablillo disfrazado de payaso, daba cabriolas sobre un escenario. Una

Jheral Tinzy de trece o catorce años con el vestido blanco de las bailarinas de ballet se movía lentamente en un extraño decorado de piedra, sombras negras y arena. Una cuarta Jheral Tinzy, un año o dos más joven que Drusilla, se cubría sólo con una falda de cuero y bronce, como las de las mujeres bárbaras. Estaba de pie sobre una terraza pavimentada de piedra y parecía representar un ritual religioso. Una quinta Jheral Tinzy, algo mayor que Drusilla, caminaba con rapidez por la calle de una ciudad...

Gersen lo vio todo en el espacio de dos segundos. El efecto era fascinante, pero no tenía tiempo que perder. Porque al otro lado de la pared de cristal ondulado se veía la imagen de un hombre alto y enjuto.

Gersen cruzó la estancia en cuatro silenciosas zancadas. Su mano se precipitó hacia el botón de la puerta y lo apretó. La puerta no se abrió. El hombre giró la cabeza al instante. Sólo era visible un contorno vago e impreciso.

-¿Retz? ¿Ya estás de vuelta? -echó la cabeza hacia adelante; era evidente que podía ver a través del cristal.

- ¡Soy Lucas... Henry Lucas. el periodista! -su voz sonó estrangulada.

-Creo que tendrá que darme muchas explicaciones. ¿Qué está haciendo aquí?

-La respuesta es obvia -dijo Gersen-. Vine para hacerle una entrevista. Me pareció el único modo.

-¿Cómo encontró mi residencia?

-Escalé la montaña y salté al punto en que el puente cruza la fisura. Luego me introduje por el pasadizo.

-Vaya, vaya. ¿Es usted una mosca humana para trepar por el precipicio?

-No fue tan difícil. No había otra forma.

-Me causa una molestia muy seria. ¿Se acuerda de mis comentarios acerca de la intimidad? Soy muy rígido a este respecto.

-Dedico esos comentarios a sus invitados. Soy un hombre que tiene un trabajo que hacer.

-Su profesión no le autoriza a violar las leyes -declaró Viole Falushe con voz serena-. Se halla al corriente de mis deseos, que aquí, como en cualquier otro lugar de mis dominios, son la ley. Encuentro su intrusión no sólo insolente sino inexcusable. De hecho, va mucho más allá del descaro tolerado normalmente a un periodista. Incluso da la impresión...

-Por favor -interrumpió Gersen-, no permita que su imaginación domine su ecuanimidad. Estoy interesado en fotografiar su mansión. Es una petición de la joven que nos acompañó durante el viaje: la pupila de Navarth.

-Se da el caso de que estoy muy interesado en esa joven. Confié su educación a Navarth con infaustos resultados. Es una muchacha frívola y extravagante.

-¿Dónde está ahora? No la he visto desde que llegamos al Palacio. -Está disfrutando de su visita en circunstancias algo diferentes de las suyas. Pero ¿por qué tanto interés? Ella no significa nada para usted.

- Excepto que nos hicimos amigos y traté de aclarar ciertos asuntos que no entendía.

-¿Qué clase de asuntos?

-¿Me permite que hable con sinceridad?

-¿Por qué no? Será difícil que me provoque más de lo que ha hecho ya.

-La chica temía lo que fuera a sucederle. Quería vivir una vida normal, pero no deseaba exponerse a sufrir represalias por acciones que no había cometido.

- ¿Así es cómo se refería a mí? -la voz de Viole Falushe tembló-. ¿Sólo en términos de miedo y represalia?

-No tenía razones para hablar de otra forma.

-Es usted un hombre valiente, señor Lucas. Seguro que conoce mi reputación. Suscribo la doctrina de la equidad general... el que comete un agravio ha de reparar los efectos de su acción.

-¿Qué me dice de Jheral Tinzy" -preguntó Gersen tratando de distraer a Viole Falushe.

-Jheral Tinzy -Viole Falushe paladeó el nombre-. Querida Jheral: tan testaruda y promiscua como la infortunada amiga suya de la que hablábamos. Jheral nunca pudo reparar el daño que me hizo. ¡Oh, aquellos años desperdiciados! -la voz de Viole Falushe tembló de nuevo ` como presa del dolor - . Nunca pudo compensar sus errores, aunque hizo lo que estuvo en su mano.

-¿Está viva?

-No -el tono de Viole Falushe cambió de nuevo-. ¿Por qué lo pregunta?

-Soy periodista. Ya sabe por qué estoy aquí. Quiero una fotografía de Jheral Tinzy para nuestro artículo.

-Éste es un tema del que no quiero publicidad.

-Me asombra el parecido entre Jheral Tinzy y Drusilla. ¿Me lo puede explicar?

-Podría, pero no lo haré. Y aún está el problema de su intrusión, que me ha disgustado hasta el extremo de que solicitaré una indemnización.

Viole Falushe se recostó con negligencia en una pieza del mobiliario.

Gersen reflexionó un momento. Huir era inútil; el ataque, imposible. Viole Falushe llevaría armas, Gersen no. Debería convencer a Viole Falushe de que cambiara de idea. Intentó un acercamiento razonable.

-Es concebible que violara la letra de su ley, pero ¿qué crédito merecerá un artículo sobre el Palacio del Amor sin algunos comentarios de su creador? Es imposible comunicarse con usted desde que decidió mantenerse apartado de los invitados.

-Navarth sabe de memoria mi número de videófono -Viole Falushe pareció sorprendido-. Un criado le habría proporcionado un aparato para llamarme a cualquier hora.

-No se me ocurrió. No, no pensé en el videófono. ¿Dice que Navarth sabe el número?

-Desde luego. Es el mismo que utilizo en la Tierra.

-Los hechos subsisten. Estoy aquí. Ha visto la primera parte del artículo proyectado; la segunda y la tercera parte son aún más vistosas. Si queremos presentar su punto de vista, es importante que hablemos. De modo que abra la puerta y discutamos el tema.

-No. Me gusta permanecer en el anonimato, a pesar de que a veces me mezclo con los invitados. Bien... de momento me tragaré su insulto. No es que vaya a librarse de pagar su deuda; o tal vez sí. Por ahora, considérese indultado -pronunció una palabra en voz baja y una puerta se abrió en la antesala-. Entre; ésta es mi biblioteca. Hablaré con usted aquí.

Gersen penetró en una gran sala con alfombras de color verde oscuro. En el centro, una pesada mesa aguantaba un par de lámparas antiguas y una selección de revistas de actualidad. Una pared estaba cubierta de libros desgastados por el uso. Las estanterías se combaban bajo el peso de los volúmenes y de los

innumerables periódicos y revistas. Había un sistema normal de informática y cierto número de cómodas sillas.

Gersen miró en derredor con un dejo de envidia; la atmósfera era tranquila, civilizada, racional, muy alejada de la vida hedonista en el Palacio del Amor. Una pantalla se iluminó para revelar a Viole Falushe arrellanado en una silla. Una luz convirtió su forma en una silueta; no había manera de identificar sus rasgos.

-Bien, aquí estamos -dijo Viole Falushe-. ¿Ha hecho fotografías ya?

-Varios centenares. Más de las necesarias para cubrir los aspectos superficiales del Palacio... los que ofrece a sus invitados.

-¿Y le interesa saber qué más ocurre?

Viole Falushe parecía divertido.

-Desde un punto de vista profesional.

-Hum. ¿Qué piensa del Palacio?

-Es muy agradable.

-¿Alguna reserva?

-Algo falla. Quizá el defecto procede de los criados. Les falta profundidad; no parecen reales.

-Lo reconozco. Carecen de tradiciones. El único remedio es el tiempo.

-También carecen de sentido de la responsabilidad. Al fin y al cabo, son esclavos.

-No del todo, porque no se dan cuenta. Se consideran la Gente Afortunada, y eso es lo que son. Es precisamente esta irrealidad, esta sensación de cuento de hadas, la que me ha costado más desarrollar.

-Y cuando se hacen mayores, ¿qué pasa? ¿En qué se transforma la Gente Afortunada?

-Algunos trabajan las tierras que circundan los jardines. Otros son enviados a diversas partes.

-¿Al mundo real? ¿Los venden como esclavos?

-Todos somos esclavos en una u otra forma.

- ¿Usted también?

-Soy víctima de una terrible obsesión. Fui un chico sensible, cruelmente maltratado; Navarth le habrá proporcionado más detalles. En lugar de someterme, mi sentido de la justicia me obligó a buscar compensación... y todavía la busco. Soy un hombre muy difamado. La gente me considera un sibarita voluptuoso, un glotón erótico. La verdad está en el reverso de la medalla. Soy, para qué andar con remilgos, absolutamente ascético. Y lo seré hasta que mi obsesión desaparezca. Soporto el peso de una maldición. Pero a usted no le interesan mis problemas personales, ya que jamás se publicarán.

-No obstante, me interesan. ¿Es Jheral Tinzy la causante de su obsesión?

-Precisamente -Viole Falushe hablaba con voz serena-. Arruinó mi vida. Debe expiar su crimen. ¿No es esto la justicia? Hasta la fecha se ha demostrado poco dispuesta, incapaz.

-¿Cómo podría destruir esta obsesión?

-¡Qué falta de imaginación! -Viole Falushe se removió en la silla -. Ya hemos hablado antes de esto.

-¿Así que Jheral Tinzy todavía vive?

- sí.

-Pero, si no me equivoco, antes dijo que estaba muerta.

-Vida, muerte... son términos imprecisos.

-¿Quién es, pues, Drusilla, la joven que dejó bajo la custodia de Navarth? ¿Jheral Tinzy?

-Ella es la que es. Cometió un terrible error. Ella fracasó, Navarth fracasó, tenía que haberla educado convenientemente. Es frívola, casquivana; mantuvo relaciones con otros hombres, y servirá para lo que sirvió Jheral Tinzy. Así será, por siempre jamás, hasta que haya expiación, hasta que me sienta aliviado y completo. A estas alturas, la cuenta es enorme. ¡Treinta años! ¡Piense en ello! -La voz de Viole Falushe vibró y se quebró-. ¡Treinta años rodeado de belleza, e incapaz para gozar de ella! ¡Treinta largos años!

-No me atrevería a darle ningún consejo -dijo Gersen con cierta sequedad.

-No necesito consejos, y todo lo que le estoy diciendo es, por supuesto, confidencial. Sería ingrato por su parte publicarlo. Me sentiría dolido y exigiría una satisfacción.

-¿Qué es lo que puedo publicar?

-Lo que quiera, en tanto no me calumnie.

-¿Y los demás aspectos de este lugar? ¿Qué ocurre, por ejemplo al otro lado del vestíbulo?

Viole Falushe le examinó un momento. Gersen podía sentir, aunque no ver,, el fuego de sus ojos.

-Este es el Palacio del Amor -dijo con voz suave-. Estoy interesado en el tema, incluso fascinado, especialmente en el mecanismo de la sublimación. He puesto en marcha un elaborado programa de investigación. Exploro las emociones en circunstancias artificiales y arbitrarias.

No me apetece discutir del asunto ahora. Tal vez dentro de cinco o diez años publique un resumen de mis hallazgos. Darán qué hablar.

-Con respecto a las fotografías de la antesala...

-¡Basta! -Viole Falushe se puso violentamente en pie-, Hemos hablado demasiado; me siento incómodo. Usted lo ha provocado, y he preparado una incomodidad similar en su honor, que conseguirá tranquilizarme. A partir de ahora, precaución y discreción. Aproveche su tiempo, porque en breve plazo volverá a la Realidad.

-¿Y usted? ¿Va a quedarse aquí?

-No. Yo también me iré del Palacio. Mi trabajo ha terminado y me espera una importante misión en Alphanor, que podría cambiar... Sea tan amable de regresar al vestíbulo. Mi amigo Helaunce le espera.

Debía de ser el hombre de ojos claros. Poco a poco, mientras Viole Falushe le vigilaba desde la pantalla, Gersen fue hacia la puerta. El hombre de ojos claros aguardaba en el vestíbulo. Portaba un objeto semejante a un mayal; una vara rematada por un grupo de cuerdas. En apariencia no llevaba más armas.

-Desnúdese -dijo Helaunce-. Va a recibir su castigo.

-Será mejor que no lo intente -dijo Gersen-. Insúlteme cuanto quiera, pero entretanto volvamos al jardín.

-He recibido órdenes -sonrió Helaunce-. Puede resistirse, pero las órdenes han de cumplirse.

-Pero no será usted quien lo haga. Es demasiado pesado y demasiado lento.

Helaunce balanceó el mayal; las cuerdas silbaron de forma siniestra.

-Rápido o acabará con nuestra paciencia; el castigo será todavía peor.

Helaunce parecía duro y fuerte, con toda seguridad un luchador preparado, tal vez tan bien preparado como Gersen. Helaunce pesaría unos quince kilos más que él. No percibía ningún punto débil en su estructura. Gersen se sentó de pronto en el vestíbulo, se cubrió la cara con las manos y empezó a sollozar.

-¡Quítese la ropa! -gritó Helaunce estupefacto-. Levántese de ahí. -Se acercó a Gersen y le golpeó con el pie- ¡Arriba!

Gersen se irguió con el pie de Helaunce apretado contra su pecho. Helaunce trastabilló hacia atrás; Gersen le retorció sin piedad el pie por el punto en que los músculos no prestaban ninguna protección. Helaunce lanzó un grito de agonía y se desplomó sin sentido. Gersen le arrebató el mayal y lo descargó sobre la espalda del hombre. Las cuerdas silbaron y restallaron. Helaunce gimio.

-Si puede andar -dijo Gersen-, sea tan amable de mostrarme el camino.

Oyó una pisada detrás suyo. Gersen se giró y distinguió vagamente una forma alta vestida de negro. Algo iluminó en su cerebro luces blancas y púrpura. Gersen cayó y se desmayó.

La pesadilla duró media hora. Gersen recobró el control de sus facultades con lentitud. Yacía desnudo en el jardín, junto a la pared blanca del palacio. Sus ropas estaban amontonadas pulcramente a su lado.

«Menos mal», pensó. El proyecto había fracasado. Pero aún conservaba la vida. Gersen se vistió, una sonrisa amarga en los labios. Habían intentado humillarle, sin éxito. Había pagado, pero el dolor, como el placer, se extingue pronto. El orgullo era más persistente.

Gersen se apoyó en la pared mientras su cerebro se recobraba. Sus nervios aún temblaban ante el recuerdo del terrible mayal. No advirtió contusiones ni heridas, tan sólo unos cuantos verdugones rojos. Gersen se sentía irritado. La auténtica humillación consistía en comer los alimentos de Viole Falushe, en pasear por el maravilloso jardín concebido por la mente de Viole Falushe... Gersen sonrió de nuevo, una sonrisa lobuna. Por suerte, siempre había sabido que su vida no sería fácil ni agradable.

Se acercaba el crepúsculo. El jardín parecía más bello que nunca. Las mariposas revoloteaban entre los jazmines; las urnas de mármol brillaban en contraste con la oscura vegetación, como si difundieran una luz pálida. Un grupo de chicas procedentes de uno de los pueblos venían brincando y jugueteando. Llevaban pantalones blancos anchos y portaban farolillos amarillos. Al ver a Gersen le

rodearon y cantaron una alegre canción; Gersen no entendió la letra. Una se acercó y alumbró el rostro de Gersen con su farolillo.

-¿Por qué pones esa cara, invitado? ¿Por qué estás tan serio? ¡Ven a divertirte, ven con nosotras!

-Gracias. Me temo que esta noche no me divertiría mucho.

-Bésame. ¿No me encuentras bella? ¿Por qué estás tan triste? ¿Porque has de abandonar para siempre el Palacio del Amor? Nosotras nos quedaremos, seremos siempre jóvenes y alumbraremos nuestros farolillos en la noche. ¿Es eso lo que te duele?

-Sí -sonrió Gersen-. He de regresar a un mundo lejano, y la idea me entristece. Pero no dejéis que perturbe vuestra alegría.

-Esta noche es tu última noche -la chica le besó en la mejilla-, tu última noche en el Palacio del Amor. Esta noche has de hacer lo que nunca te atreviste; no habrá otra ocasión.

Las chicas siguieron su camino y Gersen las estuvo mirando hasta que desaparecieron.

-¿Hacer lo que nunca me atreví? Ojalá pudiera...

Se dirigió a la terraza en que se celebraba la cena. Navarth estaba inclinado sobre un cuenco de gulash; Gersen tomó asiento a su lado. Un criado trajo un carrito de ruedas. Gersen., que no había comido nada desde la mañana, se sirvió.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó al fin Navarth-. Parece agotado.

-Pasé la tarde con nuestro anfitrión.

-Vaya. ¿Habló con él cara a cara?

-Casi.

- ¿Y ya sabe quién es? ¿Mario? ¿Ethuen? ¿Tanzel?

-No estoy seguro.

Navarth gruñó y se dedicó de nuevo al gulash.

-Esta noche es la última noche -dijo Gersen al cabo de un momento.

-Eso me han dicho. Me alegraré de marchar. Aquí no hay poesía. Siempre lo dije: la alegría proviene de su misma libre voluntad; no se puede forzar. Mire... una gran palacio, un espléndido jardín con ninfas y héroes vivientes. Pero ¿dónde está el sueño, dónde está el mito? Sólo la gente de pocas luces halla alegría aquí.

-Su amigo Viole Falushe se sentiría deprimido si escuchara sus palabras.

-Es lo menos que puedo decir -Navarth dirigió a Gersen una dura mirada-. ¿Preguntó por la chica?

-Sí. No averigüé nada.

-Me he hecho viejo e inútil -Navarth cerró los ojos-. Henry Lucas, o como se llame, ¿es incapaz de actuar?

-Hoy lo intenté. No salí bien parado.

Los dos guardaron silencio. Gersen preguntó:

- ¿Cuándo nos vamos?

-Sé lo mismo que usted.

-Haremos lo que podamos.

14

De «El aprendiz de avatar» en *El pergamino de la novena dimensión*:

«Avanzando penosamente hacia la cumbre de la colina, Marmaduke buscaba el ciprés marchito que señalaba la cabaña del simbolista. Allí estaba el árbol, escuálido y solitario, muy cerca de una cabaña.

,»El simbolista le dio la bienvenida. "He recorrido cien leguas -dijo Marmaduke- para formularte una sola pregunta: ¿tienen alma los colores?"

»"¿Alguien afirmó lo contrario?", preguntó el sorprendido simbolista. Alumbró una luz naranja, se recogió el borde de su vestido y bailó con gran entusiasmo. Marmaduke miraba alborozado, maravillado de ver a un anciano tan ágil.

»El simbolista hizo brotar una luz verde. Acurrucado bajo el banco hundió la cabeza entre los tobillos y se puso el vestido del revés, mientras Marmaduke aplaudía entusiasmado. El simbolista invocó la luz roja, saltó sobre los hombros de Marmaduke, lo arrastró juguetonamente al suelo y le

cubrió la cabeza con el vestido. "Querido amigo -masculló debatiéndose Marmaduke -, ¡qué enérgica demostración!"

»"Lo que hay que hacer es mejor hacerlo bien -replicó el simbolista-. Me explicaré. Los colores admiten dos significados. El naranja representa la erupción de la ictericia, pero también el júbilo de un héroe agonizante.

»"El verde es la esencia de los pensamientos bien madurados y el estilo del viento del norte. El rojo, como ya hemos visto, es el acompañamiento de la exuberancia espontánea. "

»"¿Y el segundo significado del rojo?", preguntó Marmaduke. El simbolista trazó un signo misterioso.

»Eso está por ver, como dijo el gato cuando le preguntaron quien había vaciado el azucarero."

»Divertido y edificado, Marmaduke se despidió, y no fue hasta llegar a mitad de la montaña cuando descubrió que le faltaba la cartera.»

Una fiesta clausuró la estancia en el Palacio del Amor. Hubo música, vapores intoxicantes y una compañía de bailarines procedente de los pueblos. Las parejas formadas durante aquellos días se enfrascaron en tristes conversaciones o se permitieron un último estallido de frenética

pasión. Otros se sentaban en silencio, abandonados a sus pensamientos, y así transcurrió la noche. Las luces se fueron apagando una a una; la gente de blanco se desvaneció en la oscuridad del jardín; los invitados

tomaron el camino de sus habitaciones, solo o en la compañía que preferían.

El jardín estaba silencioso; el rocío empezó a cubrir la hierba. Un

criado se dirigió a cada uno de los invitados:

-Es hora de marchar.

Sólo había una respuesta para las protestas y los ruegos:

-Éstas son nuestras órdenes. El coche aéreo espera; los que no estén a tiempo tendrán que regresar por sus propios medios a Kouhila.

Los invitados recibieron nuevos vestidos: un austero conjunto azul, negro y verde oscuro. Fueron conducidos a una zona al sur del Palacio donde aguardaba un amplio transporte. Gersen contó: estaban todos, salvo Pruitt y Drusilla. Ethuen,

Mario y Tanzel se mantenían algo apartados. Si uno de ellos era Viole Falushe, regresaría al Oikumene con los demás.

Gersen avanzó unos pasos y echó un vistazo a la cabina del piloto. Helaunce se sentaba allí. Los invitados iban entrando en el vehículo.

Gersen retuvo a Navarth.

-Espere.

- ¿Por qué?

-Ya se lo diré. -Tanzel y Ethuen subieron a bordo; Mario puso el pie en la escalerilla. -Gersen habló con rapidez-. Suba a bordo. Provoque un alboroto. Golpee el mamparo. Chille. Hay una cerradura de emergencia entre el salón y la cabina del piloto. Fuércela. Distraiga al piloto; intente no poner nerviosos a Mario, Ethuen o Tanzel. No deben intervenir.

-¿Y para qué servirá esto? -preguntó Navarth con expresión de no comprender nada.

-No importa. Haga lo que le digo. ¿Dónde está Drusilla? ¿Dónde está Jheral Tinzy? ¿Por qué no están a bordo?

-Sí... ¿Por qué no están a bordo? Me siento verdaderamente ofendido -Navarth saltó sobre la escalerilla, apartando de un empujón a la druida Laidig-. ¡Esperen! ¡No estamos todos! ¿Dónde está Zan Zu de Eridu? No podemos marcharnos sin ella. Me niego a partir; nadie me obligará.

-Tranquilo, viejo loco -rezongó Torrace da Nossa- Pórtese bien.

Navarth se agitaba como un loco. Golpeó el mamparo y tiró de la manija de la puerta comunicadora. Helaunce abrió por fin la puerta y salió a poner orden.

-Siéntese tranquilamente, viejo. Nos vamos ahora porque es una orden. A menos que quiera hacer el camino a pie, siéntese y calle.

-Vamos, Navarth -dijo Lerand Wible-. No conseguirá nada. Siéntese.

-Muy bien -dijo Navarth-. He protestado. He hecho cuanto he podido. Me rindo.

Helaunce regresó a su puesto. Entró en la cabina del piloto y cerró la puerta. Gersen, que esperaba a un lado, le golpeó con una piedra en la cabeza. Helaunce se tambaleó, dio media vuelta vacilante y vio a Gersen a través de sus ojos velados por la sangre de la herida. Lanzó un grito inarticulado. Gersen golpeó otra vez; Helaunce se desplomó sin sentido.

Gersen tomó los mandos. El coche aéreo se elevó hacia la luz del sol naciente. Gersen cacheó a Helaunce y encontró dos proyectores, que se metió en su bolsillo. Moderó la velocidad hasta que el vehículo se limitó a flotar, abrió la portezuela y arrojó a Helaunce afuera.

Viole Falushe estaría en el salón preguntándose por qué Helaunce mantenía un curso tan peculiar. Gersen escudriñó el océano y descubrió una pequeña isla a unas veinte millas de la costa. La rodeó en círculos y, al no percibir señales de vida, aterrizó.

Saltó a tierra. Fue a la puerta del salón, la abrió y entró.

-Todo el mundo fuera. Rápido -hizo un gesto de intimidación con los proyectores.

- ¿Qué significa esto? -tartamudeó Wible.

-Significa todo el mundo fuera.

-Vamos -rugió Navarth poniéndose en pie-. Todo el mundo fuera.

Los invitados fueron saliendo desconcertados. Cuando Mario llegó a la puerta, Gersen le detuvo.

-Usted quédese. Tenga cuidado y no se mueva, o le mataré.

Tanto Ethuen como Tanzel fueron obligados también a sentarse y esperar. Navarth, en el exterior, amenazaba al grupo con toda la potencia de sus pulmones:

- ¡No se inmiscuyan, o lo lamentarán! ¡Es un asunto de la PCI! No lo duden ni un momento!

-¡Navarth! -gritó Gersen desde el salón-. Venga a ayudarme. por favor.

Navarth se izó hasta el salón. Registró a Mario, Tanzel y Ethuen mientras Gersen vigilaba. No descubrió armas ni pista alguna que permitiera identificar a Viole Falushe. Obedeciendo las órdenes de Gersen, Navarth ató los tres hombres a las sillas utilizando fragmentos de cuerdas, tiras de tela y correas. Los prisioneros insultaban ferozmente a Gersen y preguntaban los motivos de su arresto. Tanzel era el más hablador, Ethuen el más mordaz, y Mario el más encolerizado. Todos echaban fuego por los ojos y maldecían con idéntico vigor. Gersen aceptó las observaciones con ecuanimidad.

-Me disculparé ante dos de ustedes más tarde. Esos dos, una vez demostrada su inocencia, cooperaran conmigo. Del tercero sólo espero problemas, pero estoy preparado para resolverlos.

-¡En el nombre de Jehu!, ¿qué desea de nosotros? ¡Diga a quién busca y acabemos! -se quejó Tanzel.

-Su nombre es Vogel Filschner, también conocido como Viole Falushe.

-¿Porqué nosotros'? ¡Vaya a buscarlo al Palacio!

-No es una mala idea -rió Gersen. Comprobó las ataduras de los tres hombres y las aseguró-. Navarth, siéntese allí, a un lado. Vigílelos con suma atención. Uno de ellos le arrebató a Jheral Tinzy.

-Dígame cuál -

-Vogel Filschner. ¿No lo reconoce?

-Ojalá pudiera -señaló a Mario-. Ése tiene su mirada de astucia -indicó las manos de Tanzel-. Éste es tan afectado como Vogel -se giró para inspeccionar a Ethuen-. Y éste parece amargado; está claro que se siente desgraciado.

-¡Por supuesto que me siento desgraciado! -chilló Ethuen-. ¿Cómo quiere que me sienta?

-Obsérvelos bien -dijo Gersen-. Volvemos a Palacio.

Despegó sin hacer caso de las protestas de los demás viajeros. Todo iba bien, pero... ¿qué venía a continuación? Tal vez estaba equivocado; tal vez ni Tanzel, ni Mario, ni Ethuen eran Viole Falushe. Luego reflexionó sobre las circunstancias del viaje al Palacio y descartó esta idea.

El mejor método de introducirse en los aposentos de Viole Falushe era por arriba; Gersen no tenía ganas de volver a escalar el precipicio. Posó el coche aéreo cerca del castillo de piedra y volvió al salón. Todo seguía como antes. Navarth estaba sentado con la vista fija en los tres cautivos, que le miraban con odio.

-Si se presenta alguna dificultad, mate a los tres -Gersen le dio a Navarth uno de los proyectores-. Iré a buscar a Drusilla y a Jheral Tinzy. ¡Vigílelos con cuidado!

-¿Quién puede engañar a un poeta loco? -rió salvajemente Navarth-. Le agradezco este momento: mantendré el proyector apoyado en su garganta.

Gersen no pudo reprimir un cierto recelo. Navarth no era el más seguro de los guardianes.

-Recuerde... si escapa, estamos perdidos. Tal vez le pida un vaso de agua; deje que siga sediento. Los nudos le pueden hacer daño. ¡Que sufra! Si alguien interviene desde el exterior, no muestre la menor piedad: ¡mátelos!

-Será un placer.

-Muy bien. Controle su locura hasta que vuelva.

Gersen se encaminó a la puerta por la que tres semanas antes habían entrado los cansados viajeros. Estaba cerrada. Voló el cerrojo de un disparo y se abrió paso.

El silencio era absoluto. Las habitaciones húmedas estaban vacías.

Gersen bajó al vestíbulo, descendió por el camino que le había enseñado la chica vestida de terciopelo azul y encontró por fin la sala del banquete, ahora en tinieblas y conservando un débil olor a vino y perfume.

Gersen se movió con más cautela. Un pasillo conectaba la sala del banquete con el jardín. Debía de haber otro que condujera a los aposentos de Viole Falushe.

Gersen palpó las paredes y acabó encontrando, disimulado detrás de un tapiz, una puerta estrecha de madera maciza forrada de metal. El proyector despejó el camino.

Una escalera de caracol descendía a la cámara que buscaba.

Gersen registró la habitación. Encontró un cuaderno de notas que contenía numerosos apuntes sobre la psicología de Jheral Tinzy, así como los diversos métodos que Viole Falushe pensaba emplear para poseerla. Daba la impresión de que Viole Falushe quería algo más que amor: quería sumisión, una degradación abyecta y total, una mezcla de miedo y amor.

Por el momento, Viole Falushe no había alcanzado su propósito. Apartó la carpeta. Había una pantalla en la pared. Gersen giró un mando. Drusilla Wayles estaba sentada en una cama con un vestido blanco. Estaba pálida, delgada, pero ilesa en apariencia.

Gersen volvió a girar el mando. Contempló una zona arenosa medio en tinieblas flanqueada por altas puntas rocosas. Al fondo se veían cinco cedros oscuros y una cabañita no mayor que una casa de muñecas. Una chica de unos catorce años estaba sentada en un banco; una chica casi idéntica a Drusilla. Llevaba un vestido blanco transparente; su cara expresaba una peculiar dulzura, una peculiar melancolía, como si acabara de despertar de un sueño. Desde un ángulo se aproximó una alta criatura no humana que caminaba sobre piernas delgadas de piel negra. Se paró junto a la muchacha y habló con una voz fina y aguda. La chica respondió sin demostrar ningún interés.

Gersen giró el mando otra vez y obtuvo la visión de una terraza frente a la que se alzaba un templo. En su interior se podía divisar la estatua de una divinidad. Otra Drusilla se mantenía erguida sobre los escalones; tendría unos dieciséis años,

vestía sólo una falda muy corta y se recogía los cabellos con una cinta de cobre. Otros hombres y mujeres, ataviados de la misma manera, deambulaban por las cercanías. A un lado aparecía una playa y un retazo de mar.

Gersen giró el mando varias veces. Contempló distintos entornos, distintos tipos de habitaciones y celdas. Contenían un surtido de chicos, chicas, adolescentes de ambos sexos, hombres y mujeres jóvenes, a veces juntos, a veces separados: los experimentos de Viole Falushe, de los que extraía un placer que gratificaba su pulsión escópica... Gersen no vio más versiones de Drusilla.

La falta de confianza en Navarth erizaba sus nervios. Atravesó el vestíbulo, cruzó el puente y entró en la sección del laboratorio, la sede de los experimentos: celdas y cámaras que se podían controlar tras espejos sólo transparentes para el carcelero.

Gersen encontró a Retz, el técnico cargado de espaldas, sentado en un pequeño despacho. Levantó la vista y parpadeó de asombro.

-¿Qué hace aquí? -preguntó a Gersen-. ¿Es un invitado? ¡El amo se enojará!

-Ahora soy yo el amo. -Gersen le apuntó con el proyector-. ¿Dónde está la chica que se parece a Jheral Tinzy?

-No diré nada.

Gersen le hundió el arma en un costado.

-Rápido. La chica que llegó hace tres semanas.

-¿Qué quiere que le diga? -gimió Retz-. Viole Falushe me castigará.

-Viole Falushe es mi prisionero. -Gersen levantó el arma-. Lléveme junto a la chica o le mataré.

Retz emitió un sonido quejumbroso.

-Me hará cosas terribles.

-Ya no.

Retz agitó las manos y le condujo por un pasillo. De pronto se giró.

-¿Dice que es su prisionero?

-Lo es.

-¿Qué piensa hacer con él?

-Matarle.

- ¿Y con el Palacio?

-Ya veremos. Lléveme con la chica.

-¿Permitirá que me quede a cargo del Palacio?

-Le mataré si no se da prisa.

Retz siguió caminando desconsolado.

-¿Qué le ha hecho Viole Falushe a la chica? -preguntó Gersen.

-Nada todavía.

-¿Cuáles eran sus planes?

-Autofertilización: el parto de una virgen, como si dijéramos. A su debido tiempo daría a luz una niña exacta a ella.

-¿Como hizo con Jheral Tinzy?

-Ni más ni menos.

-¿Y con cuántas más?

-Otras seis. Luego se suicidó.

-¿Dónde están las otras cinco?

- ¡Ah! Esto no lo sé.

Retz mentía, pero Gersen fingió que aceptaba su explicación.

Retz se detuvo ante una puerta y miró en torno suyo.

-La chica está ahí dentro. Diga lo que diga, recuerde que sólo soy un subordinado; me limito a obedecer órdenes.

-Por lo tanto, obedecerá las mías. Abra la puerta.

Retz titubeó, miró por encima del hombro de Gersen como si esperara algún tipo de ayuda, suspiró y abrió la puerta.

Drusilla, sentada en la cama, levantó los ojos con expresión de alarma. Vio a Gersen; la alegría sustituyó al estupor. Saltó de la cama y se precipitó sobre Gersen, llorando de alivio.

-Confíaba en que vendrías. ¡Me han hecho cosas horribles!

Retz intentó aprovecharse de la distracción de Gersen y se deslizó con sigilo hacia la salida. Gersen le llamó.

-No tan de prisa. Todavía me puede ser útil. -Habló a Drusilla-: ¿Has visto la cara de Viole Falushe? ¿Le reconocerías?

- Se quedaba en el umbral de la puerta con la luz a sus espaldas. Era un salvaje; me odiaba. No quería que yo le viera. Decía que yo era desleal. Yo le preguntaba cómo era esto posible, si nunca le había prometido nada. Se endureció. Decía que mi deber era esperar, mantener mis ideales, hasta que él regresara. Incluso entonces le había engañado, en la fiesta de Navarth y durante el viaje.

-Una cosa es cierta: se esconde bajo la personalidad de Tanzel, o de Ethuen, o de Mario. ¿Cuál te gustó menos?

-Tanzel.

-Tanzel, ¿eh? Bien, seguro que Retz nos puede decir quién es Viole Falushe... ¿verdad, Retz?

-¿Y cómo? Jamás le he visto de cerca, excepto tras el cristal de su despacho.

«Improbable, pero no imposible», pensó Gersen.

-¿Dónde están las otras hijas de Jheral Tinzy?

-Había seis -musitó Retz-. Viole Falushe mató a las dos mayores. Hay una en Alphanor. Ésta -señaló a Drusilla- fue enviada a la Tierra. La menor se halla al este de] Palacio, donde las montañas se juntan con el mar. La siguiente es una sacerdotisa del dios Arodin, en la isla grande que se ve al este.

-Retz -dijo Gersen-, tengo prisionero a Viole Falushe. Soy tu nuevo amo. ¿Entiendes lo que digo?

- Lo acepto -asintió cabizbajo.

- ¿Puedes identificar a Viole Falushe?

-Es un hombre alto, de cabello oscuro; puede ser duro o amable, cruel o bondadoso. Eso es lo único que sé.

-Éstas son mis órdenes: libera a estos pobres cautivos.

- ¡Imposible! -gritó Retz con voz aflautada-. Sólo conocen este tipo de vida. El aire libre, el sol, el cielo... les volvería locos.

-Este será tu nuevo trabajo. Sácalos afuera con tanta gentileza y amabilidad como sea posible. Volveré dentro de poco y sabré cómo has cumplido tu tarea. Después, haz saber a la gente del jardín que ya no son esclavos, que son libres para marcharse o quedarse. Recuerda que te encerraré y castigaré por tus crímenes si no me obedeces.

-Obedeceré -murmuró Retz-. Estoy acostumbrado a la obediencia; no conozco otra cosa.

-Me preocupa Navarth -dijo Gersen cogiendo del brazo a Drusilla-. Tenemos que darnos prisa.

pero cuando volvieron al transporte aéreo, las circunstancias no habían cambiado. Los tres cautivos continuaban amarrados y Navarth blandía fieramente el proyector apuntado a sus cabezas. Abrió los ojos

ante la presencia de Drusilla.

-¿Qué pasó con Jheral Tinzy?

-Está muerta, pero tiene hijas. Hay otras. ¿Has descubierto algo desde que me fui?

-Cháchara. Lisonjas. Ruegos. Amenazas.

-Claro. ¿Quién era el más insistente?

-Tanzel.

Gersen examinó a Tanzel con una fría mirada. Tanzel se encogió de hombros.

-¿Cree que me gusta estar sentado aquí atado como un pollo?

-Uno de ustedes es Viole Falushe -dijo Gersen-. ¿Cuál? Me pregunto... Bien, creo que debemos continuar solucionando las maldades cometidas en nombre del amor.

Elevó el coche aéreo y se dirigió hacia el este, remontando las montañas. Al borde del océano, donde los peñascos se sumergían bajo el agua, un oscuro desfiladero desembocaba en una playa estrecha y gris. Más allá se abría una zona arenosa

de un acre de extensión. Gersen dirigió el vehículo hacia el área sombreada y aterrizó. Saltó a tierra.

Drusilla IV, la más joven del grupo, avanzó con parsimonia. Dos criadas no humanas le espetaron airadas recriminaciones desde una fisura entre las rocas.

-¿Eres el Hombre? -preguntó la muchacha-. ¿El Hombre que vendrá para amarme?

-Soy un hombre, es cierto, pero ¿quién es el Hombre?

-Ellas me han hablado del Hombre -Drusilla IV hizo un gesto vago en dirección a la grieta-. Hay uno mío y uno suyo, y cuando le vea le amaré. Esto es lo que me han enseñado.

-¿Has visto alguna vez al Hombre?

-No. Eres el primer hombre que veo. La primera persona igual que yo. ¡Eres maravilloso!

-Hay muchos hombres en el mundo. Te mintieron. Ven conmigo, te enseñaré a otros hombres, y una chica igual que tú.

Drusilla IV miró el sombrío desfiladero con alarma y estupor.

-¿Me sacarás de aquí? Estoy asustada.

-No debes estarlo. Sígueme.

-Claro -le cogió la mano y entró en el salón. Al ver a los pasajeros se detuvo asombrada - . ¡No sabía que había tanta gente! -examinó a Mario, Ethuen y Tanzel con ojo crítico-. No me gustan ¡Sus rostros son perversos y ridículos! -Se volvió hacia Gersen-. Me gustas. Eres el primer hombre que he visto en toda mi vida. Debes de ser el hombre, y me quedaré contigo para siempre.

Gersen escrutó los rostros de Mario, Ethuen y Tanzel. Malas noticias para Viole Falushe. Todos estaban sentados sin expresar la menor sensación, mirando a Gersen con el mismo grado de odio... excepto que en una comisura de la boca de Tanzel se contraía un músculo.

Gersen tomó los mandos del vehículo y voló hacia la más grande de las islas. En seguida divisó el templo que se alzaba sobre un pueblo construido con cañas y hojas. Gersen aterrizó en la plaza, ante las miradas perplejas y alarmadas de sus habitantes.

Drusilla III salió con paso majestuoso del templo, una chica segura y dueña de sí misma, idéntica a las otras Drusillas, aunque diferente, como diferentes eran las otras dos.

Gersen volvió a bajar del vehículo. Drusilla III le examinó con sincero interés.

-¿Quién eres?

-Vengo del continente -respondió Gersen-. Vengo para hablar contigo.

-¿Quieres que celebre un rito? Vete a otra parte. Arodin es impotente. Le he suplicado que me envíe fuera de aquí, entre otros favores. Nunca obtuve respuesta.

-¿Tenéis su retrato ahí dentro? -preguntó Gersen mirando al templo.

- Sí. Soy la suma sacerdotisa del culto.

-Déjame ver la imagen.

-No hay mucho que ver... una estatua sentada sobre un trono.

Gersen entró en el templo. En el otro extremo se alzaba una figura de tamaño doble al normal. La cabeza estaba brutalmente desfigurada: nariz, orejas y barbilla rotas. Gersen no salía de su asombro.

- ¿Quién mutiló la estatua?

- Yo.

- ¿Por qué?

- No me gustaba su cara. De acuerdo con la Tradición, Arodin vendría en carne y hueso a poseerme. Le rogué a la estatua que sucediera lo más pronto posible. Desfiguré el rostro para retrasar el proceso. No me gusta ser una sacerdotisa, a pesar de que no puedo ser otra cosa. Pensé que otra sacerdotisa me sustituiría después del sacrilegio, pero no fue así. ¿Me sacarás de aquí?

-Sí. Arodin no es un dios, sino un hombre.

Gersen acompañó a Drusilla III al salón y señaló a Mario, Etlmen y Tanzel.

-Observa a esos tres hombres ¿Alguno se parece a la estatua de Arodin antes de que la desfiguraras?

Uno de los hombres parpadeó.

-Sí -asintió Drusilla III -. Sí, desde luego. Ésa es la cara de Arodin -su dedo acusó a Tanzel, el hombre que había parpadeado.

- ¡Un momento! -gritó Tanzel-. ¿Qué está pasando? ¿Qué quiere hacer?

- Quiero identificar a Viole Falushe -respondió Gersen.

-¿Y por qué yo? No soy Arodin, no soy Viole Falushe, ni siquiera Belcehí, si nos ponemos en este plan. Soy el pobre Harry Tanzel, de

Londres, ni más ni menos, y le agradecería que -me soltara las manos. - Todo llegará -dijo Gersen-, todo llegará. -Se dirigió a Drusilla III-: ¿Está segura de que es Arodin?

-Claro. ¿Por qué está atado?

-Sospecho que es un criminal.

-¡Menuda broma! -rió Drusilla III-. ¡Un hombre como ése erigiéndose una estatua y proclamándose dios! ¿Qué esperaba ganar?

-A usted.

-¿Yo? ¿Todos estos esfuerzos por mí?

-Quería que le amara, que le rindiera adoración.

De nuevo cascabaleó la fresca risa de Drusilla III.

-Mucho trabajo para nada.

Gersen, que mantenía en todo momento la vigilancia, creyó observar que la piel de Tanzel se teñía de púrpura.

-¿Está preparada para marchar?

-Sí... ¿Quiénes son esas chicas que se parecen a mí?

-Sus hermanas.

-Qué extraño.

-Sí. Viole Falushe... o Arodin, es un hombre extraño.

Gersen elevó el vehículo y luego puso el piloto automático para reflexionar. Todavía carecía de pruebas sobre la identidad de Viole Falushe. Un mohín de la

boca, un rastro de color, un rostro desfigurado; todo muy interesante, pero faltaba la prueba definitiva... Estaba tan cerca de desenmascarar a Viole Falushe como al principio del viaje. Echó una ojeada al salón. Navarth se aburría con sus obligaciones y miraba a las chicas con una expresión en la que se mezclaba la expectación con el desamparo: tal vez ocurriría un milagro y todas se fundirían para dar vida a su propia Jheral Tinzy.

Gersen pasó revista a sus posibilidades. Eran pocas. Si hubiera tenido acceso a drogas detectoras de mentiras, la identidad de Viole Falushe ya no sería un misterio... No había nadie en el Palacio del Amor que conociera a Viole Falushe, tampoco en Atar ni en Kouhila. Navarth sabía el número de videófono de Falushe en la Tierra. . . Gersen se acarició el mentón.

- ¡Navarth!

Navarth entró en la cabina del piloto. Gersen le señaló el sistema de comunicaciones y dictó unas instrucciones. Navarth sonrió de oreja a oreja.

Gersen regresó al salón y se sentó cerca de Tanzel. Miró a la cabina del piloto y asintió con la cabeza a Navarth.

Navarth tecleó el número telefónico de Viole Falushe. Gersen se inclinó hacia adelante. El lóbulo de la oreja de Tanzel vibraba imperceptiblemente. Tanzel dio una sacudida y tensó sus nudos.

- Viole Falushe -la voz de Navarth se oyó por los altavoces-. ¿Me escucha? ¡Viole Falushe!

Tanzel continuaba debatiéndose bajo la mirada atenta de Gersen.

Ya no había dudas: Viole Falushe había sido desenmascarado. Su rostro se cubrió de desesperación. Se retorció contra las ligaduras.

-Viole Falushe -dijo Gersen-, ha llegado tu hora.

- ¿Quién es usted? ¿La PCI?

Gersen no respondió. Navarth salió de la cabina.

-Así que es él. Siempre lo supe. Me ponía los pelos de punta. ¿Dónde está Bialal Tinzy, Vogel?

-Ambos planeasteis matarme.

Viole Falushe se lamió los labios.

Gersen y Navarth lo arrastraron hasta la cabina del piloto y cerraron la puerta que comunicaba con el salón.

-¿Por qué? -gritó Viole Falushe-. ¿Por qué me hacéis esto?

-¿Me necesita? -preguntó Navarth a Gersen.

- No.

-Adios, Vogel. Tu vida ha sido notable.

Navarth volvió al salón.

Gersen inmovilizó el vehículo en el aire. Abrió la portezuela. El océano rugía a tres mil metros de distancia.

- ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? -gritó Viole Falushe-. ¿Por qué me hace esto?

- Usted es un monomaniaco -repuso Gersen-. Yo también. Cuando era un niño, los cinco Príncipes Demonio desembarcaron en Monte Agradable. ¿Se acuerda?

- ¡Hace mucho, mucho tiempo!

-Destruyeron, mataron, esclavizaron. Todo lo que yo amaba: mi familia, mis amigos, todo destruido. Los Príncipes Demonio son mi obsesión. Ya he matado a dos. Tú serás el tercero. Soy Kirth Gersen, y toda mi vida se ha consagrado a... esto.

Avanzó hacia Viole Falushe, que se contorsionó terriblemente. Sus huesos crujieron; tropezó, agitó los brazos y salió despedido por la portilla. Gersen contempló la figura que caía hacia el océano hasta que se perdió de vista. Luego cerró la portezuela y volvió al salón. Navarth había dejado libres a Mario y a Ethuen.

-Acepten mis disculpas -dijo Gersen -. Espero que no hayan recibido ningún daño.

Ethuen le fulminó con una mirada de desagrado indecible; Mario farfulló palabras incoherentes.

-Bien -dijo Navarth alegremente-. Y ahora, ¿qué?

-Recogeremos a nuestros amigos. Sin duda se estarán preguntando qué será de ellos.

-¿Y luego? -gruñó Ethuen-. ¿Cómo volveremos a Sogdian? No tenemos nave.

- ¿Ya no se acuerdan? -rió Gersen -. Esto es Sogdian. Aquél es el sol Miel. ¿No se dieron cuenta?

- ¿Cómo? Un piloto lunático nos llevó a la deriva a través del grupo durante horas.

-Un subterfugio- Zog no era un lunático. Pero era distraído, todo le daba igual- Cuando abría la portilla no vigilaba el nivel de presión o de composición atmosférica. La luz tenía siempre la misma intensidad; la gravedad era la misma, el cielo del mismo color, las nubes del mismo tamaño, la flora del mismo tipo -

-No advertí nada -dijo Navarth- Pero está claro que no soy un viajero espacial, y no me avergüenza. Si alguna vez vuelvo a la Tierra, no volveré a salir.

»Pero antes que nada: una parada en la ciudad de Kouhila. A la gente le gustará saber que ya no necesitarán pagar impuestos.

Gersen encontró en Atar su *Pharaon* tal como lo había dejado. Mario, Wible y da Nossa tenían sus propias naves; los otros invitados continuaron viaje al Oikumene en la nave que Viole Falushe había puesto a su servicio. Navarth y las tres Drusillas embarcaron en el *Pharaon*. Gersen les condujo hasta New Wexford y les acompañó hasta el paquebote que enlazaba con la Tierra.

- Le enviaré dinero - dijo a Navarth -. Será para las chicas. Asegúrese de que se educan correctamente.

-Hice lo que pude con Zan Zu. Es una chica educada. ¿Qué hay de malo en ella? Las otras necesitarán más cuidados.

-Exactamente. Cuando vuelva a la Tierra iré a visitarles.

-Bien. Nos sentaremos en el puente de mi barco vivienda y beberemos del mejor vino.

Navarth le dio la espalda. Gersen retuvo el aliento y fue a despedirse de Drusilla Wayles. Ella se apretó contra su cuerpo y le cogió las manos.

-¿Por qué no puedo venir contigo? No me importa adonde vayas.

-No te lo puedo explicar. Ya lo intenté una vez, sin éxito.

-Sería diferente.

- Sé que tú lo eres, pero habría graves problemas. No puedo llevarte conmigo.

-Je veré algún día?

-No lo creo.

-Adiós.

Drusilla dio media vuelta y se alejó.

Gersen quiso ir tras ella; luego lo pensó mejor y tomó su propio camino.

Gersen alquiló una nave de carga y regresó al Palacio del Amor. Los jardines parecían más descuidados. Un aire de melancolía se había apoderado de los etéreos edificios.

Retz le saludó con prudente cordialidad.

-He seguido sus instrucciones al pie de la letra. Poco a poco, con amabilidad, sin provocar alarma o disgusto.

Guió a Gersen a través de distintos espacios; describió los perversos y complicados modelos de pensamientos que Viole Falushe había impuesto a sus jóvenes víctimas. Éstas iban saliendo de una en una al aire libre, algunas estupefactas, otras llenas de gozo, y el resto deslumbradas y atemorizadas, ansiosas de volver.

Los pueblos del jardín también habían cambiado. La mayor parte de la Gente Afortunada había marchado; otros habían regresado desde el exterior con sus hijos. Con el tiempo, el Palacio del Amor se convertiría en una comunidad agraria alejada de la civilización.

Gersen no podía permitir que los libros de Viole Falushe se pudrieran. Los hizo transportar a bordo del carguero y los envió al cuidado de Jehan Addels, en New Wexford. Gersen partió con una última advertencia a Retz, puso rumbo al Grupo de Sirneste y volvió al Oikumene.

Meses después, sentado en la Explanada de Avente, Gersen advirtió que una joven se aproximaba. Iba vestida a la última moda con ropa del mejor gusto, como si hubiera sido educada en una atmósfera de elegancia y buenas maneras.

Gersen se levantó espoleado por un súbito impulso.

-Perdóneme, pero se parece a alguien que conocí en la Tierra. ¿Sus padres son terráqueos?

La muchacha le escuchó sin demostrar turbación. Sacudió la cabeza.

- Por extraño que parezca, no conocí a mis padres. Tal vez sea huérfana o... quién sabe. Mis tutores reciben una cantidad de dinero para proporcionarme un hogar. ¿Conoce a mis padres? ¡Dígamelo, por favor!

«¿Qué voy a hacer -pensó Gersen -, para qué atormentar a la chica con detalles de su pasado, o peor, para reavivar la pesadilla que evitó por un margen tan estrecho?» Porque delante suyo, sin duda alguna, tenía el asunto urgente que llevaba a Viole Falushe a Alphanor.

-Creo... que me he equivocado -fingió Gersen -. El parecido debe ser una coincidencia. Usted no puede ser la persona que yo creí reconocer.

-No le Creo -dijo Drusilla-. Usted sabe más de lo que dice. ¿Por qué no lo hace?

Gersen rió con amargura. La joven era inmensamente atractiva, graciosa y encantadora.

-Siéntese en el banco un momento. Permítame que le lea una o dos baladas seleccionadas de las obras del poeta loco Navarth. Creo que cuando las escribí estaba pensando en usted.

-Una manera poco convencional de iniciar una relación -admitió Drusilla I sentándose-. Pero soy una persona poco convencional... Bueno, léame la poesía.

NOTA ACERCA DEL AUTOR

Jack Vance, nacido en 1920, es uno de los escritores norteamericanos de ciencia ficción más populares que ha dado el género; es autor de una extensísima producción en la que abundan las series Y un tratamiento único y muy personal de los temas más clásicos del género. Aunque superficialmente sus novelas se presentan como simples aventuras (que como tales resultan excelentes), la riqueza de las sociedades que se describen en ellas, su exotismo y el análisis de la relación individuo / grupo que propone las han hecho mucho más perdurables de lo esperado por la mayoría de los comentaristas. Jack Vance ha seguido un camino solitario y se ha mantenido siempre al margen de las corrientes y modas más apasionadas del género, ganándose lentamente una enorme popularidad y, aunque algo tardíamente, el reconocimiento que merece su obra; después de 40 años dedicados a la creación literaria, sus libros están siendo constantemente editados y reeditados en todos los idiomas.

Su bibliografía comprende las obras siguientes:

SERIE DE LOS PRÍNCIPES DEMONIO:

1964 *The Star King* (*El Rey Estelar*, en *Los Príncipes Demonio*, Ed. Martínez Roca, Col. Gran Super Ficción, Barcelona 1988)

xxxx *The Killing Machine* (*La Máquina de Matar*, en *Los Príncipes Demonio*)

1967 - *The Palace of Love* (*El Palacio del Amor*, en *Los Príncipes Demonio*)

1979 - *The Face* (Ed. Martínez Roca, en preparación)

1981 - *The Book of Dreams* (Ed. Martínez Roca, en preparación)

SERIE DE LA TIERRA MORIBUNDA:

1950 - *The Dying Earth* (*La Tierra moribunda.*, Ed. Ultramar, col. Bolsillo CF, Barcelona 1986)

1966 - *The Eyes of the Overworld* (*Los ojos del sobremundo*, Ed. Ultramar, col. Bolsillo CF, Barcelona 1986)

1983 - *Cugel's Saga* (*La saga de Cugel*, Ed. Ultramar, col. Bolsillo CF, Barcelona 1987)

1985 - *Rhialto the Marvellous* (*Rhialto el prodigioso*, Ed. Ultramar, col. Bolsillo CF, Barcelona 1987)

SERIE DEL PLANETA DE LA AVENTURA:

1968 - *Cit - y of the Chasch* (Los Chasch, Ed. Ultramar, col. Bolsillo CE Barcelona 1986)

1969 *Servants of the Wankh* (Los Wankh, Ed. Ultramar, col. Bolsillo CE Barcelona 1986)

- *The Dirdir* (Los Dirdir, Ed. Ultramar, col. Bolsillo CE Barcelona 1986)

1970 - *The Pnume* (Los Pnume, Ed. Ultramar, col. Bolsillo CF, Barcelona 1986)

TRILOGÍA DE LOS HOMBRES LIBRES:¹

1973 - *The Anome* (*El hombre sin rostro*, Ed. B, col. Libro Amigo CF, Barcelona 1987)

- *The Brave Free Men* (*Los valerosos hombres libres*, Ed. B, col. Libro Amigo CF Barcelona 1987)

1974 - *The Asutra* (Los asutra, Ed. B, col. Libro Amigo CF, Barcelona 1988)

SERIE DEL NÚCLEO GALÁCTICO:

1973 - *Trullion: Alastor 2262*

1975 - *Marime :Alastor 933*

1978 - *Wyst: Alastor 1716*

SERIE DE LYONESSE:

1983 - *Lyonesse*

1984 - *The Green Pearl*

NOVELAS:

1953 - *The Space Pirate*

- *Vandals of the Void*

1956 - *To Live Forever*

1957 - *Big Planet* (*El planeta gigante*, fanzine *Tránsito 15*, Barcelona 1987)

1958 - *The Languages of Pao* (*Los lenguajes de Pao*, Ed. B, col. Libro Amigo CF, Barcelona 1987)

1965 - *Space Opera*

1966 - *The Blue World*

1969 - *Eniphirio* (id., Ed. Miraguano, col. Futurópolis núm. 6, Madrid 1988)

1974 - *The Gray Prince*

1975 - *Shoivboat World*

1976 - *Maske: Thaerv*

1978 - *Big Planet* (versión completa)

1980 *Galactic Effectuator*

1988 *Aramita Station*. -

RECOPILACIONES: ²

1958 - *Slaves of the K1au* (novela corta, junto a una versión muy abreviada de *Big Planet*)

1963 - *The Dragon Masters / The Five Gold Bands*

1964 - *Future Tense* (*Tiempo futuro*, Ed. Diana, col. Halcón núm. 80, México 1967)

- *The Houses of Ism / Song of the Tree*

1965 - *Monsters in Orbit / The Many Worlds of Magnus Ridolph*

1969 - *Eight Fantasms and Magics*

1972 - *The Last Castle* (*Hombres y dragones*, Ed. Orbis, col. Biblioteca de CF núm. 68, Barcelona 1986)

1973 - *The Worlds of Jack Vance* (*Los mundos de Jack Vance*, Ed. Martínez Roca, col. Super Ficción núm. 69, Barcelona 1982)

1976 - *The Best of Jack Vance* (*Lo mejor de Jack Vance y Estación Abercrombie*, Ed. Bruguera, col. Libro Amigo núms. 515 y 547, Barcelona 1977)

1981 - *Le Livre d'or de la sciencefiction. Jack Vance*

1982 - *The Narrow Lánd*

NOVELAS POLICÍACAS:³

1957 - *Isle of Peril*, como Alan Wade

- *Take my Face*, como Peter Held

1960 - *The Man in the Cage*

1964 - *The Four Johns*, como Ellery Queen (*Los cuatro Johns*, Ed. Picazo, col. Polismen núm. 32, Barcelona 1975)

1965 - *A Room to Die In*, como Ellery Queen

1966 - *The Madman Theory*, como Ellery Queen

- *The Fox Valley Murders*

1967 - *The Pleasant Grove Murders*

1969 - *Bad Ronald*

1973 - *The House on Lily Street*

- *The Viewfrom Chikweed's Window*

1. La traducción castellana de estas tres novelas es la misma que la de la edición anterior de Bruguera, aparecida en *sus Selecciones de Ciencia Ficción*. Corresponde a versiones anteriores aparecidas en revista.

2. Dos títulos distintos en una misma entrada indican un volumen doble de Ace Books, compuesto generalmente por dos novelas cortas.

3. Salvo indicación de pseudónimo, los libros de este apartado están firmados con el verdadero nombre del autor: John Holbrock Vance.